



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA**

**PONCIANO DÍAZ SALINAS. UN ÍDOLO POPULAR DEL
SIGLO XIX (1856-1899).**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN HISTORIA**

P R E S E N T A :

HÉCTOR OLIVARES AGUILAR



ASESOR: DRA. ANA ROSA SUÁREZ ARGÜELLO

MÉXICO D.F. 2016



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



PONCIANO DIAZ

AGRADECIMIENTOS

En primera, agradezco a Dios, creador omnipotente de cuya prodíga mente todo lo existente nació.

A mis padres Héctor Martín Olivares Flores y Aurora Aguilar López, luchadores y protectores, siempre atentos a cada paso que doy.

A Laura, mi compañera de vida, amante esposa, fuente inagotable de amor y consuelo.

A mi hermano Usiel, compañero infantil de travesuras y amigo fiel.

A mi asesora, la Dra. Ana Rosa Suárez Argüello, por toda la ayuda, la paciencia y por estar siempre al pendiente en la realización del presente trabajo.

A la Dra. María del Carmen Vázquez Mantecón, por la confianza brindada y por sus acertados comentarios, sin ellos, el resultado final no hubiera sido el mismo.

A mis sinodales, el Mtro. Miguel Ángel Castro Medina, la Lic. Elsa Aguilar Casas y la Dra. María Dolores Lorenzo, por su disposición y sus convenientes observaciones.

A José Francisco Coello Ugalde, por el material y la ayuda ofrecida.

A mis colegas y amigos, también historiadores, Raquel Huerta Nava, Carla Xóchitl León Cortes y Jorge Carlos Sánchez López, espero seguir coincidiendo y compartiendo con ustedes como hasta ahora.

A todos ustedes, mis profundos agradecimientos.

INTRODUCCIÓN

Las corridas de toros han tenido una longeva presencia en nuestro país, misma que aún no está del todo estudiada y, sin embargo, cualquiera que pretenda conocer a fondo el siglo XIX se encontrará recurrentemente con esta diversión popular. Mucho antes de la existencia del fútbol, este espectáculo lograba reunir a ricos y pobres, atraía a las masas y desataba toda clase pasiones.

Tras la independencia, los mexicanos heredaron de la madre patria no solo el idioma y la religión, sino también el gusto por algunas diversiones como los toros y el juego de pelota vasca. En el caso de la primera, se hizo nacional, conservó sus raíces españolas pero se mezcló con quehaceres campiranos, principalmente a caballo, lances de lujo que dominaban los vaqueros de las haciendas ganaderas y que conformaron el llamado estilo mexicano.

Las cosas no cambiaron sino hasta las consecuentes reformas establecidas por el triunfante bando liberal, cuando en 1867 la fiesta fue prohibida en la capital y tuvo que seguir desarrollándose en provincia, lugar donde encontró refugio y reafirmó su esencia campirana. Nacido en un ambiente provincial y heredero del estilo nacional, Ponciano Díaz se desarrolló profesionalmente, ganó popularidad por su agilidad como jinete y por ultimar a los astados con estocadas de “metisaca”, estilo de la suerte suprema que se había arraigado en el gusto de la afición mexicana.

Más adelante, ya consolidado el régimen porfirista, a la par que se importaron ideas nuevas y se trató de modernizar al país, llegaron, uno tras otro, toreros españoles

que practicaban un estilo diferente, regido por reglas, que será el que al final se impondrá en el país. Su influencia será determinante para que el espectáculo se separe de las suertes mexicanas y de los juegos con caballos y los toros que formaban parte del espectáculo.¹ Ahora bien, el cambio no fue sencillo, se dio con alguna violencia y causó verdaderos dolores de cabeza al gobierno capitalino. Auténticas batallas campales se desataron en las calles. Por un lado estaban los nacionalistas, seguidores incondicionales del torero Ponciano Díaz y su estilo mexicano. Y por el otro los hispanistas que gustaban del estilo español.

Fue en este contexto que nuestro personaje en estudio se convirtió en uno de los últimos exponentes de la tauromaquia a la mexicana, ídolo de buena parte de la población y personificación del charro mexicano: usaba bigotes, traje de gamuza, era experto jinete, había nacido en el campo y como buen hijo tenía un “amor” desmedido por su madre, para quien vivía y trabajaba. Durante algunos años, Ponciano se mantuvo en la cumbre, siendo venerado con versos, canciones, zarzuelas y con tal popularidad que se dice, Porfirio Parra llegó a compararla con la que tenía el mismo presidente Porfirio Díaz.²

A pesar de haber gozado en algún momento de tanta fama, el viaje a España en la cúspide de su carrera adelantó su decaimiento en el gusto del respetable, quien había decidido favorecer al estilo ibero, con las reglas y estéticas que el arte taurino

¹ María del Carmen Vázquez Mantecón, “Origen y devenir de los juegos con caballos y toros en el México campirano: la diversión del coleadero”, pp. 2-13.

² Armando de María y Campos, *Ponciano, el torero con bigotes*, pp. 162-163.

español demandaba; aunado a esto, la muerte de su madre lo sumergió en la depresión y el alcoholismo, males que terminaron con su vida en abril de 1899.

Muchos años después de su muerte, su figura fue retomada por el nacionalismo postrevolucionario, cuando se pensó en forjar ciertos estereotipos que sintetizaran y representaran lo “típicamente mexicano”. El resultado fue el impulso de figuras como el charro, la china poblana, el indito o el pelado, figuras en que se trató de reducir a un modo más “entendible” la multiplicidad indefinible del llamado “pueblo mexicano”.³

Fue entonces cuando la figura del charro Ponciano fue retomada y expuesta en el cine, las letras y la música, surgiendo tres obras imprescindibles para el estudio de nuestro personaje, con las cuales se ha construido y mitificado su silueta: la película *¡Ora Ponciano!* (Gabriel Soria, 1936); y los libros *Ponciano Díaz, silueta de un torero de ayer* (Manuel Horta, 1943) y *Ponciano, el torero con bigotes* (Armando de María y Campos, 1943). Dentro de estos mitos con que se impregnó su figura podemos mencionar el supuesto romance con la hija del hacendado de Atenco, argumento ficticio de la película de Gabriel Soria; una atención especial, casi paternal de parte del hacendado para con su familia, primero con su padre, Guadalupe Díaz, y después con él pues Horta y de María y Campos afirman que en un cumpleaños del hacendado vistió por primera vez el traje de luces.

³ Ricardo Pérez Montfort, *Un nacionalismo sin nación aparente (la fabricación de lo típicamente mexicano 1920-1950)*, p. 183.

En el caso de la película *¡Ora Ponciano!*, esta fue estrenada en 1937 el Teatro Alameda. El filme fue dirigido por Gabriel Soria y se basó en un argumento del torero José Ortiz. Los protagonistas fueron, el diestro Jesús Solórzano, quien hizo el papel de Ponciano Díaz, y Consuelo Frank en el papel de Rosario. La trama gira en torno al amor imposible entre el vaquero y la hija del dueño de la hacienda de Atenco. Si bien, los mismos productores advirtieron al público, por medio de unas líneas al inicio de la película, que la trama era completamente imaginaria y que se había plasmado la técnica del toreo del momento en vez de la propia del último cuarto del siglo XIX. La cinta se convirtió en la referencia más conocida sobre nuestro personaje, según la revista *Mundo cinematográfico* fue la más taquillera del año 1937; incluso fue llevada en 1938 a otros países latinoamericanos, como Venezuela, a donde tuvo un éxito sin precedentes, pasándose más de 80 veces en algunos de sus cines.⁴

Por su parte, Armando de María y Campos dividió su trabajo tres partes: *Antecedentes*, que resume la historia del toreo en México; *El Ídolo*, donde se habla de los primeros años de nuestro torero, sus inicios en la tauromaquia y su consolidación en el gusto popular; y finalmente *Apogeo y ocaso*, que trata sobre su rivalidad con el torero español Luis Mazzantini, el viaje que hizo a España para tomar la alternativa, su repentina decadencia a su regreso a México y finalmente su muerte. Este trabajo es rico en anécdotas, reseñas de crónicas y datos de carteles

⁴ Rosario Vidal Bonifaz, *La "comedia ranchera" y su impacto en la conformación industrial del cine mexicano y la memoria colectiva de Iberoamérica*, p. 8.

de la época; desafortunadamente y de acuerdo con la costumbre historiográfica imperante en ese tiempo, el autor no menciona sus fuentes.

La biografía hecha por Manuel Horta, publicada el mismo año que la de María y Campos, carece también de fuentes, y de hecho, sin dejar de ser aportativa a nuestro tema, se acerca más a un ejercicio literario que a un trabajo histórico; Horta plasma estampas costumbristas, trata de recrear el ambiente por medio de la imaginación y posiblemente de testimonios orales.

Pasando a otro punto, existen otras referencias biográficas de nuestro personaje, hechas durante su esplendor como torero, además de algunas entrevistas realizadas por los reportes de la época. La primera biografía de la que tenemos noticia fue la realizada por Domingo Ibarra, misma que formó parte de su *Historia del toreo en México*, y que fue publicada en 1887, uno de los años más importantes en la carrera de Ponciano Díaz. No tengo la certeza pero me parece que Ibarra utilizó los datos de una entrevista realizada a Ponciano por un repórter de *El Nacional*.⁵

Otra biografía sobre nuestro personaje fue publicada en 1889, en Madrid, con el nombre: *Biografía del célebre torero mexicano Ponciano Díaz, con todos sus hechos muy notables y las cogidas que ha tenido*, fue el año en que viajó a la península para presentar la tauromaquia mexicana y tomar la alternativa, en ella se da cuenta de sus éxitos en México, las cogidas que hasta el momento había sufrido y la presentación de las suertes mexicanas en Madrid, sobre su actuación el día que

⁵ *El Nacional*, 3 de julio de 1887, p. 2-3.

tomó la alternativa no hay mención por lo que es posible que haya sido publicada después de su llegada a España pero antes de su presentación como torero a pie. Este documento incluye también una biografía del periodista Julio Bonilla, quien acompañó a Ponciano Díaz en su aventura transatlántica.

Por mi parte, estudiar la vida de Ponciano Díaz fue el pretexto para encontrarme con la sociedad de su época. De ahí que una de las interrogantes principales para iniciar este trabajo haya sido: ¿Cómo se divertía el común de la población durante el siglo XIX?

Para la realización de este trabajo se partió de tres hipótesis. La primera es que la figura de Ponciano Díaz y su toreo mexicano fueron los que hicieron renacer la popularidad del toreo en la capital, después de la prohibición del espectáculo durante el gobierno de Benito Juárez. La segunda fue que la presencia de los españoles y su arte taurino son responsables del divorcio que hubo entre la tauromaquia y la charrería a finales del siglo antepasado. La tercera fue que la figura de nuestro personaje sirvió como “válvula de escape” para parte de sociedad, tal vez la más cansada y oprimida, utilizándolo como pretexto para desbordar en trifulcas su inconformidad, renaciendo con esto el resentimiento contra lo español.

Se dio primordial importancia a las fuentes primarias, especialmente a libros y periódicos de la época. La recopilación del material fue posible gracias a las nuevas tecnologías y a los proyectos de digitalización emprendidos por instituciones como la Hemeroteca Nacional de México, la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) y la Biblioteca Nacional de España, entre otras. De este modo pude

reafirmar o confrontar lo dicho por los biógrafos, además de encontrar algunos datos no consignados por ellos. La facilidad que en la actualidad existe para revisar el material hemerográfico de España me permitió trabajar con fuentes que no se habían utilizado anteriormente.

Aparte de la prensa, recurrí a los testimonios de los contemporáneos de Ponciano Díaz y a la novela costumbrista. Las visiones de escritores como Guillermo Prieto, Gustavo Baz, José Juan Tablada, Ciro B. Ceballos y Luis G. Inclán me ayudaron a imaginar y dar contexto al ambiente en que nuestro torero vivió.

Es importante resaltar que en la actualidad la Historia taurina mexicana está siendo reinterpretada en trabajos académicos, como los que ha realizado la Dra. María del Carmen Vázquez Mantecón desde el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad, así como en la cátedra que imparte en la Facultad de Filosofía y Letras con el nombre de *Toros y sociedad*.

Finalmente, recurrí también a las historias generales sobre tauromaquia en México y en España, mismas que fueron de gran utilidad para comprender ciertos términos, costumbres y usos propios de la fiesta brava. Resultaron de vital importancia las enciclopedias y diccionarios taurinos publicados en la península durante la segunda mitad del siglo XIX por eruditos como Juan Corrales Mateos, José Sánchez de Neira, Leopoldo Vázquez, entre otros.

Integran esta biografía cuatro capítulos y un apéndice. El primer capítulo, titulado “La hacienda de Atenco; primeros años de vida y primeras experiencias en el ruedo” reseña la historia de la hacienda de Atenco, lugar de crianza de toros de lidia y sitio

de nacimiento de Ponciano Díaz. A continuación se describe cómo era la vida en el campo y el trabajo propio de una hacienda dedicada a la producción de ganado bravo. Finalmente se abordan los primeros años de vida de Ponciano, su desarrollo en el ámbito campirano y su inclinación por las lides taurinas.

El segundo capítulo: “Nace el ídolo popular” está dividido en tres partes. La primera: “Ponciano, el charro torero”, describe el estilo y las suertes que se practicaban en el país y el modo en que, suponemos, Ponciano Díaz inició su carrera. La segunda: “La tauromaquia mexicana” resume cómo surgió el estilo mexicano, algunos datos sobre Bernardo Gaviño, para después enfocarnos en la prohibición de las corridas en la capital entre 1867 y 1887 y su desarrollo en provincia, al final se tocan los primeros años de vida profesional de Ponciano Díaz y el modo en que se fue ganando la simpatía de los aficionados. En la tercera y última parte de este capítulo: “Ponciano Díaz y los toreros españoles”, se centra la atención en la llegada de algunos toreros españoles, principalmente José Machío y su influencia en la tauromaquia del país, se toca la muerte de Gaviño y termina con la carrera de Ponciano Díaz antes de la reanudación de las corridas en la capital.

El capítulo 3: “La Cumbre” está dividido en cinco partes. En la primera: “Paz, Orden y progreso” se revisan las ideas y los prejuicios existentes sobre las corridas de toros, se pasa luego a la reanudación de las corridas en la capital y se finaliza con la llegada del español Luis Mazzantini. La segunda parte: “Ponciano Díaz y Luis Mazzantini” hace referencia a las presentaciones de Mazzantini y a su supuesta rivalidad con Ponciano Díaz; vemos cómo, tras una tarde desastrosa, el español se marcha jurando que no regresará, hecho que fue tomado por los nacionalistas como

el triunfo del torero mexicano sobre el extranjero. La tercera parte: “El regreso de Mazzantini” gira en torno a los intereses económicos que hicieron que el diestro español regresara al país, se ve de qué manera el extranjero fue conquistando a la afición nacional y finaliza con la inauguración de la plaza de Bucareli, propiedad de Ponciano Díaz. La cuarta parte: “La decisión de viajar a España” aborda las circunstancias que llevaron a nuestro torero a emprender el viaje a la madre patria. La quinta y última: “La gran aventura, el viaje a España” comprende lo sucedido durante su estancia en la Península Ibérica, principalmente cómo fueron vistas las suertes que presentó y su alternativa en la plaza de Madrid.

El capítulo 4: “Ocaso y muerte del ídolo” está dividido en dos partes. La primera: “El regreso de Ponciano Díaz” comienza con lo sucedido en México mientras el torero se encontraba en España y el recibimiento que se le dio a su vuelta al país, posteriormente pasamos a las razones por las que decayó su popularidad y fue abandonado por sus seguidores. La segunda parte: “Las adversidades: depresión y muerte de Ponciano Díaz” hace referencia a las últimas presentaciones del torero, a su decisión de refugiarse en provincia, los cambios en el gusto de la afición taurina, el deceso de su madre y la depresión que esto le causó, y de algún modo lo llevó a la muerte el 15 de abril de 1899.



¡AHORA PONCIANO!

Por el ca. del Toros
JESÚS SOLÓRZANO
CONSUELO FRANK
LEOPOLDO (Chato) ORTÍN
CARLOS LÓPEZ (Chafarín)
CARLOS VILLALBA - MERCEDES ALCÁZAR
Música y canciones de LORENZO BARCELATA
Presentada por COLUMBIA
HABLADA EN ESPAÑOL

Producida y dirigida por
SABRIEL SERRA

Capítulo 1. La Hacienda de Atenco; primeros años de vida y primeras experiencias en el ruedo.

La biografía de Ponciano
Preciso es la recordemos
Pues nació en cincuenta y ocho
En esa Hacienda de Atenco.⁶

Ponciano Díaz Salinas nació en la hacienda de la Purísima Concepción de Atenco, situada en el valle de Toluca, territorio regado por el río Lerma o “Chignahuapan”, cuya fertilidad determinó que allí se estableciera la primera ganadería de toros bravos del continente americano. En este lugar pasó sus primeros años de vida.

Todo indica que fue Hernán Cortés quien inició la producción ganadera en “Matalcingo”, actual valle de Toluca.⁷ En una carta a su padre del 26 de septiembre de 1526 menciona que allí tenía sus vacas, además de ovejas y puercos.⁸ Si bien es cierto que hubo crianza de ganado vacuno desde los primeros años del dominio español, la producción de ganado bravo no empezaría sino hasta la segunda mitad del siglo XVI, después de que el Lic. Juan Gutiérrez Altamirano, primo del conquistador y encomendero desde 1528 de los pueblos de Calimaya, Metepec y Tepemajalco, hiciera traer de las Antillas y de España los mejores ejemplares que entonces había, importando de Navarra doce pares de toros y vacas seleccionados que sirvieron de pie veterano. Hacia 1554, cuando el ganado se había propagado

⁶ Citado en Armando de María y Campos, *Op. cit.*, p. 67.

⁷ “Matalcingo” o Matlatzinco es el nombre náhuatl dado por los aztecas al Valle de Toluca.

⁸ “Hernán Cortés a Martín Cortés, Tenuxtitan, 26 de septiembre de 1526”, en José Luis Martínez, *Documentos Cortesianos*, pp. 416-422.

tanto que empezó a causar problemas en las tierras de los poblados cercanos, el virrey Luis de Velasco ordenó al ganadero cercar sus estancias.⁹

Gutiérrez Altamirano murió en 1558, no sin antes dejar en su testamento un recuento detallado de casas, terrenos y estancias, entre las cuales menciona especialmente “Atengo”, en el valle de Matlatzinco.¹⁰ Le sucedió su hijo, Hernando Gutiérrez Altamirano, a quien el mencionado testamento nombró responsable de la encomienda y el mayorazgo fundado. Su nieto, Juan Gutiérrez Altamirano, contraería matrimonio con doña María de Velasco, nieta a su vez del virrey de Velasco, y en 1616 lograría que las autoridades españolas lo hicieran noble.¹¹ Desde ese momento, él y sus descendientes serían los condes de Santiago Calimaya.

El apellido Altamirano se perdió por falta de descendientes varones en 1809. A la muerte del octavo conde, título y mayorazgos pasaron a doña María Isabel Altamirano de Velasco. Ella cedió el título a su hermana, Ana María Jerónima, esposa de don Ignacio Gómez de Cervantes y Padilla, gentilhombre de la cámara del rey, caballero de la Real Maestranza de Ronda y por su esposa con el título, entre otros, de conde de Santiago Calimaya.¹²

La pareja tuvo nueve hijos: Rita, José María, Miguel, María Ignacia, Pascuala, Francisco, Rafael, María Josefa y María Ana Cervantes y Velasco. Doña Ana María

⁹ Nicolás Rangel, *Historia del Toreo en México*, p. 10.

¹⁰ Teresa Jarquín Ortega, *El condado de Calimaya*, pp. 555-579.

¹¹ Ricardo Ortega y Pérez Gallardo, *Estudios genealógicos*, p. 130.

¹² Alejandro Villaseñor y Villaseñor, *Los condes de Santiago: monografía histórica y genealógica*, p. 93.

Jerónima fue la última condesa que llevó el apellido Altamirano y todos los títulos en conjunto, los cuales se irían perdiendo a lo largo del siglo XIX. Murió en enero de 1809; al fallecer, dejó casado a su primer hijo varón, don José María. Su nieto, don José Juan Cervantes, el último conde de Santiago Calimaya, nació catorce meses después de su muerte.¹³

José María Cervantes y Altamirano de Velasco fue el undécimo y penúltimo conde de Santiago Calimaya. Nacido en México el 14 de mayo de 1786, el título que le venía por su madre se lo disputaban su tío abuelo y sus tías, pero obtuvo la carta de sucesión de la Audiencia el 22 de enero de 1810. El tribunal ni siquiera pidió recurrir al rey o, en su defecto, a la junta de Sevilla, pues por entonces Fernando VII estaba en Francia como prisionero de Napoleón.¹⁴

Don José María contrajo matrimonio con doña Ana de Michaus y Oroquieta. De su matrimonio nacerían don José Juan en 1810 y doña Guadalupe Cervantes y Michaus, en 1811. Doña Ana murió al dar a luz a Guadalupe y, poco tiempo después, don José María renunció al título en favor de su hijo, quien permaneció al cuidado de sus abuelos maternos, don Ángel de Michaus y doña Manuela Oroquieta; ellos también se hicieron cargo de sus bienes durante su minoría de edad.¹⁵

¹³ *Ibid.*, p. 95.

¹⁴ *Ibid.*, p. 97.

¹⁵ Conforme a la legislación española que estuvo vigente muchos años después de consumada la Independencia, la mayoría de edad comenzaba a los 25 años; los menores de esa edad, pero mayores de catorce años, designaban a su curador; a los menores de catorce, el juez les nombraba un tutor, en Roberto Hoffmann Elizalde, *Antecedentes históricos de la posición jurídica...*, p. 77.

José Juan pasaría largas temporadas en la hacienda de Atenco, una de sus propiedades, que dirigían su abuelo y don Ignacio Oroquieta, su curador. Al cumplir con la mayoría de edad, el ya conde de Santiago recibió todos sus bienes, siendo su base de operaciones la mencionada hacienda, la más ostentosa de las que tenía y desde donde se administraban las anexas, con el resto del ganado ovejuno, caballar, de cerda, los aperos y pertrechos.¹⁶

Durante los años de la guerra de Independencia, la hacienda de Atenco se vio sumamente afectada por el constante arribo de tropas insurgentes y realistas, que dejaron en el poblado cercano de Tianguistenco un ambiente de miedo y desolación, cosechas arruinadas, escasez de mano de obra y alza de precios en los productos agrícolas; el ganado sufrió menos por estos estragos, ya que podía sobrevivir libre y en estado semisalvaje.¹⁷

Atenco fue considerada abiertamente la “Hacienda Principal” a partir de 1829. Tuvo como anexas las haciendas de San Antonio, Zazacuála, Tepemajalco, San Agustín, Santiaguito, Cuautenango, San Joaquín así como la vaquería de Santa María y los ranchos de San José, Los Molinos y Santa María. Antes, cada hacienda tenía un administrador; desde ese año habría uno sólo para todas y, a lo largo del siglo XIX, diferentes individuos ocuparon dicho cargo.

También desde 1830 Atenco se dedicó únicamente a la ganadería, que desarrollaba en varias estancias: “Bolsa de las Trancas, Bolsa de Agua Blanca, Puenteillas,

¹⁶ Teresa Jarquín Ortega, *Op. cit.*, p. 59.

¹⁷ Gisela Von Wobeser, *La formación de la hacienda en la época colonial*, p. 73.

Salitre, Tomate, Tiradero, Tejocote, Tulito, San Gaspar y La Loma. Las demás haciendas sólo tenían los animales necesarios para la labranza y el transporte de productos”.¹⁸

Es probable que la recuperación económica de Atenco se diese gracias al incremento en la demanda de ganado bravo en la capital, su mercado principal, aunque también se vendían toros a Toluca, Tenango, Tlalnepantla, Metepec, Puebla y Tenancingo.¹⁹ Sin embargo, es importante señalar que además de Atenco existieron muchas más ganaderías de toros de lidia en el país, su presencia quedó registrada en los carteles a lo largo de todo el siglo, entre ellas podemos mencionar: Cazadero, Puruagua, Huaracha, Thahuipilta, Guaname, Astillero, etc.²⁰

Desde fechas muy tempranas, gracias a las condiciones favorables del medio americano, la producción de ganado en nuestro país fue abundante. Principalmente para el ganado vacuno que no requería de mucho espacio ni mano de obra; poca gente y unos cuantos caballos eran suficientes para el cuidado de grandes vacadas.²¹ François Chevalier nos dice que a sólo 10 leguas de la ciudad de México, manadas de caballos cimarrones recorrían, en pleno siglo XVII, las praderas pantanosas del río Lerma, a un lado del camino de Toluca.²² Gracias a esta

¹⁸ Flora Elena Sánchez Arreola, *La hacienda de Atenco y sus anexas en el siglo XIX*, p. 113.

¹⁹ *Idem.*

²⁰ Falta un estudio detallado de la producción de ganado bravo en nuestro país, sin embargo podría decirse que los toros de Atenco y el Cazadero figuraron en algún momento como los de más fama; incluso ambas ganaderías llegaron a competir en unas corridas de “desafío” que tuvieron lugar los días 13 y 20 de diciembre de 1857, véase *Diario de Avisos*, 12 de diciembre de 1857, p. 4.

²¹ François Chevalier, *La formación de los latifundios en México...*, p. 118

²² *Ibid.*, p. 146

abundancia las monturas no costaban casi más que el trabajo de domarlas, y muchos indios obtuvieron del segundo virrey licencia de tener caballos de albarda y aun de silla. Este hecho marcó a la sociedad mexicana de manera muy particular pues nació la pasión, casi general, por el caballo y los toros.²³

En 1834, Bernardo Gaviño Rueda, un joven español que había salido rumbo a América cuando aún era adolescente, llegó a nuestro país, después de haber estado en Montevideo y La Habana. Respecto a su llegada, Armando de María y Campos nos dice que vino contratado por José Álvarez, cónsul de México en Nueva Orleans, que se encontraba de paso por La Habana. Al parecer llegó acompañado de los banderilleros Juan Gutiérrez, José Rivas (cubano) y el picador Pedro Romero.²⁴

Gracias a los informes sobre las entradas y salidas de los principales puertos del país: Veracruz y Tamaulipas, que se publicaban en *El Telégrafo: Periódico Oficial de los Estados Unidos Mexicanos*, sabemos con seguridad que los diestros españoles entraron por el puerto de Tamaulipas, el 21 de octubre de 1834, procedentes de Nueva Orleans. Llegaron en la goleta americana “Halcion” que transportaba 11 pasajeros y un cargamento de 110 toneladas de ropa y abarrotes.²⁵

El torero hispano conquistó al público mexicano desde sus primeras presentaciones, pues combinó las técnicas aprendidas en su país con las suertes y

²³ *Ibid.*, p. 148

²⁴ Armando de María y Campos, *Op. cit.*, p. 27-28.

²⁵ Jesús Rivas, el torero cubano que menciona Armando de María y Campos, no aparece mencionado entre los 11 pasajeros; en la embarcación sí venía un cubano, pero de nombre José de los Santos Bosques, en *El Telégrafo: Periódico Oficial de los Estados Unidos Mexicanos*, 7 de noviembre de 1834, p. 1.

las costumbres de la tauromaquia mexicana. Gracias a los carteles que aún se conservan, principalmente los que fueron publicados en los periódicos, sabemos que solía frecuentar la hacienda de Atenco para escoger el ganado que jugaría.²⁶ Para inicios de la segunda mitad del siglo, se nota su preferencia por el ganado atenqueño, que era anunciado en los múltiples carteles, haciendo siempre énfasis de su procedencia con la leyenda: “Toros de la misma acreditada raza de Atenco”.²⁷

No es por nada que, en un acontecimiento tan importante, como lo fue la inauguración de la plaza de toros del Paseo Nuevo, el 23 de noviembre de 1851, se jugaran toros de la hacienda de Atenco por la cuadrilla de Bernardo Gaviño. Durante esta corrida, nos dice Enrique Olavarria y Ferrari, “se armó una gresca natural en esa diversión”, y como asistió a ella el Presidente de la República, don Mariano Arista, la empresa se apresuró a restablecer el orden; no lo logró y las cosas se salieron tanto de control que el ejército subió a las gradas y comenzó a repartir culetazos. Contrario a lo que se esperaba, la multitud no se tranquilizó y tomó una actitud más sería; el ejército se preparó para hacer fuego, pero se tuvo que retirar, acatando las órdenes de sus superiores. A consecuencia del incidente anterior, el 13 de diciembre del mismo año, se anunció que a propuesta del regidor

²⁶ *El Siglo Diez y Nueve*, 18 de febrero de 1854, p. 4

²⁷ En la mayoría de los carteles taurinos de Gaviño que *El Siglo Diez y Nueve* publicó durante esa década, se resaltaba la leyenda “toros de la misma acreditada raza de ATENCO”; quizás con esto quería indicarse al público que el éxito de la corrida tenía cierta garantía. Sin embargo durante su vida profesional Gaviño lidiara astados de muchas otras ganaderías.

capitalino Fermín Gómez Farías, no volverían a concurrir fuerzas armadas a los espectáculos públicos.²⁸



Ilustración 1. Cartel, plaza del Paseo Nuevo, corrida del 20 de junio de 1852, en *El Siglo Diez y Nueve*, 19 de junio de 1852, p. 4.

Las corridas en el Paseo Nuevo siguieron su curso normal y poco tiempo después, en la publicidad para la del 25 de enero de 1852, la empresa dio conocer al respetable que “a costa de sacrificios pecuniarios, no pequeños y de considerables dificultades”, tenía el gusto de anunciar lo que llamó: “la más importante de las mejoras que pueden introducirse y que está segura será vista con particular placer”.

²⁸ Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, tomo II, p. 170.

La mejora anunciada fue la celebración de un contrato entre la empresa y el propietario de la hacienda de Atenco, José Juan Cervantes, “productora de la mejor raza de ganado en la República”, que sería, a partir de ese día, la proveedora de esa plaza.²⁹ No hay modo de saber cuándo expiró dicho contrato, pero los carteles nos indican que el ganado de Atenco estuvo presente en la mayoría de las corridas que se realizaron en la plaza del Paseo Nuevo durante esa década.

Poco antes de la mitad del siglo XIX, cuando el administrador de los bienes de don José Juan Cervantes era Antonio Ortiz de Arvízu, los padres de Ponciano Díaz Salinas se establecieron en la hacienda de Atenco. No eran de allí, sino de San Juan de la Isla, población no muy lejana y también en las tierras del conde de Santiago Calimaya, como consta en su acta de matrimonio.³⁰ Es difícil conocer las circunstancias que pudieron haber llevado a los Díaz Salinas a establecerse allí. Teniendo en cuenta que sus familias eran oriundas del municipio de Calimaya y quizá trabajaron en otras haciendas del conde, podríamos suponer que entraron a hacerlo en Atenco contratados por el administrador Antonio Ortiz.

En la biografía que Manuel Horta hizo sobre Ponciano Díaz, se relata que su padre, José Guadalupe, gozaba en Atenco y sus alrededores del respeto de mozos y caporales, quienes lo nombraban “El Caudillo”, aludiendo a las cualidades que

²⁹ *El Universal*, 24 de enero de 1852, p. 4.

³⁰ Matrimonio de los padres de Ponciano Díaz Salinas. Libro 29 de Matrimonios, Parroquia de San Pedro y San Pablo de Calimaya, Edo. México. Foja 13: José Guadalupe Albino Díaz de 19 años, hijo legítimo de Don José María Díaz y de Doña María Inés González. Matrimonio con Doña María de Jesús Salinas de 23 años, hija legítima de Don José Salinas y de Doña María Hernández, difuntos. Ambos contrayentes eran vecinos del pueblo de San Juan la Isla y se casaron el 26 de abril de 1843.

mostraba en su trabajo.³¹ Pero más que darle un sobrenombre, como lo da a entender Horta, la palabra “caudillo” designaba en las haciendas ganaderas al “segundo jefe”, inferior solamente al caporal.³² La importancia del caudillo en las haciendas de la época la tenemos ejemplificada en la novela costumbrista, *Astucia*, de don Luis G. Inclán, cuando en una celebración campirana uno de los trabajadores de mayor edad es convidado a comer en la mesa principal junto al hacendado; al principio, el trabajador se niega, indicando que su lugar está con los vaqueros en la cocina, pero al final es convencido cuando se le amonesta diciéndole: “¡Que cocina ni qué vaqueros, señor, si usted no es menos que ninguno, es el caudillo, es el segundo administrador!”.³³

Por otra parte, Armando de María y Campos, nos dice que Guadalupe Díaz González era vaquero de la hacienda de Atenco, y, en la misma página, hace uso de corridos de la época que nos dicen que era un buen caporal. Es importante indicar que caporal y vaquero eran cargos diferentes; el primero designaba al encargado de una hacienda o una estancia, siendo el jefe de los caudillos y vaqueros;³⁴ el segundo hace referencia al jinete cuyo oficio era manejar y cuidar del ganado, estaba a las órdenes del caporal y del caudillo.³⁵

Su padre don Guadalupe,

³¹ Manuel Horta, *Ponciano Díaz, silueta de un torero de ayer*, p. 19.

³² Joaquín García Icazbalceta, *Vocabulario de mexicanismos...*, p. 95.

³³ Luis G. Inclán, *Astucia: El jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama*, p. 88.

³⁴ Leovigildo Islas Escárcega, *Diccionario y refranero charro*, p. 27.

³⁵ *Ibid.*, p. 114.

Que era buen caporal,
Desde niño le enseñó
A ser charro muy cabal.
Regular su educación,
Recibió en la tierna edad;
Aprendió a leer y escribir
Con alguna propiedad.³⁶

Es difícil saber cuál era el cargo exacto que desempeñaba el padre de Ponciano Díaz en la hacienda de Atenco, lo único que se puede asegurar es que tenía contacto directo con el ganado bravo. La historiadora Flora Elena Sánchez Arreola dividió a los trabajadores de Atenco en cuatro grupos: administrativos, permanentes, temporales y ocasionales. Debido a que en la hacienda las actividades variaban según la temporada, los trabajos que más abundaban eran los temporales y ocasionales; para éstos, el administrador podía contratar con libertad el número de personas que considerara necesarias, según los trabajos a desarrollar.³⁷

Antes de 1870 sólo podían considerarse como trabajadores permanentes de Atenco el administrador, el médico, dos ayudantes y los sirvientes asalariados; pero en adelante, y debido a las exigencias de la producción ganadera, se incluyeron el

³⁶ Citado en Armando de María y Campos, *Op. cit.*, p. 69

³⁷ Flora Elena Sánchez Arreola, *Op. cit.*, p. 46.

caudillo, los vaqueros, el carroceros, los porteros, el velador, el mozo, los sirvientes de la casa y el caballerango; en la vaquería había caporal, vaquero y pastero. Entre los trabajadores temporales, podemos mencionar al mayordomo de atajos, el trojero, milperos, ayudantes, carretoneros, colero, puerqueros, carpinteros, pastores, jornaleros, albañiles, techadores, herreros, peones de pie, peones en la ordeña, peones sueltos en las zanjas juntando majada y en la presa. Los trabajadores ocasionales eran los que tenían a su cargo labores no habituales ni indispensables, como los llamados “muchachos”, destinados a quitar espinas en el llano o del cercado, a los que se empleaba uno o dos meses al año.³⁸

Fue en este ambiente en el que Ponciano Díaz Salinas llegó al mundo un miércoles 19 de noviembre de 1856.³⁹ Es posible que su nacimiento sucediera en alguna casita cercana al casco de la hacienda. Algunos pobladores de Santiago Tianguistenco, e incluso los vaqueros actualmente laboran en la hacienda, tienen la creencia de que el parto tuvo lugar dentro del mismo casco, en un cuarto cercano a la entrada principal, denominado la “covacha”.⁴⁰

³⁸ *Ibid.*, p. 59.

³⁹ El año de su nacimiento ha causado un poco de polémica. En una entrevista que *El Nacional* hizo a Ponciano Díaz en julio de 1887, se establece que nació en Atenco en noviembre de 1858, a partir de ese momento esa fecha ha sido tomada como la oficial. Por otra parte, la inscripción en su tumba, ubicada en el panteón del Tepeyac, indica que nació en 1856. Hasta el momento ningún documento oficial certifica el año de su nacimiento, por lo que para el presente, tomaremos la anotada en su monumento fúnebre.

⁴⁰ Agradezco al Ing. José Francisco Coello Ugalde el haberme presentado al administrador de la hacienda de Atenco, Jaime Infante Azamar, quien nos permitió entrar al casco y recorrerlo en octubre de 2011. Aún en la actualidad Atenco se dedica a la producción de ganado bravo, sus actuales propietarios son la familia Pérez de la Fuente.



Ilustración 2. La "covacha", hacienda de Atenco, 29 de octubre de 2011.

En una entrevista realizada a Ponciano Díaz por un “reporter” del periódico *El Nacional*, el torero compartió que no recordaba cuándo se vio por vez primera enfrente de un toro, de manera borrosa llegaban a su mente recuerdos de que cuando apenas empezaba a caminar, su padre, que era un charro completo, lo llevaba a las corridas semanales que se hacían en la hacienda de Atenco, en que estaba empleado, y se servía de él, tomándolo por las arcas, para sacarle vueltas al toro como si se tratase de un trapo de brega.⁴¹

De su padre aprendió a cumplir con las faenas del campo. Probablemente él le enseñó también los rudimentos del toreo a caballo. Manuel Horta nos dice que don Guadalupe Díaz practicaba la lidia en faenas y fiestas locales, a lado de otro trabajador y amigo suyo, Tomas Hernández, alías “El Brujo”, llamado así porque

⁴¹ *El Nacional*, 3 de julio de 1887, p. 2.

con un grito hacía que los toros más temibles acudieran a comer yerba de su mano.⁴²

Por su parte, Domingo Ibarra, nos dice que la temeridad con que don Guadalupe instruía a su hijo en las suertes taurinas fue presenciada en alguna ocasión por Bernardo Gaviño, en una ocasión en que se encontraba en la estancia de San Gaspar escogiendo toros para algún espectáculo.⁴³ El torero sorprendido le suplicó que no repitiera semejantes alardes, pero sus súplicas no surtieron efecto puesto que aquel estaba empeñado en que desde pequeño Ponciano perdiera el miedo hasta de los más astados, riéndose y repitiendo cada vez que burlaba al novillo: “todavía no nace el toro que ha de acabar con uno de mi casta...”⁴⁴

Es preciso que a falta de documentos utilicemos un poco de imaginación para tener una idea de cómo fue la niñez de Ponciano. Lo más probable es que hasta la edad de 7 u 8 años se la pasara jugando en el campo y de vez en vez aprovechara algún descuido de su padre para jugar a ser torero con los becerros de San Gaspar. Don José Guadalupe debía de estar convencido de que con su instrucción haría de él un buen caporal. Día a día su madre protestaría cuando su esposo se lo llevaba consigo, pues conocía la temeridad de éste y le inquietaba la seguridad del hijo. El padre sería de otra opinión: Ponciano requeriría de este adiestramiento tarde o temprano y había que enseñarlo a ganarse el pan.

⁴² Manuel Horta, *Op. cit.*, p. 21.

⁴³ Domingo Ibarra, *Historia del toreo en México...*, p. 80.

⁴⁴ Manuel Horta, *Op. cit.*, p. 26.



Ilustración 3. "El 'gusto' por 'los toros' se agarra desde niño", en Miguel L. Morayta Mendoza, *Los toros. Una tradición de gusto...*, p. 76.

La madre, lo inscribió en la escuela rural de don Mariano Urriestre, ubicada en el pueblo de Santiago Tianguistenco. Seguramente Ponciano no la pasó bien allí, si de lo que tenía deseos era de correr tras los becerros juguetones, tirarse de panza al sol, gritar a los vaqueros, ensayar las crinolinas y las manganas. Mientras el profesor se empeñaba en enseñarle aritmética, él debía de repetirse una y otra vez: "¡Qué me importan los quintales y las arrobas, los tomines y los granos!"⁴⁵

Se desconoce el motivo, pero se sabe que más tarde se le cambió a la escuela de don Eulalio Serrano, probablemente también en Santiago Tianguistenco. Pero en cuanto aprendió a leer y a escribir decidió que preferiría ocuparse en las labores del campo. Si bien no existe registro alguno, Domingo Ibarra, Manuel Horta y Armando

⁴⁵ *Ibid.*, p. 32.

de María y Campos coinciden en que trabajó como vaquero en Atenco y, a la edad de quince años, era ya un completo caporal y un diestro jinete.⁴⁶

Además de lo anterior, Horta agrega que durante su adolescencia, después de haber abandonado los estudios, Ponciano aprendió a coser y trabajó en una sastrería del poblado donde “remendaba pantalones de jerga y sotanas de monaguillo”.⁴⁷ Podemos verificar y complementar esto con un artículo de Elías L. Torres, publicado en *El Informador* de Guadalajara, donde se habla de la muerte de don Próspero Montes de Oca, personaje que, durante la primera mitad del siglo XX, fue conocido como “El Amo de Mixcoac”, y era popular en el círculo taurino por ser el dueño y empresario de la plaza “Merced Gómez”, inaugurada en 1925.

Don Próspero Montes de Oca había sido originario de Santiago Tianguistenco y contaba con orgullo que, de pequeño, trabajó junto a casi una docena de aprendices en la sastrería de don Desiderio Iturbide, donde eran instruidos en el arte de hilvanar y coser prendas a mano. Entre esos chiquillos estaba Ponciano Díaz, el más desaplicado de los aprendices del señor Iturbide, quien no se preocupaba de otra cosa que no fuera la llegada del sábado, día de descanso que aprovechaba para irse en unión de sus compañeros Gustavo Méndez, Teodoro Blando, Camilo Camacho, José Reza, su hermano Víctor y el mismo don Próspero a las estancias de Atenco, para ensayar la lidia de becerros bravos y de empuje.⁴⁸

⁴⁶ Domingo Ibarra, *Op. cit.*, p. 80.

⁴⁷ Manuel Horta, *Op. cit.*, p. 33.

⁴⁸ *El Informador*, 7 de marzo de 1943, p. 20.

Es probable que cansado de coser y remendar ropa hubiese entrado a trabajar a la hacienda de Atenco, en un principio en actividades temporales u ocasionales, como uno más de los “muchachos” empleados durante uno o dos meses, y posteriormente se le asignaran tareas más complejas, como las propias de los vaqueros, quienes tenían fama de ser excelentes jinetes a la vez que buenos toreadores, aprendido esto gracias a la práctica de faenas cotidianas, que implicaban marcar, arriar, capar y domar a inmensas manadas de reses y de cuacos.⁴⁹

Domingo Revilla, quien escribió sobre estos juegos campiranos entre 1844 y 1846, nos dice que el preferido era el coleadero, actividad que se volvió tan popular y común que no sólo se hacía por necesidad, sino por recreo, vanidad, o para acreditar que se era hombre de a caballo.⁵⁰ En las haciendas se coleaba todo el año, pero en especial los días en que se daban “los rodeos de ganado mayor”, en donde también, los rancheros disfrutaban de amanzar, lazar, y manganear a las reses.⁵¹

Manuel Horta y Armando de María y Campos afirman que la primera presentación de Ponciano Díaz con el traje antiguo de los andaluces, con las grandingas, los golpes y los arremuecos en el calzón corto, medias, zapatillas, la montereta y la capa de brega, tuvo lugar en una novillada hecha para celebrar el cumpleaños del dueño de la hacienda de Atenco don Rafael Barbabosa.⁵² Sin embargo, es difícil

⁴⁹ María del Carmen Vázquez Mantecón, *Origen y devenir de los juegos con caballos y toros en el México campirano: la diversión del coleadero*, p. 5

⁵⁰ *Revista Científica y Literaria de México*, 1 de enero de 1845, p. 243.

⁵¹ María del Carmen Vázquez Mantecón, *Op. cit.*, p. 5.

⁵² Manuel Horta, *Op. cit.*, p. 38.

que haya sucedido de esa forma pues en las haciendas había un modo característico de vestirse para realizar esas faenas. Por otro lado, si en verdad esta primera presentación tuvo lugar de ese modo, es imposible que se haya realizado en algún cumpleaños del señor Barbabosa, pues él no adquirió la hacienda de Atenco sino hasta 1879, cuando nuestro torero contaba con 22 años y su popularidad ya ascendía rápidamente.

Ponciano creció en un lugar más que propicio para la formación de un torero. Antes que él, otros trabajadores de la misma hacienda, como don Tomás Hernández “El Brujo”, y posteriormente sus hijos José y Felipe, habían incursionado en las lides taurinas. De don Tomás sabemos que participó en algunas ocasiones en la cuadrilla de Bernardo Gaviño, tal vez como picador o banderillero a caballo, no siempre con el consentimiento de sus superiores, como lo demuestra la siguiente carta enviada por el administrador Antonio Ortiz y Arvizu a don José Juan Cervantes, el 16 de enero de 1860:

He tenido hoy el disgusto más grande que usted pueda imaginar con los Sres. de Tenango porque a la hora honrada supe que Tomás estaba comprometido a capitanear la cuadrilla de toreros razón porque me fui a Tenango a oponer a que hubiera tal corrida exponiendo que era y había sido siempre contra la voluntad de usted que sus dependientes salieran a ningún espectáculo público; pero D. Ygnacio Garduño que me vio para los toros me dijo como era natural que yo no tenía más derecho que para pedir el importe de las corridas que él y don J. Arellano me habían pedido.

Tomás vino con varios Sres. al curato a que le diera yo permiso para torear y le dije que ni dependía de mí su persona ni más que dependiera le daría licencia porque no podía traspasar la voluntad de usted bien sabida para mí de que no le agrada que ningún dependiente suyo sea torero pero no obstante esto Tomás ha salido siempre causándome como he dicho un completo disgusto lo que participo a usted para su inteligencia pues aunque el referido Tomás expone que se hacía acreedor a entrar en la cárcel como en efecto es cierto, él nunca debió comprometerse a lo que no podía sin contar con la voluntad de usted porque el que sirve no depende de sí mismo.

Yo por estas ocurrencias no quise ir a los toros, sino que me quedé en el curato pero según todos no pudo Tomás hacer nada y hubo que ocupar su lugar uno de los locos que estaba con Bernardo resultando de aquí una vergüenza para Tomás y que para la corrida de mañana ya no lo admiten: todo causado por llevarse de amistades y no atender a quien debe.⁵³

Ponciano Díaz realizó sus primeros ensayos taurinos durante sus días de descanso, en compañía de vecinos, amigos y familiares. Es probable que también lo haya hecho durante las fiestas patronales de las poblaciones cercanas.

⁵³ Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca Nacional, Fondo Reservado: Condes Santiago de Calimaya, CAJA N° 40 (s/n).

Respecto a esto cuenta el escritor Luis G. Inclán en su obra *Recuerdos del Chamberín*, publicada en 1860, que en la fiesta del Apóstol Santiago, santo patrón del municipio de Tuxpan, en Michoacán, había tres días de diversión; en ellas el pueblo y los hacendados, con toros prestados de la ranchería de Los Mogotes, asistían a distintas corridas, en las que toreaban aficionados a pie y a caballo.⁵⁴

La hacienda de Atenco comenzó a vender ganado bravo a las poblaciones cercanas por lo menos desde 1826. Existen datos de que en Tenancingo hubo “tres corridas de toros superiores de Atengo (Atenco)” en diciembre de aquel año. Del mismo modo ocurrió para las fiestas que Tenango del Valle celebró en enero de 1850. Aunque no todos los años se podían comprar toros para las fiestas de los pueblos de alrededor, existe la posibilidad de que la hacienda prestara o donase un par cada año, del mismo modo que para estas ocasiones contribuía con dinero, maíz y carne.⁵⁵

Poco a poco, Ponciano Díaz fue obteniendo popularidad. Finalmente, un cartel anunció su presentación formal el 1 de enero de 1877: “Plaza de toros de Santiago Tianguistengo. Seis toros de Atenco lidiados por los espadas Ponciano Díaz, José María Reza y Miguel Castro Esteves”.⁵⁶ El éxito de Ponciano fue tan rotundo que durante toda la semana no se habló más que de la buena corrida presenciada. El rumor de la nueva figura se fue expandiendo con rapidez y acabó por llegar a los

⁵⁴ Luis G. Inclán, *El libro de las charrerías*, pp. 86-93.

⁵⁵ Flora Elena Sánchez, *Op. cit.*, p. 37.

⁵⁶ Manuel Horta, *Op. cit.*, p. 39.

oídos de los toreros de moda que, interesados, trataron de integrarlo de inmediato a sus cuadrillas.

Se dice que Lino Zamora, quien desde 1863 se había convertido en el torero más famoso del Bajío, fue uno de los que pusieron más empeño, pero no tuvo la satisfacción de conseguirlo. Sí lo lograron los coterráneos de Ponciano: Felipe y José María Hernández, quienes a diferencia de su padre “El Brujo”, quien sólo se presentaba de manera ocasional, habían decidido formar una cuadrilla y dedicarse por completo a las lides de toros.⁵⁷

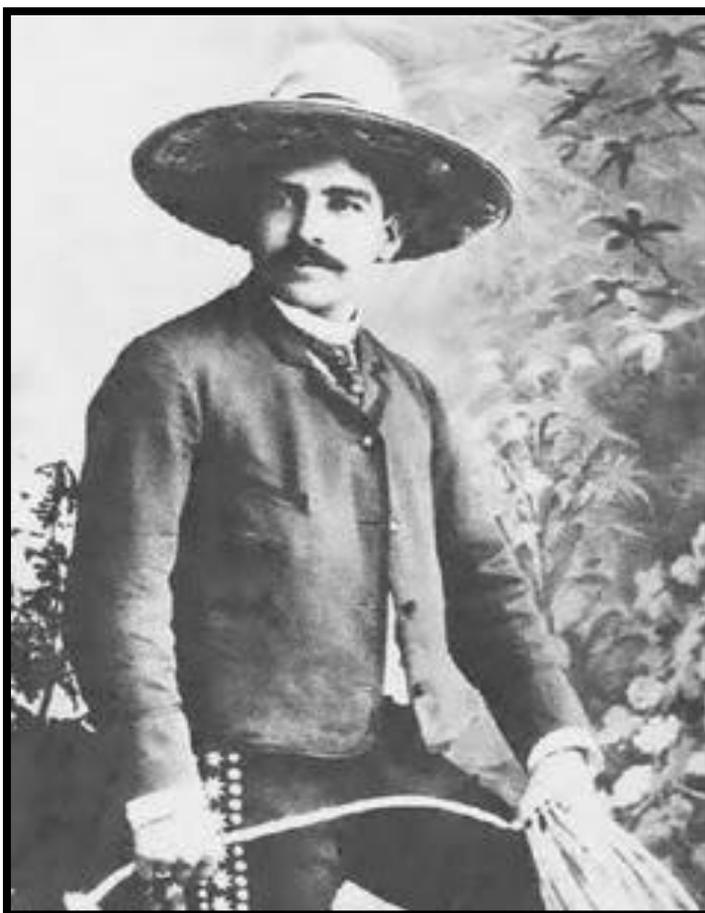


Ilustración 4. "Ponciano Díaz ataviado con el mexicanísimo traje de charro...", en Lauro Rosell, *Plazas de toros de México...*, p. 85.

⁵⁷ Domingo Ibarra, *Op. cit.*, p. 82.

Capítulo 2. Nace el ídolo popular.

2.1 Ponciano, el charro-torero.

En los jaripeos, coleaderos y otras fiestas del campo, el joven Ponciano, sirviente de la hacienda de Atenco y ganadería, toreaba a pie y a caballo.⁵⁸

En la actualidad, la Federación Mexicana de Charrería considera que la charrería profesional nació en 1880 con el surgimiento del “Charro Ponciano”, como nuestro torero es nombrado en diferentes corridos y canciones de la época. Fue Ponciano el último en practicar la tauromaquia charra, forma de toreo que estaba mezclado con suertes de origen campirano. Al finalizar el siglo, ambas actividades estarían ya divididas y la charrería comenzaría su propio camino, en pos de convertirse en un deporte nacional.⁵⁹

No se sabe exactamente cuándo comenzó a utilizarse la palabra “charro”, la cual puede tener diversos orígenes. En la actualidad, el *Diccionario de la Lengua Española*, nos dice que en México esa palabra designa al jinete o caballista que viste traje especial compuesto de chaqueta corta, camisa blanca y sombrero de ala ancha y alta copa cónica, con pantalón ajustado para los hombres y falda larga para las mujeres.⁶⁰ Durante el siglo XIX los rancheros mexicanos se caracterizaron por sus grandes habilidades como jinetes y toreadores a caballo, ambas prácticas

⁵⁸ Citado en Armando de María y Campos, *Op. cit.*, p. 69.

⁵⁹ Federación Mexicana de Charrería, *Historia de la Charrería en México*, en: <http://www.charreriefed.com/hist_charrería.htm>. [Fecha de consulta: 12 de junio de 2012]

⁶⁰ *Diccionario de la Lengua Española*, Edición del Tricentenario, disponible en: <http://www.rae.es/>>. [Fecha de consulta: 2 de noviembre de 2015]

adquiridas en sus faenas cotidianas; y también, por ser expertos domando manadas de reses y caballos en los ranchos y las haciendas donde trabajaban.

En los días en que un *herradero* se llevaba a cabo, esta actividad se alternaba con el *jaripeo* y *coleadero*. Al respecto existen varios relatos: uno es el de la Sra. Frances Erskine Inglis de Calderón de la Barca, quien durante su estancia en México, entre 1840 y 1842, presencié el encierro de cerca de 700 toros en la hacienda de Santiago, situada a 18 leguas de la capital. Allí oyó el bufido de los toros, pero sobre todo observó el brío y la pasión con que los vaqueros, vestidos con pantalón de piel de venado y chaqueta bordada, se ocupaban de marcar, jinetear y colear al ganado, al parecer sin cansarse.⁶¹

Realizar un herradero en el corral mayor significaba reunir a los animales en dos pequeños corrales anexos, a fin de iniciar su selección y las tareas del conteo, herraje y capazón e implicaba la participación de jinetes experimentados, muy hábiles en el manejo de las reatas para lazar a los animales. Se acostumbraba dar de comer a toda la concurrencia y para esto eran sacrificados tres o cuatro novillos, con los cuales se preparaba carne asada acompañada de tortillas recién echadas en los comales. Seguramente no faltaban el aguardiente y el pulque. La música daba el último toque a la fiesta campirana, amenizada por instrumentos de viento o por una guitarra que interpretaba los corridos en boga.

Las actividades de los charros que recibían dinero por actuar durante el siglo XIX, a quienes podríamos llamar “profesionales”, estuvieron directamente ligadas a las

⁶¹ María del Carmen Vázquez Mantecón, *Op. cit.*, p. 5.

corridas de toros. En las plazas había lazadores que sacaban a los toros mansos y entre una lidia y otra se presentaban jinetes que coleaban y banderilleros a caballo.⁶² El coleadero era una atracción obligada en las corridas, además de los seis toros de costumbre y el toro embolado para aficionados. Estos profesionales, entre ellos Ponciano Díaz, nacieron sin duda de las exhibiciones ecuestres que hacían los hombres que vivían y trabajaban con el caballo. Es menester señalar que los mejores charros salieron de entre los vaqueros y caporales, que eran quienes practicaban a diario estas suertes o lances de lujo.⁶³

Se dice que el cariño que un rancharo tenía por su caballo era mayor a veces que el que sentía por su mujer y sus hijos. Apenas sabían caminar los niños de la hacienda ganadera, cuando ya manifestaban gusto por el caballo, al que no temían, más bien veían con ojos de ternura, por ser éste amigo de sus padres. Pronto comenzaban a hacer uso de pequeñas reatas y, desde luego, se ejercitaban diariamente en ellas, imitando lo que veían de los mayores. Podría decirse que un rancharo sin caballo era un ente imperfecto; el animal era como la mitad de su todo, ya que sin su caballo no podía cumplir con sus obligaciones.⁶⁴

Un buen ejemplo de cómo se hacían los charros profesionales en el siglo XIX lo podemos encontrar en la obra titulada *Historia de la Charrería*, del historiador José Álvarez del Villar, en la que relata una vida similar a la de Ponciano, y nos permite, con algunas modificaciones, imaginar cómo fue la historia de nuestro torero:

⁶² José Álvarez del Villar, *Op. cit.*, p. 264.

⁶³ *Ibid.* p. 262.

⁶⁴ *Ibid.* p. 284-285.

Supongamos que un grupo de charros aficionados se reúne en una presentación pública: la fiesta de Santiago Tianguistenco o alguna otra en las cercanías de Atenco. Uno de los hombres que va a actuar se encuentra indispuerto debido a que bebió de más, y no se le aprueba participar en el jaripeo ni en el toreo, por lo que se invita a un vaquero para que ocupe su lugar. Este vaquero, muy preparado en las jineteadas, torea a caballo y burla al astado con hermosura y buen porte, de manera que al terminar recibe aplausos y algunas monedas que, como premio, le dan los satisfechos espectadores. Es probable que entonces el vaquero pida permiso para hacer una o dos suertes más, que sabe conquistadas por haberlas practicado en el campo. Así, en la siguiente fiesta, su presentación ya no es fortuita, sino que forma parte de los actores. Al poco tiempo es llevado a otro lugar para que allí sea visto y así le sucede varias veces. Finalmente, algún empresario taurino le invita a colaborar en alguna de sus presentaciones.⁶⁵

Éste pudo haber sido el modo en el que Ponciano Díaz comenzó su carrera en los ruedos, toreando becerros a escondidas en la estancia de San Gaspar, participando en las reuniones campiranas y fiestas de pueblos vecinos, para finalmente ser anexado a la cuadrilla de un torero profesional.

⁶⁵ *Ibid.* p. 263.

2.2 La tauromaquia mexicana.

¡Hurra el valiente torero! ¡Hurra al valiente Ponciano que será siempre el primero en el suelo mexicano!⁶⁶

Si bien las costumbres traídas por los conquistadores fueron arraigándose durante la época colonial, la separación geográfica con la metrópoli y el pasado indígena las modificaron, dando paso a nuevas versiones. En nuestro país, como ya se ha señalado, los ejercicios campiranos se mezclaron con las costumbres españolas, juntos dieron forma a lo que en el siglo XIX se conoció como “tauromaquia mexicana”.

Es preciso aclarar que la tauromaquia que se practica en nuestros días, conocida como “tauromaquia moderna”, se estableció en España, años después de aparecidas y asimiladas las obras de José Delgado “Pepe Hillo”, *La Tauromaquia o arte de torear*, publicada en 1796; y *La tauromaquia completa o arte de torear en la plaza*, de Francisco Montes, publicada en 1836. Ambos lidiadores se preocuparon por reglamentar las suertes que se practicaban en España, con el objetivo de dejar principios básicos bajo los cuales las suertes descritas debían de tener éxito.

A lo largo del siglo XIX, la tauromaquia española y la mexicana se irán depurando, ambas evolucionaron bajo la misma estructura, si bien cada una tenía sus suertes particulares, al finalizar el siglo el espectáculo se unificará en torno al gusto del respetable.

⁶⁶ Citado en Armando de María y Campos, *Op. cit.*, p. 93.

Durante la Edad Media los personajes principales de las corridas eran los nobles o caballeros, quienes se enfrentaban a los toros desde sus caballos, a ellos los normaba un código de conducta o código de honor, no lidiaban por dinero, sino por reconocimiento, y sólo bajaban de sus caballos para ejecutar el lance llamado “empeño a pie”. Este se ejecutaba sólo en caso de haber perdido el sombrero, alguno de sus atavíos, o porque el toro les hubiese herido el caballo o algún peón. Los caballeros tenían el deber de defenderlos y no podían volver a montar hasta haberle quitado la vida al astado.⁶⁷

Desde esa época todos los grandes acontecimientos se festejaban con corridas de toros. La fiesta se caracterizó por su carácter estamentario, es decir estaba organizada bajo un estricto modelo jerárquico: “La dominación de los nobles sobre los plebeyos encontraba ahí su legitimación, al mostrar a los primeros como los protectores de los segundos.”⁶⁸ En general, las fiestas de toros eran como un pequeño escenario en el que se podía ver en microcosmos, a la sociedad de ese tiempo.⁶⁹

Los festejos taurinos caballerescos se vieron afectados tras las reformas que trajo consigo el pensamiento ilustrado, se comenzó a verlas como una diversión sangrienta y bárbara, aunado a esto los reyes dejaron de preferirlas o frecuentarlas, y tras ellos, los nobles también las abandonaron. Fue entonces cuando el lugar

⁶⁷ Francisco Montes, *Tauromaquia completa, o sea el arte de torear en la plaza, tanto a pie como a caballo*, p. 12.

⁶⁸ Juan Pedro Viqueira Albán, *Relajados o reprimidos, diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*, p. 33.

⁶⁹ María del Carmen Vázquez Mantecón, *Los días de Josefa Ordoñez*, p. 114.

vacío lo ocupó el antiguo peón. Tomando fuerza el toreo a pie, las corridas dejaron de celebrarse sólo en festejos políticos, religiosos o reales, sino como entrenamiento del pueblo. No faltaron los asentistas que vieron y aprovecharon la oportunidad de hacer un jugoso negocio y así surgieron nuevas plazas y se fue añadiendo al espectáculo multitud de pequeñas diversiones que tenían la finalidad de atraer al público.⁷⁰

En nuestro país, desde recién iniciada la vida independiente, las corridas se utilizaron para la realización de obra pública. Terminada la guerra de Independencia, las arcas del estado se encontraron en bancarrota total. No obstante, los festejos de enero de 1823, que se hicieron para la jura de Agustín Iturbide, no podían haber estado completos sin las acostumbradas corridas. Para esta solemne celebración se tuvo que construir un coso, que habría de quitarse terminando las festividades; no se pudieron llevar a cabo en la Real Plaza de Toros de San Pablo pues ésta sufrió un incendio pocos meses atrás. La escasez de fondos era tal, que el Ayuntamiento tuvo que pedir un préstamo a varios particulares. A pesar de que hubo muchas dificultades, se logró terminar la plaza gracias a la venta de palcos y lumbreras; aun así, se quedó a deber mucho.⁷¹

Un par de meses después, en abril, pasada la abdicación de Iturbide, el Ayuntamiento se quejaba ante el Supremo Poder Ejecutivo, pues de los gastos de la jura, que ascendieron a 74, 000 pesos, sólo se habían podido recuperar 27, 000;

⁷⁰ Juan Pedro Viqueira, *Op. cit.*, p. 41.

⁷¹ María del Carmen Vázquez Mantecón, *Las fiestas para el libertador y monarca de México Agustín de Iturbide, 1821-1823*, p. 75.

a los prestamistas se les debía 16,012 y lo demás se había sacado de los “gastos del común”. La situación era desesperante, pues aparte de que los prestadores exigían su dinero, había necesidades que no podían esperar a ser atendidas pues ponían en peligro a la población. Una de esas necesidades, la más urgente al parecer, era el desagüe de la ciudad. En ese entonces las aguas salían a través de los ríos, canales y atarjeas, a los que se daba mantenimiento anualmente, pero debido a los acontecimientos de los años anteriores la limpieza no se llevó a cabo como correspondía.⁷²

Agravando las condiciones, se pronosticaron para ese año lluvias abundantes y tempranas, y la mayoría de ríos y zanjas se encontraban completamente enzolvados. A esa urgente necesidad se podían agregar otras: empedrados, banquetas, alumbrado, el gasto de 60,000 pesos anuales en los Hospitales y 18,000 mil en la cárcel. Bastante urgentes puesto que el Ayuntamiento agregó: “...a no ser que a los locos se les eche a la calle, los enfermos lazarinos y Antoninos se mezclen con nosotros, el miserable pueblo no se cure en sus enfermedades, y que los presos se mueran de hambre en las cárceles”.⁷³

La única solución que encontró el Ayuntamiento, y la que propuso al Supremo Poder Ejecutivo, fue la realización de 16 corridas de toros extraordinarias, que debían llevarse a cabo en la plaza que se formó para la jura, pues no había tiempo para esperar a que se reconstruyera la de San Pablo. Para el Ayuntamiento no había mejor salida, estando las arcas vacías, que dejar que el pueblo contribuyese a aliviar

⁷² *Gaceta del Supremo Gobierno de México*, 26 de abril de 1823, p. 1-4

⁷³ *Idem*.

la grave situación de manera voluntaria y sin advertirlo, pues no se le obligaba a nada, únicamente se le ofrecía una diversión ante la cual no se podía resistir.⁷⁴

La petición fue aceptada de inmediato debido a la absoluta ausencia de otro tipo recursos. Las únicas condiciones que se pusieron fueron las de dar preferencia a la limpia de ríos, zanjas y atarjeas, y la de remover la plaza posteriormente, con los productos de las mismas corridas.⁷⁵ La remoción se hizo ese mismo año, a partir del 3 de julio, pues según nos dice Carlos María de Bustamante, se descubrió una conspiración que tenía entre sus primeras operaciones el incendiar esa enorme montaña de madera.⁷⁶

Sin embargo, la ciudad no se quedó sin toros. Los años siguientes las corridas se llevaron a cabo en diferentes placitas, entre las que destacaron: la plaza de don Toribio, Villamil, el Boliche, la Alameda y Necatitlán. En esta última, nos dice Guillermo Prieto en sus *Memorias de mis tiempos*, se lucían los toreros Vicente Ávila, sin rival para la garrocha; Mariano “La Monja”, como primer espada; “Pajitas”, como banderillero sin segundo, y hasta el “Compadrito” y “Caparatas”.⁷⁷

Para 1833 las corridas eran un negocio tan socorrido que, a pesar de que se corrían toros en la Alameda y Necactitlán, el general y asentista Manuel Barrera, reconstruyó y reinauguró la Real Plaza de Toros de San Pablo, dedicándose a explotarla como empresario. Sobre la reapertura, Armando de María y Campos

⁷⁴ *Idem*.

⁷⁵ *Gaceta del Gobierno Supremo de México*, 29 de abril de 1823, p. 214.

⁷⁶ Carlos María de Bustamante, *Diario Histórico de México*, 3 de julio de 1823.

⁷⁷ Guillermo Prieto, *Atentamente*, p. 111.

afirma erróneamente que se dio en 1835, y que para dicho acontecimiento el cónsul de México en Nueva Orleans, José Álvarez, contrató a Bernardo Gaviño. La fecha de la reinauguración, además de algunos datos y su opinión acerca de las corridas de toros, nos la da Carlos María de Bustamante:

Domingo de Pascua, 7 de abril de 1833 (mucho calor):

Esta tarde se ha estrenado una magnífica plaza de toros en el barrio de San Pablo, construida de cuenta del coronel Barrera en el mismo lugar donde estaba la que se quemó el día que por desgracia llegó a Veracruz Mr. Poinsett. La concurrencia ha sido numerosísima y brillante con asistencia del vicepresidente Gómez Farías y el Ayuntamiento, pues dizque se hizo la función en celebridad de la instalación del Congreso y no en aumento y utilidad del bolsillo de Barrera. Excelentes caballos de los picadores, buenos arneses, pero mal ganado, sin embargo fueron despanzurrados dos caballos. También hubo toros en la plaza de Necatitlán y en la Alameda, he aquí una ciudad torera, que retrograda a la barbarie en vez de marchar a la ilustración gótica en el siglo XIX...⁷⁸

Desde su reinauguración y hasta la aparición de la plaza de toros del Paseo Nuevo en 1851, la plaza de San Pablo fue la más popular e importante de la ciudad. En esta plaza, al parecer el 18 de abril de 1835, hizo su primera presentación en la capital el español Bernardo Gaviño.⁷⁹ Su juventud, valentía y gallardía le favorecieron para consolidarse rápidamente como el torero consentido de la afición.

⁷⁸ Carlos María de Bustamante, *Op. cit.*, 7 de abril de 1833.

⁷⁹ Armando de María y Campos, *Op. cit.*, p. 28

A partir de su primera presentación, y hasta su muerte en 1886, fue el indiscutible líder de la tauromaquia mexicana.⁸⁰

Ahora bien, es necesario que nos ocupemos un poco más de la vida de este personaje.

Bernardo Gaviño Rueda, hijo de José Gaviño y María de las Nieves Rueda, nació el 20 de agosto de 1813 en Puerto Real, provincia de Cádiz. Al cumplir un año de edad falleció su padre y, antes de cumplir los diez, quedó totalmente huérfano, permaneciendo al amparo del obispo don Francisco Javier Cienfuegos, quien le procuró su primera educación. A los trece años comenzó a mostrar inclinaciones por el arte taurino y huyó del seminario donde su bienhechor lo había inscrito, para dar prioridad a sus anhelos de torero.⁸¹

Tras su huida fue apadrinado por el célebre espada Juan León "*Leoncillo*", pero poco tiempo después resultó encontrado y encarcelado por mandato de su tutor, quien se había convertido en arzobispo de Sevilla. Una vez fuera de prisión, se fugó de la casa de éste y unió de inmediato a una cuadrilla, presentándose por primera vez en público en la plaza de San Roque y posteriormente en las de Algeciras, Vejer y Puerto Real, su pueblo. Al saber esto, el hermano de su madre, Francisco Rueda, amenazó con enviarlo de nuevo a prisión si no desistía de sus aventuras taurinas.

⁸⁰ Benjamín Flores Hernández, *La ciudad y la fiesta: los primeros tres siglos y medio de la tauromaquia en México*, p. 92.

⁸¹ Leopoldo Vázquez, *América Taurina*, p. 10.

Tal vez cansado de huir o decidido a probar suerte en una América llena de posibilidades, Bernardo decidió embarcarse con destino a Montevideo en 1829.⁸²

Dos años estuvo en la capital de Uruguay y posteriormente pasó a Cuba, haciendo su primera presentación en la plaza de toros de La Habana el 30 de mayo de 1831. Obtuvo popularidad y fue incluso uno de los espadas favoritos de la isla, presentándose al lado de otros diestros españoles y también de un torero mexicano llamado Manuel Bravo, quien moriría allí en 1845, a consecuencia de una cogida.⁸³

Durante la primera mitad del siglo XIX no se desarrolló la crónica taurina en México. Sin embargo, existen descripciones muy completas que fueron hechas por viajeros extranjeros, en su mayoría por europeos y norteamericanos. De entre estos muchos autores, tomaremos los relatos hechos por Frances Erskine Inglis, mejor conocida como Madame Calderón de la Barca. La primera de estas descripciones es la de una corrida campirana que tuvo lugar en la hacienda de la familia Adalid y contó con la participación de Gaviño:

La plaza era una cerca pintoresca circundada de árboles, donde habían puesto sillas en una plataforma elevada, había música y gritos por parte de los indios que estaban trepados en los árboles. Bernardo vestido de raso azul y oro; los picadores de negro y plata; los demás de raso oscuro y oro; todos los de a pie llevaban un calzón que les llegaba a la rodilla, medias de seda blanca, un pequeño gorro negro con cintas y un mechón

⁸² *Idem.*

⁸³ *Ibid.* p. 11.

de pelo negro trenzado. A los toros no se les mató pero sí tuvieron una tormentosa participación pues fueron banderilleados a pie y a caballo, también hubo toros coleados y uno de los toros fue cubierto de dardos y cohetes, adornados con cintas y papeles de color. Finalmente el cochero “un mexicano fuerte y hermoso”, se montó en el lomo de un toro bravo, que cabeceaba y reparaba, como si estuviese poseído por una legión de demonios.⁸⁴

En las corridas “formales” que tenían lugar en la plaza de San Pablo, las cosas no eran muy diferentes; lo más importante para el torero era dar muestras de valentía y para el empresario ofrecer un espectáculo que no sólo atrajera a las clases altas de la sociedad, sino al pueblo en general. El siguiente relato, hecho por la misma dama, es de una corrida que tuvo lugar el 7 de enero de 1840, en la plaza de San Pablo:

”Cerca de las seis y media, un toque de trompetas anunció la llegada del presidente, quien vino de uniforme [...]. Poco después, los matadores y los picadores, a pie los primeros y a caballo los segundos, hicieron su entrada, saludando a todo el público alrededor de la arena, y fueron recibidos con un estallido de vítores. El traje de Bernardo, de azul y plata, era magnífico, y le costó quinientos pesos. Diose la señal, se abrieron las puertas, y salió el toro; no tan grande, ni de aspecto tan fiero como los de España, sino pequeño, nervioso, bravo y desparramando la vista.

⁸⁴ Frances Erskine Inglis, *La vida en México...*, p. 138.

[...] Los matadores y los banderilleros llaman la atención del toro con sus capas encarnadas —y los picadores le clavan sus lanzas. Precipitase el animal contra los primeros y lanza al aire las capas que le arrojan; saltan los toreros la valla que circunda la arena; arremete contra los otros y derriba a los caballos, y muerden el polvo sus jinetes en varias ocasiones; recobrando, ambos, al instante el equilibrio, pues en ello no hay tiempo que perder. Quisieron después los matadores recurrir a los fuegos artificiales; eran unos cohetes adornados con ondeantes cintas que prendían en las astas del toro, y hacían que éste, al revolver la testa, se viera envuelto en llamas. Alguna que otra vez, el picador agarraba la cola del cornúpeto por su extremidad, y levantando el pie derecho le hacía pasar sobre la cola, y sin soltarla, corría el caballo en dirección contraria a la de la res, obligándola a caer en tierra.

Enloquecido por el dolor, arrojando caños de sangre, erizado de dardos y cubierto de cohetes, corre el desafortunado toro en contorno, embistiendo, ciego, a hombres y caballos, intentando saltar la barrera repetidas veces; más la multitud, con su griterío y agitando sus sombreros, se lo impide. Por último, acosado, y al cabo de sus fuerzas, le da el golpe mortal el matador, lo que se considera como la suerte suprema. Quedóse inmóvil el toro, como sospechando que le había llegado su hora, dio algunos pasos vacilantes tirando cornadas al aire, y terminó por echarse. Una última cuchillada y el toro exhala el postrer aliento.

Sonaron los clarines y tocó la música. Entraron a la plaza cuatro caballos, engancharon al toro de sus tiros y, echando a correr a galope, se lo llevaron fuera de la arena.

Esta última parte produce una gran impresión y recordaba la de un sacrificio romano. De manera similar dieron muerte a ocho toros.⁸⁵

En ambas corridas mencionadas, principalmente en la primera, se describen una serie de suertes campiranas entre las que destaca el colear al toro, banderillearlo a caballo, y montarlo. De un modo similar se desarrollaban todas las corridas con estilo mexicano. Lo común que ofrecían los carteles eran seis toros de muerte, dos para ser coleados, y finalmente un embolado para los aficionados. Esta forma de llevar a cabo el espectáculo estuvo presente, por lo menos, en tres de las cinco décadas en que Bernardo Gaviño triunfó en los ruedos mexicanos.⁸⁶

La década con la que inició la segunda mitad del siglo fue trascendental en la historia del país. Durante esos años, tras la caída del dictador Santa Anna y las reformas propuestas por una nueva generación de liberales, se gestaron profundos cambios políticos y sociales. El enfrentamiento entre el bando liberal y el conservador fue inminente. El triunfo fue de los liberales, pero tuvo consecuencias inmediatas, una de ellas fue la suspensión del pago de la deuda externa, ocasión que fue aprovechada por emperador francés Napoleón III, quien decidió invadir México. Por su parte, los conservadores, quienes no habían abandonado la idea de establecer

⁸⁵ Frances Erskine Inglis, *Op. Cit.*, p. 69.

⁸⁶ María del Carmen Vázquez Mantecón, *Origen y devenir de los juegos con caballos...*, p. 9.

un gobierno monárquico, trajeron para este fin al archiduque austriaco Maximiliano de Habsburgo. El nuevo emperador y el bando conservador no compartían los mismos ideales; aunado a esto, la resistencia armada del pueblo mexicano fue aguerrida. El invasor no tuvo ni un momento de sosiego hasta ser derrotado. Maximiliano de Habsburgo fue fusilado en el cerro de las Campanas en junio de 1867, y un mes después Benito Juárez entró triunfante a la ciudad de México.⁸⁷

En el ámbito taurino, durante los turbulentos años de la Guerra de Reforma, Bernardo Gaviño demostró sus habilidades comerciales, tras una breve mirada a los carteles, nos podemos dar cuenta de que el ibero se adaptó rápidamente a los vaivenes de la política. Seguramente en pos de ganancias económicas. Durante la estancia de los conservadores en la capital, organizó más de una corrida en honor del mandatario Félix Zuloaga.

De entre esas corridas, destaca la realizada el 11 de abril de 1858, que Gaviño organizó para “solemnizar debidamente el cumpleaños del Exmo. Sr. presidente Zuloaga”. Ese día se presentó un espectáculo que pocas veces se había visto: dos corridas a la vez, en la misma plaza. Se lidiaron diez toros, cinco de Atenco y cinco del Cazadero. Para esto, la plaza se dividió en dos, y todo el espectáculo se hizo en dupla: primero, la lidia de las dos ganaderías por distintas cuadrillas; después, la mojiganga, dos toros embolados, uno lidiado en zancos; finalmente, dos embolados para los aficionados.⁸⁸

⁸⁷ José Gamas Torrueco, *La vigencia en la constitución de 1857*, p. 337-338.

⁸⁸ El cartel publicitario de esta corrida, a diferencia de otras en las que participó Gaviño, no está firmado por la empresa, sino por el torero, esto era común en las corridas a

Es curioso, pero parece que esta corrida fue un reflejo de la situación política y social del país: México gobernado por dos presidentes al mismo tiempo, el conservador Zuloaga y el liberal Benito Juárez. Sobre este punto, Araceli Guillaume-Alonso nos dice que a veces parece como si la evolución de lo taurino corriese pareja con la evolución de la sociedad y reflejase sus cambios.⁸⁹

PLAZA DE TOROS DEL PASEO NUEVO.
Dos corridas á la vez.

Magnífica y extraordinaria función para el domingo 11 de Abril de 1858, en celebradón del cumpleaños del Excmo. Sr. presidente, general D. Félix Zuloaga, y feliz regreso á la capital del Excmo. Sr. general D. Luis G. Osollo, quienes la honrarán con su asistencia.

TOROS DE ATENCO Y EL CAZADERO.
 CUADRILLA DE BERNARDO GABIÑO.
PLAZA DIVIDIDA EN DOS.

Deseando solemnizar debidamente el cumpleaños del Excmo Sr. presidente, general D. Félix Zuloaga (lo que no pude hacer oportunamente por no ser día á propósito) y el feliz regreso á esta capital del Excmo. Sr. general D. Luis G. Osollo, he dispuesto dar una función que por su novedad y lucimiento sea digna de las notables personas á quienes humildemente la dedico y de sorpresa y agrado para el bondadoso público que me favorezca con su asistencia.

Por la primera vez en esta plaza, y despues de muchísimos años de no haberse ejecutado, se verá el sorprendente espectáculo de dar á la vez dos corridas en la misma plaza, con distinto ganado y distintas cuadrillas, para cuyo efecto se ha dividido por mitad el redondel.

Se jugarán en la tarde

DIEZ TOROS,

siendo cinco de Atenco y cinco del Cazadero, escogidos unos y otros de lo mejor que hoy tienen esas haciendas, para que la función corresponda á su objeto.

A la vez se presentará en una de las mitades de la plaza

Un toro de Atenco

y en la otra mitad

Un toro del Cazadero,

señalados aquellos con divisa encarnada y estos con divisa blanca; y como es de suponer que alguno de los dos toros se alargue mas en el juego de la pica, se suplicará al señor juez no mande poner banderillas hasta que no sea tiempo oportuno para los dos.

En el intermedio de la corrida tambien se presentarán á la vez

Dos toros embolados,

cada uno en su respectiva mitad de la plaza, y serán lidiados por dos distintas

Mojigangas, siendo una en zancos,

cuya diversion no puede menos de ser muy agradable á la concurréncia.

Concluirá la corrida presentando igualmente

Dos toros embolados

para los aficionados, de la misma manera que los anteriores.

Espero con fiadanza que la función anunciada sea recibida con agrado, y con eso solo quedarán cumplidos y satisfechos los deseos de—Bernardo Gaviño.

Para comodidad del público las puertas se abrirán á las dos de la tarde.

Ilustración 5. Corrida en celebración del cumpleaños del general Félix Zuloaga, en *La Sociedad*, 11 de abril de 1858, p. 4.

su beneficio o en las que eran organizadas por su cuenta. Es probable que en estos casos asumiera el papel de empresario, arrendando la plaza, en *La Sociedad*, 11 de abril de 1858, p. 4.

⁸⁹ Araceli Guillaume-Alonso, *La Tauromaquia y sus génesis...*, p. 249.

Al término de la guerra, en enero 1861, la entrada triunfal del bando liberal también fue celebrada con una corrida; ésta tuvo lugar el 27 de enero. Fue anunciada como una función extraordinaria dedicada presidente interino de la república Benito Juárez "...eminente patriota que con tanto valor y abnegación ha sabido conservar el gobierno legítimo constitucional de la República". Esa tarde fueron lidiados seis toros de Atenco por Bernardo Gaviño, los intermedios se cubrieron con una mojiganga y música, finalizó la función con el toro embolado de costumbre y fuegos artificiales. Ese año, las corridas fueron pocas, Gaviño salió de gira por los estados y la plaza del Paseo Nuevo fue ocupada por el torero mexicano Pablo Mendoza.⁹⁰

Durante la invasión francesa también hubo festejos taurinos, aunque en menor cantidad. Se sabe que hubo una corrida en noviembre de 1862, que contó con la participación del torero Pablo Mendoza y la presencia del presidente Juárez, en beneficio de los héroes de Puebla. Otra tuvo lugar en febrero de 1863, organizada por la Junta de Damas Patriotas, de la que era presidenta doña Margarita Maza de Juárez; participó en ella el torero Mendoza y fue realizada a favor de los hospitales militares.⁹¹ Meses después, en agosto del mismo año, ya con la presencia de tropas francesas en la capital, se organizó una corrida para festejar a Nuestra Señora de la Asunción y a Napoleón III, a la cual se convidó al ejército invasor. La corrida fue presenciada por el comandante francés Ellie Frédéric Forey y sus opiniones al respecto fueron publicadas un día después en *El Pájaro Verde*.⁹²

⁹⁰ Armando de María y Campos, *Los toros en México en el siglo XIX*, p. 89

⁹¹ *Ibid.*, p. 95

⁹² María del Carmen Vázquez Mantecón, *¡Toros sí, toros no! Del tiempo cuando Benito Juárez prohibió las corridas de toros*, p. 175-176

Forey dejó en claro que asistió por cortesía y no por aprobación. Las corridas le parecieron una costumbre bárbara e impolítica. Entre muchas otras cosas, le sorprendió que una nación cristiana se deleitara con este tipo de espectáculos. Al final, concluyó diciendo que el gobierno que modificara esas costumbres le haría un gran servicio a la nación y “le reivindicaría con justicia su rango entre los pueblos civilizados”.⁹³

Al parecer no hubo corridas en los festejos por la llegada de los soberanos Maximiliano y Carlota. Pero durante su primer viaje al interior de la república, el 12 de agosto de 1865, cerca de San Juan del Río, Maximiliano fue obsequiado con un “magnífico coleadero”, “manganas” o lazadas y monta de mulas cerreras. Niceto de Zamacois nos dice que el emperador quedó “altamente complacido” y sorprendido por la habilidad de los participantes.⁹⁴ El sueño imperial fue corto, Maximiliano de Habsburgo fue fusilado en el cerro de las campanas en junio de 1867.

Juárez hizo su entrada triunfal a la capital el 15 de julio de 1867. La victoria final del bando liberal permitió que los reformistas pudieran actuar con cierta libertad. Si bien, sus acciones en años anteriores se caracterizaron por buscar la desaparición o debilitamiento de algunas estructuras coloniales subsistentes, esta vez tocó el turno a las corridas de toros, igualmente heredadas del pasado colonial.

Las fiestas septembrinas de ese año fueron especiales, se acababa de consumir una “segunda independencia” y de acuerdo con esos aires libertarios, don Ignacio

⁹³ *Idem.*

⁹⁴ *Ibid.*, p. 180

Manuel Altamirano publicó en *El Correo de México*, del 16 de septiembre, una nota que tituló “No más toros”. En ella se preguntó, entre otras cosas, porque no se le daban al pueblo espectáculos que lo instruyeran y en cambio se le ofrecían “escenas del tiempo del retroceso y de los virreyes”. Con frases cortas y francas exclamó: “¡No más sangre!”, “¡Tinta en vez de sangre!”, “¡Ilustración y no barbarie!”, “¡Educación al pueblo!”, “¡Diversiones que hablen a su inteligencia y no a sus sentidos!”, “¡Artes útiles en lugar de mojiganga!”, “¡Periódicos en vez de banderillas!”, “¡El cincel y no el puñal del carnicero!”, “¡Enseñar a pensar y no a matar!”, “¡Moralizar en vez de corromper!”, “¡El teatro por los toros!”, “¡El teatro a precio ínfimo para el pueblo!”.⁹⁵

Después del fusilamiento de Maximiliano, Benito Juárez sabía que necesitaba ser reconocido en el exterior como un gobernante interesado en la moralidad y educación del país. Sumado a esto, las palabras de Altamirano, y las del comandante francés Frédéric Forey, le exigían abogar por el título de país civilizado.⁹⁶ Finalmente, el 28 de noviembre de 1867, en uso de facultades extraordinarias, expidió la "Ley de Dotación de Fondos Municipales", cuyo artículo 87º enunció que no se considerarían entre las diversiones públicas permitidas las corridas de toros, y por lo mismo, no se podrá dar licencia para ellas, ni por los ayuntamientos, ni por el gobernador del Distrito Federal en ningún lugar del mismo.⁹⁷

⁹⁵ *Ibid.*, p. 183.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 199.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 171.

La mencionada ley no entró en vigor sino hasta el primero de enero de 1868. De modo que hubo tiempo para dos últimas corridas. Ambas tuvieron como objetivo recaudar fondos para los damnificados que dejó el paso de un huracán por las costas de Matamoros. La primera se celebró el domingo 3 de noviembre, con la participación de Bernardo Gaviño y su cuadrilla. Como era costumbre, incluyó toros de muerte, toros para colear, un toro embolado para los aficionados, y la presentación de una mojiganga que se llamó “El convidado de piedra y doña Inés”. La corrida fue todo un éxito, la gente acudió al laudable llamado, de manera que se convirtió en la última gran corrida antes de la prohibición.⁹⁸

La siguiente tuvo lugar el 8 de diciembre, actuaron en ella jóvenes aficionados dirigidos por Gaviño, pasó casi desapercibida y no contó con el entusiasmo de la anterior. Al día siguiente, Ignacio Manuel Altamirano escribió:

...Con esta corrida que se permitió a la caridad, concluyeron para siempre en nuestra capital las bárbaras diversiones de toros, a las que nuestro pueblo tenía un gusto tan pronunciado desgraciadamente. Los hombres del pueblo saben más de tauromaquia que de garantías individuales.⁹⁹

Ese mismo año se hicieron gestiones para que se derogara la prohibición, pero no se consiguió sino parcialmente, pues si bien para noviembre el decreto fue abolido en el Estado de México, permaneció para el Distrito Federal.¹⁰⁰

⁹⁸ *Ibid.*, p.184

⁹⁹ *El Correo de México*, 9 de diciembre de 1867, p. 1

¹⁰⁰ Daniel Medina de la Serna, *Las prohibiciones de las corridas de toros en el Distrito Federal*, p. 4.

En más de una ocasión se trató de restituir las corridas en la capital, pero, como en la actualidad, las opiniones estaban divididas. La prensa de la época nos ayuda a entender los diferentes prejuicios y tendencias: algunos periódicos liberales, como *La Bandera Nacional*, opinaban que la tauromaquia era una de las tantas malas herencias de la madre patria;¹⁰¹ otros, sobre todo los de tinte conservador como *La Colonia Española*, opinaban que nuestros ciudadanos, “como todos los pueblos no afeminados”, necesitaban de emociones fuertes para divertirse y por tal motivo, en donde quiera que las autoridades no lo prohibiesen, las plazas estaban siempre llenas.¹⁰²

Ahora bien, a pesar de ser el espectáculo más favorecido por el pueblo, la postura liberal ganó y la prohibición taurina en la capital siguió hasta la primera elección de Porfirio Díaz en 1886.

Durante la prohibición en el Distrito Federal, la provincia se convirtió en el lugar de refugio y desarrollo de la tauromaquia, teniendo mayor éxito en las plazas cercanas a la capital, como las de Cuautitlán, Tlalnepantla, El Huizachal, Toluca, Pachuca y Puebla. La prohibición afectó principalmente a los aficionados, entre ellos, al mismo presidente Porfirio Díaz, quien en contra de la opinión pública se trasladaba a la ciudad de Puebla para disfrutar de las corridas de Gaviño. La prensa, oportuna siempre para este tipo de noticias, no dejaba de hacer comentarios al respecto: “¡Ave, César oaxaqueño! ¡Los bichos que van a morir te saludan!”.¹⁰³

¹⁰¹ *La Bandera Nacional*, 10 de mayo de 1878, p. 3.

¹⁰² *La Colonia Española*, 30 de Julio de 1878, p. 2.

¹⁰³ *El Combate*, 11 de Junio de 1880, p. 3.

El gusto por los toros era tanto que, en lugares donde no había toreros profesionales, los aficionados daban las corridas; en estas ocasiones, la muerte del astado no era tan importante y a veces no se llevaba a cabo, ya fuera por la falta de ganado o porque las suertes de la charrería ocupaban gran parte de la presentación. Había incluso toros que tenían fama de haber matado a más de un valiente que se atrevió a enfrentarlos.¹⁰⁴



Ilustración 6. "Abolidas las corridas de toros, los aficionados se divierten con lo que no prohíbe la ley", en *La Linterna Mágica*, 16 de mayo de 1868, p. 3.

Consideramos que el carácter mestizo del espectáculo fue el punto clave para que la tauromaquia no fuera abandonada después de la Independencia y la prohibición de 1867. Si bien se trataba de un espectáculo que revelaba su origen español, una vez entrando en la plaza, las variadas suertes que tenían lugar presentaban toques

¹⁰⁴ Luis G. Inclán, *Astucia: El jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama*, p. 147

y tintes particulares. En palabras del historiador y novelista español Niceto de Zamacois, quien presenci6 algunas entre 1840 y 1865:

“Espa1a las aclimat6 en la bella regi6n de An6huac; conservan el mismo tipo, el mismo aire de familia [...]. Las corridas en Espa1a son m6s serias, m6s imponentes, m6s cl6sicas; guardan todav6a aquel aspecto de la edad media [...]. Las de M6xico son m6s vistosas, m6s ligeras, m6s po6ticas, menos sangrientas; pero igualmente animadas, igualmente interesantes.

A lo animado, serio y agradable de aquellas, re6nen los variados y dif6ciles lances que a caballo ejecutan los excelentes jinetes mexicanos, gente la m6s diestra en el manejo del brioso alaz6n”.¹⁰⁵

Como hemos dicho, en M6xico predominaba el uso del caballo; torear y banderillar desde 6l eran actividades en las que se luc6an los toreros nacionales. En s6, el toreo a pie ten6a pocos seguidores, principalmente entre los espa1oles que radicaban en la Ciudad de M6xico y prefer6an el estilo “cl6sico”. Bernardo Gavi1o trat6 de utilizar 6ste desde un principio, pero, como buen empresario, se dio cuenta pronto de que con estas presentaciones, en lugar de ganar popularidad y dinero, ganar6a enemigos que, con un sentimiento patriotero, terminar6an acos6ndolo o ech6ndolo del pa6s, as6 que prefiri6 adaptarse. Este tipo de fiesta brava fue la que predomin6 hasta la reanudaci6n de las corridas en 1886.

¹⁰⁵ Niceto de Zamacois, *El mendigo de San 6ngel...*, p. 394-395.

Como se mencionó en el punto anterior, Ponciano Díaz comenzó su carrera como charro torero en las cercanías de la hacienda de Atenco y, dada la prohibición en la ciudad de México, la provincia fue el lugar donde se desarrolló como profesional. Para 1877 se unió a la cuadrilla de los Hernández, quienes a su vez habían hecho suyos los consejos, la manera de organizar la corrida y los estilos de Bernardo Gaviño.

**PLAZA DE TOROS
DE TLALNEPANTLA.**

*La más brillante corrida que se dará en la
temporada,
dedicada á los generales de division
CIUDADANOS MANUEL GONZALEZ Y MIGUEL NEGRETE.
Para el domingo 20 de Enero de 1878.*

CUADRILLA DE JOSE M. HERNANDEZ.

A las tres y media en punto.

SE LIDIARAN
CUATRO ARROGANTES TOROS
de los mejores cercados de Atenco.

DOS TOROS PARA COLEADERO.

TORO EMBOLADO DE COSTUMBRE.

El público quedará satisfecho, pues el jefe de la cuadrilla, con autorización del dueño de la Hacienda, ha escogido el ganado á su satisfacción.

En el intermedio del segundo al tercer toro, habrá dos para coleadero, terminando la función con el toro embolado de costumbre para los aficionados.

La compañía del ferrocarril, para comodidad del público, pondrá dos máquinas con el suficiente número de coches para la conducción de pasajeros, haciendo dos viajes despues de la función, en caso necesario.

PRECIOS DE ENTRADA.

Lumbreras por entero con ocho entradas.....	\$ 8 00
Entrada general á sombra, en ten- dido ó lumbrera no arrendada.,	1 00
Entrada general á sol.....	0 25

NOTA.—Para la misma comodidad, y á fin de evitar las molestias á los concurrentes, la empresa ha resuelto establecer un expendio de boletos que quedará abierto en la Vinería del Portal de las Flores, bajos del núm. 8, desde el sábado 19 hasta las once de la mañana del día 20.

Ilustración 7. Corrida de José María Hernández en Tlalnepantla, en *La Bandera Nacional*, 19 de enero de 1878, p. 3.

Durante la prohibición, los Hernández aprovecharon que Gaviño se hubiera establecido en Puebla para hacerse los amos del ruedo en el estado de México, presentándose en plazas como las de Tlalnepantla y Cuautitlán, tan sólo por mencionar dos de las más cercanas a la capital. Es posible que Ponciano hubiera

trabajado con ellos nada más un par de meses, ya que su objetivo principal era formar su propia cuadrilla. Podría decirse que lo logró en 1879, año en que, después de seis meses de trabajar como banderillero de Gaviño, se presentó finalmente como matador o jefe de cuadrilla en la ciudad de Puebla el 13 de abril.¹⁰⁶

Este hecho fue interpretado como la “alternativa” de Ponciano pero por ese entonces no existía en nuestro país esa costumbre.¹⁰⁷ En esa fecha, según las fuentes, fue instruido como “jefe de cuadrilla”, término que en aquella época se daba al primer espada.¹⁰⁸

Durante la prohibición, cada estado tuvo su torero. Éste solía conformarse con su condición de “idolillo de campanario”, ya que temía a los públicos de sitios lejanos. Pero Ponciano, siguiendo el ejemplo de Gaviño y poseedor también de un espíritu mercantil, fue en búsqueda de los empresarios del interior si éstos no lo buscaban. Días antes de sus presentaciones, él mismo pegaba carteles en las poblaciones por las que iba a pasar, que por ejemplo decían: “Presentación en este rumbo del hábil torero y hábil caballista Ponciano Díaz. Famoso en las plazas de toros de Puebla y del Estado de México, discípulo predilecto del renombrado Bernardo Gaviño”.¹⁰⁹

¹⁰⁶ *Biografía del célebre torero mexicano Ponciano Díaz, con todos sus hechos muy notables...*, p. 6.

¹⁰⁷ La “alternativa” es la ceremonia mediante la cual el torero primerizo adquiere la categoría de matador, es decir, es autorizado para “alternar” por primera vez en un festejo con otros matadores. En el acto, un matador le entrega al aspirante la muleta y el estoque para que mate en su puesto, en Leopoldo Vázquez, *Vocabulario taurómico...*, p. 7.

¹⁰⁸ *Biografía del célebre torero mexicano Ponciano Díaz, con todos sus hechos muy notables...*, pp. 5-6.

¹⁰⁹ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 90.

Poco a poco, Ponciano Díaz fue adquiriendo numerosos adeptos y fama por los excelentes pares de banderillas que colocaba a caballo, suerte en la que era un indiscutible maestro y quien mejor la realizaba. Su toreo a pie, por el contrario, era pobre, poco artístico y sin soltura con la muleta. Con frecuencia ejecutaba la suerte suprema con *metisaca* y no tenía miedo: no le importaba enfrentarse a cualquier toro, estuviera pasado de edad o poseyese una pavorosa cornamenta. Cuando se trataba de torear a pie vestía de luces y trataba de hacerlo con estilo.¹¹⁰

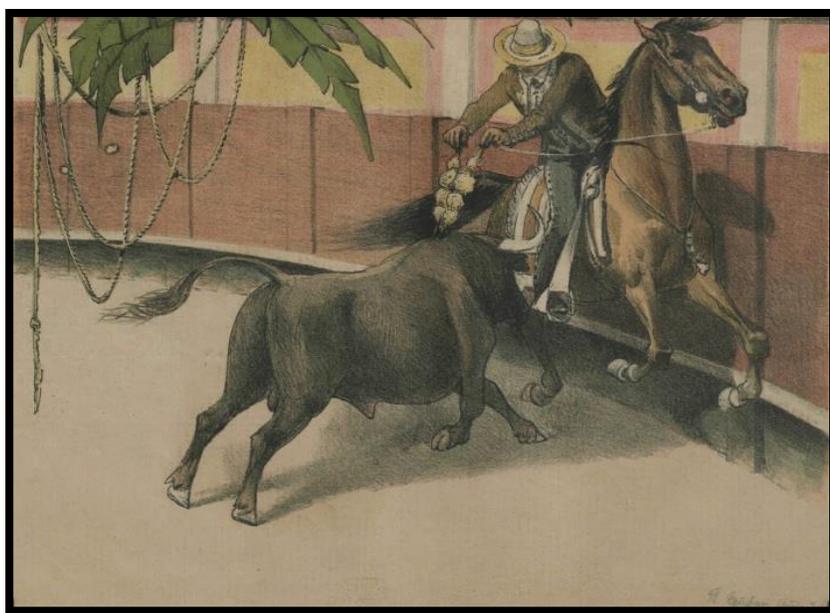


Ilustración 8. Ponciano Díaz colocando banderillas a caballo, en *La Lidia*, 5 de agosto de 1889, p. 2.

En abril de 1882, cuando contaba ya con 26 años, participó en una corrida en San Luis Potosí al lado del torero local Nolasco Acosta, ocho años mayor que él y a quien también le gustaba usar bigotes. Durante esa presentación Ponciano vistió un peculiar traje campirano. El cronista local, Carlos Cuesta Vaquero, lo describió como excesivamente joven, de mediana estatura, delgado y por ende, esbelto y airoso,

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 85

rápido en los movimientos y ademanes, de fisonomía con expresión alegre, franca e inteligente, mirada vivaz y escasísimo bigote, bozo casi imperceptible. Sobre su traje añadió:

Vestía con el traje peculiar del charro mexicano: chaqueta de astrakán con alamares de seda; no gastaba chaleco, pero lucía encarrujada camisa, banda de seda negra, pantalonera ajustada a los muslos y piernas y al empeine del pie, adornada con doble hilera de botones enlazados por cadenillas; corbata de color claro, anudada en amplio lazo, y zapatones de color amarillo, de piel de gamuza.¹¹¹

Durante esos años, Ponciano iba acompañado de Julio Bonilla, quien lo representaba ante las empresas y años después publicaría el primer periódico mexicano sobre toros, titulado *El Arte de la Lidia*.¹¹² Este periódico tuvo vida de 1884 a 1903 y únicamente dejó de publicarse de 1892 a 1894, cuando las corridas de toros fueron prohibidas por segunda vez en la capital.¹¹³

El escritor Ciro B. Ceballos, quien también conoció a Ponciano Díaz en 1882 y lo recordó en sus memorias, dice que, para esa fecha, el joven torero habitaba con su madre en la casa número 13 de la calle de Rebeldes, en la ciudad de México. En la acera de enfrente, en el número 14, en una gran vecindad propiedad de un tal Miguel Báez, vivía Gaviño con su mujer, “una frescachona mexicana de opulenta delantera, con macizas trenzas negras, larguísimos aretes de corales y vestida siempre de rojo

¹¹¹ *Ibid.*, p. 83-84.

¹¹² *Idem.*

¹¹³ Salvador García Bolio, *El periodismo taurino en México*, p. 15.

castor lentejueado, con camisa bordada, con sonantes chancletas en los pies desnudos como los brazos pues no usaba medias.”¹¹⁴

Ponciano había planeado, desde 1880, una gira por Estados Unidos, seguro de que las suertes charras encontrarían aceptación en la parte sur. Al final suspendió la gira para inaugurar la plaza del Huizachal en Naucalpan, Estado de México, en mayo de 1881. Esta plaza era parte de la hacienda de los Morales, propiedad de José Cuevas y Rubio, quien aprovechó su cercanía para dar a los capitalinos el espectáculo que añoraban. Así improvisó una plaza de madera, y sin más, se convirtió en empresario. Tuvo razón: debido a su cercanía, muy pronto se convirtió en la plaza preferida por los capitalinos.

La plaza del Huizachal, dice *El Arte de la Lidia*, no era en nada comparable con la de San Pablo o El Paseo Nuevo, donde alguna vez su Alteza Serenísima se había hecho esperar, pero al menos satisfacía al público y era punto de reunión de toda clase de sujetos, desde el hacendado que, acorde con la moda, vestía de charro, hasta el ensabanado que iba armado con sus naranjas y un jarro de pulque. ¹¹⁵

Si, como dice Ciro B. Ceballos, Ponciano radicaba con su madre en la capital, es posible que, al igual que los aficionados, tuviera que transportarse a la plaza del Huizachal en los vagones especiales del ferrocarril, llamados de “recreo”, que las empresas destinaban a quienes iban a las corridas y se llenaban tanto que resultaba difícil encontrar lugar en ellos. La prensa nos dice que lo común era que los toreros

¹¹⁴ Ciro B. Ceballos, *Panorama mexicano*, p. 86.

¹¹⁵ *El Arte de la Lidia*, 16 de noviembre de 1884, p. 1.

llegaran tarde a las presentaciones, sin que hubiese mayor problema pues la mayoría de los aficionados iban en el mismo tren y lo que sucedía era que la corrida comenzaba tan pronto como todos llegaban.¹¹⁶

Aparte de las suertes a caballo, Ponciano realizaba algunas a pie que impresionaban a los espectadores, sobre todo por lo temerarias que resultaban. Sobresale entre ellas una que llevó a cabo en la plaza del Huizachal el 16 de octubre de 1881. Lo sucedido nos lo cuenta a detalle el cronista del *Monitor Republicano*:

El espectáculo del último domingo se amenizó con una escena jocoseria. Cuando más entretenido estaba el público mirando despedazar caballos flacos, un individuo vestido de sorbete y levita que miraba muy atentamente desde la contravalla, pidió entrar al redondel, e iba a emprender el brinco, cuando los toreros lo detuvieron; el público se dividió en dos bandos, unos querían que dejaran a aquel sujeto que se las compusiera con el toro; otros decían que era una barbaridad, que el bicho lo iba a matar.

Y el ciudadano aquel, como si hubiese tomado algo de lo caro en “El Mississipi” o en “El Globo”, insistía en torear y en clavar banderillas.

-Que baje, decían unos. -¡No! Contestaban los otros.

Por fin, el aficionado, que llevaba en la boca un inmenso puro, un puro como una garrocha, se dirige al juez para pedirle permiso, y el juez, ¡oh

¹¹⁶ *La Crónica*, 16 de octubre de 1886, p. 3.

estupefacción! concedió el permiso, y nuestro hombre, se echa hacia atrás el sorbete, se lanza a la plaza con una intrepidez que le hubiera envidiado el mismo Bernardo Gaviño.

-¡Qué bárbaro juez! decían unos. -Hace bien, contestaban los del sol, veremos revolcar un catrín.

En estas y en las otras, el toro se encaró con el porfiado, le miró de hito en hito como sonriéndose con desprecio, y ya iba a dar la vuelta, cuando el sujeto le salió al encuentro, bufa el toro de coraje, y se arroja sobre el imprudente como diciendo ¡acabemos! Los sensibleros cerraron los ojos. ¡Jesús, le mató! dijeron, mientras el improvisado torero se hacía a un lado, y al salir el bicho le alcanzaba de costado clavándole su puro en el lomo, que no era más que una banderilla.

El Catrín se llama Ponciano Díaz, es jefe de la cuadrilla, y había ofrecido y lo cumplió, banderillar con la boca; digan ustedes si los émulos de Cúchares no le buscan tres pies al gato. El público se puso de excelente humor y se dio a gritar con verdadera fruición, hasta el punto que al volver los wagones a México con aquellos apreciables viajeros, parecían jaulas de locos, según lo horriblemente que vociferaban, y según lo que se divertían en apedrear a los transeúntes y en insultarlos, diciéndoles interjecciones en prosa y verso y con voz de falsete.

La policía no creyó conveniente molestar a los tauromáquicos, y los dejó que se solazaran hasta el fin. Y aquí tienen ustedes la diversión a la

moda. Dizque en esta misma capital va a ponerse una plaza de toros. Ni tantito lo dudamos, porque después de los garitos nada nos falta que ver. La privación causa apetito: los toros hacen hoy un furor nunca visto; hasta de vez en cuando se ven en las lumbreras a algunas señoras que gozan con aquellas escenas de sangre y de matanza.¹¹⁷

Así como esta corrida exitosa, Ponciano Díaz tuvo ese año muchas más. Sabemos que, hasta antes de la reanudación de las corridas en la capital, trabajó en el Huizachal, pero a menudo salía a incursionar por diferentes estados del país. Esto puede haber sido porque en esta plaza solía haber problemas por la mala calidad del ganado, que generalmente era escogido por el propietario. Es seguro que, ya por entonces nuestro torero soñara con tener su propia plaza y más cuando se veía obstaculizado por los empresarios.¹¹⁸

2.3 Ponciano Díaz y los toreros españoles

Hasta Cuba, hasta España, llegaba el eco de la suerte de Bernardo, de la popularidad idolátrica de Ponciano, y sobre todo, de la afición taurina mexicana que se extendía por todo el país. Y poco a poco fueron llegando toreros españoles.¹¹⁹

Ponciano Díaz no tuvo una plaza fija y estuvo presentándose en provincia hasta la reanudación de las corridas en la capital. De vez en cuando regresaba a la Ciudad de México y actuaba en plazas cercanas como el Huizachal, Tlalnepantla, Cuautitlán

¹¹⁷ *El Monitor Republicano*, 23 de octubre de 1881, p. 1.

¹¹⁸ *El Arte de la Lidia*, 12 de abril de 1885, p. 2

¹¹⁹ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 97.

o Toluca. Gracias a sus constantes viajes, se acostumbró a lidiar con todo tipo de ganado, sin que tuviera rival alguno en toda la república, pues incluso los toreros locales se contrataban en su cuadrilla cuando los visitaba.

A finales de 1884, Ponciano viajó a Nueva Orleans, acompañado de otros caballistas y allí efectuó su primera presentación en el extranjero. Se dice que en Estados Unidos supervisó la construcción de una plaza provisional para 10,000 personas, que al parecer nunca llegó a terminarse.¹²⁰

Es posible que décadas atrás hubiera sido opacado por Bernardo Gaviño, pero para 1884 el decano de los toreros contaba con 72 años y su carrera estaba en declive. Ya sus amigos le pedían que se retirara de tan arriesgada profesión, pero la necesidad y el amor a las corridas se lo impedían; consciente de su decadencia optó por contratar a los jóvenes españoles que llegaban al país, limitándose él a la muerte de un sólo toro y a la dirección del espectáculo.¹²¹

En 1882 llegaron a México varios de estos jóvenes a “hacer la América”, entre ellos podemos mencionar a Francisco Gómez “El Chiclanero”,¹²² Juan Moreno “El Americano”, Francisco Jiménez “Rebujina” y Rafael Sanz “El Zaragozano”. Estos personajes eran prácticamente desconocidos en su país. Ejemplo claro de este tipo de toreros es el mencionado “Americano”, llegó muy joven y formó parte de la

¹²⁰ *El Arte de la Lidia*, 21 de diciembre de 1884, p. 3.

¹²¹ *El Partido Liberal*, 4 de marzo de 1886, p. 4.

¹²² No se trataba del famoso torero José Redondo “El Chiclanero”, quien murió en 1853. Ambos diestros fueron apodados de igual manera, debido a que procedían de Chiclana, Cádiz. El primero fue uno de los toreros con mayor popularidad en España durante la primera mitad del Siglo XIX, discípulo de Francisco Montes, en Leopoldo Vázquez, *La tauromaquia*, tomo I, p. 162-163.

cuadrilla de Gaviño, posteriormente de la de José María Hernández, “dos años después ya figuraba como sobresaliente”. En 1885 estuvo presentándose como banderillero en España, ese mismo año partió del puerto de Cádiz con rumbo a México, acompañado de su picador Antonio Aguilar.

Armando de María y Campos nos dice que este personaje se hacía pasar como español en América y como americano en España y que cada vez que en su país se le preguntaba por México y sus toreros decía: “Cuando los toreros americanos toreamos en España nos ponemos en ridículo como igual le sucedería a uno de los caballistas españoles que fuera a jaripear a México”.¹²³ De estos toreros es más fácil encontrar algunos datos en la prensa mexicana que en la de su país de origen, venían y se adaptaban al toreo del país, mataban a los toros con estocadas de metisaca, tal como lo hacían Ponciano Díaz, Felipe Hernández, Felicitos Mejía y los demás toreros mexicanos de la época.¹²⁴

Mientras Ponciano Díaz se encontraba en Nueva Orleans, en enero de 1885, llegó a la capital, procedente de La Habana, un diestro sevillano de nombre José Machío,¹²⁵ quien aceptó un contrato para torear en la plaza del Huizachal. Es posible que no hubiera logrado un acuerdo con su cuadrilla pues tuvo que presentarse con una integrada únicamente por mexicanos. Este torero español no era uno más de

¹²³ *Ibid.*, p. 99.

¹²⁴ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 98.

¹²⁵ José Machío nació en Sevilla en 1842, tomó la alternativa de manos de Cayetano Sanz en Madrid el 10 de julio de 1870. En 1884 actúa en la Habana y pasa a México en 1885, posteriormente incursiona en otros países americanos, para finales de 1886 vivía retirado en su casa de Sevilla, y en ella falleció el 4 de abril de 1891, en José Sánchez de Neira, *Diccionario Taurómico*, p. 470.

los jóvenes que venían buscando oportunidades, cuando llegó al país contaba con 42 años de edad, y aunque no era de los más sobresalientes, tenía cierta popularidad en las plazas de la Habana.

Días antes de su presentación, la mayoría de los periódicos dedicó pequeñas notas sobre su llegada, algunos como *El Pabellón Español*, resaltaron que era un torero con alternativa en Madrid, y que había formado parte de la cuadrilla de Rafael Molina “Lagartijo” y Salvador Sánchez “Frascuero”.¹²⁶ A fin de que el público se convenciese de que Machío era un torero de primer orden, el primero en arribar a la república, y de que ninguno de los demás hispanos que habían llegado a México eran conocidos ni tenían carrera en España, *El Arte de la Lidia* publicó una lista de los matadores del cartel español, incluyendo a los de segundo orden. Para esta ocasión, suplicó a los lectores que pusieran atención en el lugar que ocupaba Machío, ya que el orden que daba a los toreros correspondía a su antigüedad en el arte.¹²⁷

TOREROS ESPAÑOLES	
PRIMEROS ESPADAS	SEGUNDOS ESPADAS
Rafael Molina “Lagartijo”	José Ruiz “Joseito”
Francisco Arjona “Currito”	Antonio Ortega “Marinero”

¹²⁶ Estos dos toreros fueron rivales y marcaron época en la afición española. A nuestro país llegaron las noticias de sus competencias temerarias. Sobre su pugna, el crítico taurino Antonio Peña y Goñi publicó en 1887 el libro *Lagartijo, Frascuelo y su tiempo*.

¹²⁷ *El Arte de la Lidia*, 25 de enero de 1885, p. 4.

Salvador Sánchez "Frascuero"	Gabriel López "Mateito"
José Machío	Gaspar Díaz "Lavi"
Manuel Hermosilla	José Martínez Galindo
José Campos "Cara-ancha"	Remigio Frutos "Ojitos"
Fernando Gómez "El gallo"	Remigio Rodríguez
Felipe García	Lorenzo Quilez
Ángel Pastor	Tomás Parrondo "Machao"
Francisco Sánchez	Antonio Fuente "Rito"
Juan Ruiz "Lagartija"	Ángel Villar "Villarillo"
Manuel Molina	Fernando Gutiérrez "Niño"
Diego Prieto "Cuatro-dedos"	Francisco Avilés "Currito"
Valentín Martín	José Malavez "Mellado"
Luis Mazzantini	

Al parecer la corrida fue bastante favorecida por el público; a pesar de que las entradas resultaron más costosas que de costumbre, la plaza se llenó por completo. Los primeros dos toros Machío los mató al estilo español, esto provocó que la afición se dividiera, el público de sombra aplaudió su trabajo mientras que el de sol lo

abuchoó y le lanzó jarros de pulque y cáscaras de naranja. Para el tercero utilizó el estilo mexicano, es decir un metisaca, con lo que cesaron las hostilidades.¹²⁸

Para la siguiente corrida en la plaza del Huizachal, se anunció la presentación de una cuadrilla española capitaneada por Gabriel López “Mateito”, estaba planeada para el domingo primero de febrero pero fue suspendida ese mismo día por la mañana, al parecer por la ausencia de vagones, y no precisamente porque fueran muchos los concurrentes a los toros, sino por el mal estado en que se encontraban ese sistema de transporte.¹²⁹ La corrida fue un rotundo fracaso, el redactor de *El Arte de la Lidia*, que firmaba bajo el seudónimo de “Costillares”, nos informa que fracasó, no sólo por falta de vagones, sino debido a los fuertes gastos que implicó, comenzando por los sueldos de los diestros y la falta de una plaza que hiciera rentable ese negocio. Asistió muy poco público de sol pues los costos fueron demasiado elevados, el doble de lo acostumbrado. Por otro lado, el público de sombra fue abundante. Durante la corrida, el trabajo de la nueva cuadrilla no gustó, pues en el país había preferencia por las suertes mexicanas. Fue tal el descontento, que los toreros salieron ese mismo día de la ciudad.¹³⁰

A diferencia de los toreros de aquí, los españoles estaban acostumbrados a ganar más por su trabajo. Cada vez que se presentaba uno de ellos el precio de los boletos subía y constantemente había problemas pues la multitud no veía lo que

¹²⁸ *Ibidem.*, 1 de febrero de 1885, p. 1-2.

¹²⁹ Un par de días después de suspendida la corrida *El Diario del Hogar*, en su página principal, lanzó una queja a las autoridades sobre el mal estado en que se encontraban los vagones del ferrocarril del Distrito Federal y la pésima calidad del servicio que se ofrecía, en *El Diario del Hogar*, 2 de febrero de 1885, p. 1

¹³⁰ *El Arte de la Lidia*, 8 de febrero de 1885, p. 2.

quería y se sentía engañada. Debido a lo anterior se desataban zafarranchos que solían terminar con toreros apedreados y gente detenida. Hubo incluso ocasiones en que el ejército tuvo que intervenir. Las diferencias de precios entre las presentaciones de los toreros hispanos y los mexicanos serían constantes hasta principios del siglo XX. En España, la organización del espectáculo permitía que los toreros ganaran sueldos elevados, pero en México el espectáculo era barato y, por lo general, los diestros ganaban poco. Por ejemplo, la entrada a sombra para la corrida de Gabriel López “Mateito” costó dos pesos; ocho días después, con una cuadrilla mexicana, se pagó un peso.¹³¹

Probablemente el empresario y dueño de la plaza del Huizachal pensó en contratar nuevamente a José Machío pero cambiaría de opinión al enterarse de que después de una larga ausencia y finalizados sus compromisos en Estados Unidos y el norte del país, Ponciano Díaz regresaba a la capital. A su regreso, Machío tuvo que buscar otra plaza en la cual presentarse. Lo hizo en Toluca, contratando para la suerte de banderillas a caballo a Felipe Hernández.

El regreso de Ponciano fue motivo de felicidad para la afición mexicana pues se anunció que su cuadrilla estaría integrada únicamente por mexicanos y los precios de entrada regresarían a la normalidad. A su llegada, la prensa que lo apoyaba no pudo evitar exclamar: “¡A los toros, a los toros! esta tarde, al Huizachal, pues

¹³¹ *Idem.*

recordad por último, que Ponciano Díaz sin necesidad de mucha faena, mata a los bichos al estilo mexicano, es decir, con una sola estocada y de *metisaca*".¹³²

Cuentan las crónicas que en esa corrida Ponciano se lució y que de no ser porque el ganado resultó huidizo pudiera haberse considerado "la corrida del siglo". Antes de matar al primer toro de la tarde, brindó por su madre y por México. En palabras de la prensa taurina fue "una corrida donde se vio el sentimiento patrio en todo su apogeo y donde los diestros del país, no obstante su ninguna escuela en el toreo, fueron a cada momento aplaudidos".¹³³



Ilustración 9. Ponciano Díaz en la plaza del Huizachal, en *El Arte de la Lidia*, 8 de febrero de 1885, p. 1.

¹³² *Ibid*, p. 1.

¹³³ *Ibidem.*, 15 de febrero de 1885, p. 1.

Tras la llegada de nuestro torero los dimes y diretes no se hicieron esperar. Hubo quienes decían que durante la corrida había arrojado al suelo y con desprecio una muleta que tenía los colores de la bandera española; al parecer no sucedió así sino simplemente la cambió por otra de colores más llamativos pues el toro no embestía con la anterior.¹³⁴ Ocho días después se presentó de nuevo en el Huizachal; la tarde no estuvo tan afortunada como la anterior pues el ganado escogido por el empresario resultó completamente manso.¹³⁵

Molesto por no poder intervenir en la organización del espectáculo ni en la elección del ganado y previniendo que esto afectara su reputación, Ponciano marchó a Chihuahua. Allí su trabajo agradó tanto que los cronistas apuntaron: “Chihuahua jamás había visto tanto entusiasmo por los toros como en esta temporada, pues en las dos corridas que se han verificado, la gran plaza de esta ciudad no ha sido suficiente para la numerosa concurrencia que asiste a esta diversión”.¹³⁶

Durante la ausencia de Ponciano, José Machío trabajó nuevamente en el Huizachal. Allí se organizó, el primero de marzo de 1885, una corrida a beneficio de los dignificados que dejó un terremoto en Andalucía a finales de diciembre del año anterior. La corrida fue organizada por una comisión que formó y presidió el regidor del Ayuntamiento de la ciudad de México José de Teresa y Miranda. El espectáculo que se dio fue mixto, los toros murieron con estocadas altas, como acostumbraban los españoles, pero también hubo toros coleados y manganas. La entrada fue

¹³⁴ *Ibid.*, p. 4

¹³⁵ *Ibidem.*, 22 de febrero de 1885, p. 2.

¹³⁶ *Ibidem.*, 5 de abril de 1885, p. 2.

regular y la corrida fue agradable a la concurrencia; sin embargo Machío decidió no aceptar más contratos para ese año, sino prefirió partir a Cuba.¹³⁷

Un mes después, el 5 de abril, Ponciano estaba de regreso en el Huizachal. De nuevo las condiciones del ganado hicieron que la corrida fuera considerada mala. Afortunadamente para el torero todos coincidían en que era culpa del empresario. Tan malos fueron los toros que se les comparó con “vacas de algún corral de Xochimilco”.¹³⁸

Su siguiente corrida estaba programada para ocho días después pero fue suspendida por el mal tiempo y, se reprogramó para el 19 de abril. Ese día llovió dos veces por la mañana, lo que ocasionó que el empresario quisiera cancelar de nuevo. Ponciano se negó e insistió en llevar a cabo el espectáculo, lo cual consiguió no sin antes ser advertido de que sería suya toda la responsabilidad. Se dice que tuvo que poner 300 pesos de su bolsillo, aparte de no recibir nada por su trabajo, pues lo único que quería era no disgustar a su público.¹³⁹

El primero de mayo viajó a Puebla y asistió a una corrida de Bernardo Gaviño; el público lo reconoció en los tablados y le pidió que bajara y matase a uno de los toros, a lo cual accedió. Ese año de 1885 tuvo varias presentaciones en el Huizachal, pero era tan solicitado que tenía que salir a provincia constantemente. Sus mayores éxitos los obtuvo en el norte, en las plazas de Chihuahua, Zacatecas, Durango y Guadalajara.

¹³⁷ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 104.

¹³⁸ *El Arte de la Lidia*, 12 de abril de 1885, p. 1.

¹³⁹ *Ibidem.*, 3 de mayo de 1885, p. 2

Mientras se encontraba de viaje, sucedió una desgracia. El 31 de enero de 1886, Bernardo Gaviño fue contratado en la plaza de Texcoco, recibiendo como pago la cantidad de 30 pesos. Cuando lidiaba el tercer toro de la tarde llamado “Chicharrón”, perteneciente a la ganadería de Ayala, dio un pase forzado de pecho y fue embrocado por la espalda, suspendido y engatillado por el astado, recibiendo una herida en la proximidad del ano. Aún con alguna fuerza lo llevaron a la enfermería, “un sucio y desmantelado cuartucho que tenía en uno de los rincones una vieja cama y en el otro un montón de heno”.¹⁴⁰ Tres días después pudo ser trasladado a su domicilio, una casa habitada por toreros en el callejón de Tarasquillo, donde él ocupaba una de las habitaciones del piso bajo, fría, húmeda, sin luz ni ventilación. La prensa describió su grave estado de salud y las condiciones miserables en las que se encontraba:

El decano de los toreros en México, el octogenario Bernardo Gaviño, sabido es que no ha muerto, pero sí se halla grave y casi al borde de la tumba. Algunos amigos que hemos estado en su casa a informarnos de su salud, nos conmovimos profundamente por la miseria horrorosa en que se encuentra. La pieza en que está es baja, oscura, húmeda, casi es un sótano. El Dr. Vicente Morales lo asiste con ese empeño y solicitud que todos le conocemos y más los exagera, tratándose de heridos en lides tauromáquicas. Dados los sentimientos humanitarios que ha mostrado el buen viejo con propios y con extraños en iguales circunstancias a las que hoy lo agobian, así como el deseo de algunos

¹⁴⁰ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 50.

de sus buenos amigos para favorecerle, ahora que carece de los indispensables elementos para su curación, no hemos vacilado en promover una suscripción que pudiera acaso servirle de mucho en estos momentos. Es un deber de humanidad el que invocamos, así de sus paisanos los españoles, como de sus amigos del país. Los donativos se reciben en la peluquería de la calle de los Rebeldes, junto al baño.¹⁴¹

Finalmente, después de varios días con fiebre y delirios intensos provocados por una infección en la herida y en los que seguramente recordó sus aventuras pasadas, Gaviño murió el 11 de febrero de 1886, a las 9:30 de la noche.¹⁴² Su muerte fue sufrida por todos los toreros del país y al funeral asistieron infinidad de buenos y viejos amigos. Muchos recordaron que hubo épocas en las que Gaviño había ganado cuantiosas cantidades de dinero y gozado de los lujos propios de lo más alto de la sociedad mexicana, pero eso había quedado en el pasado y en el momento de su muerte se encontraba casi en la indigencia.¹⁴³

Tras su muerte, la familia de Gaviño quedó en la absoluta miseria. Y para auxiliarlos, Ponciano, que estaba de regreso después de meses en provincia, planeó una corrida a beneficio de la viuda. Este acto loable fue reconocido por la opinión pública, pues debió trabajar sin retribución alguna. La corrida tuvo lugar en la plaza del Huizachal el 25 de abril de 1886; colaboraron para su buen éxito el ministro de Gobernación, los gobernadores del Distrito Federal y el Estado de México y la

¹⁴¹ *El Siglo Diez y Nueve*, 8 de febrero de 1886, p. 3.

¹⁴² *Los Toros*, revista... 8 de abril de 1910

¹⁴³ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 50.

empresa de los ferrocarriles del Distrito Federal por la intervención del Sr. Ángel Lerdo.

La corrida fue bastante socorrida por el público, a pesar de que los toreros españoles celebraban otra en la plaza de Tlalnepantla en beneficio del Asilo Español de México. Durante la corrida se entregó a Ponciano una banda de raso tricolor con los colores nacionales y españoles; en el momento de la entrega el público se entusiasmó tanto que los músicos tocaron el Himno Nacional.¹⁴⁴ Con los ingresos, se pudo auxiliar un poco a la familia Gaviño y construir un pequeño monumento en el sepulcro del viejo torero.¹⁴⁵



Ilustración 10. Bernardo Gaviño, en *Los Toros*, 8 de abril de 1910, p. 14.

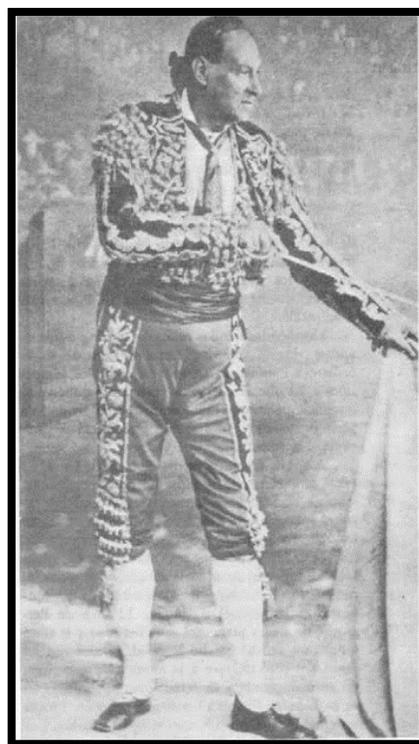


Ilustración 11. Bernardo Gaviño, en Enrique Guarnier, *Historia del Toreo en México*, p. 45.

¹⁴⁴ *El Arte de la Lidia*, 9 de mayo de 1886, p. 2.

¹⁴⁵ *La Patria*, 30 de abril de 1886, p. 3.

Ocho días después, en la misma plaza del Huizachal, se verificó una corrida a beneficio de Ponciano Díaz. La plaza se llenó por completo y, durante el espectáculo, una comisión nombrada por la familia de Bernardo Gaviño, le obsequió la espada con la que se dijo que el difunto torero había matado a más de 5,000 cornúpetos. De nuevo el público comenzó a entonar el Himno Nacional en el momento de la entrega.¹⁴⁶ Después de estos dos triunfos, Ponciano salió otra vez a provincia, pues los empresarios se peleaban por contratarlo. Durante 1886 participó aproximadamente en 33 corridas, yendo y viniendo de norte a centro para cumplir con sus contratos. Ese año se presentó en Aguascalientes, Chihuahua, Durango, Estado de México, Guanajuato y Zacatecas.¹⁴⁷

Para octubre estaba ya de regreso y trabajando en la plaza de Tlalnepantla. Su popularidad era tanta que, en algunas de sus corridas, la policía no pudo evitar que la gente bajara a la zona de la barrera, a donde frecuentemente brincan los toros y hacen destrozos. Sus seguidores lo veían como el estereotipo de hombre mexicano, el más digno y honorable portador de nuestros signos patrios, por lo mismo casi siempre la cúspide de todo el espectáculo era su coronación con laureles, encubrimiento con un manto tricolor y la entonación del Himno Nacional.¹⁴⁸

Por esas fechas, se dice que el sabio doctor don Porfirio Parra decía al joven poeta Luis G. Urbina:

¹⁴⁶ *El Arte de la Lidia*, 9 de mayo de 1886, p. 2.

¹⁴⁷ *Ibidem.*, 24 de octubre de 1886, p. 3.

¹⁴⁸ *Ibidem.*, 21 de noviembre de 1886, p. 3.

—Convécete, hay en México dos Porfirios extraordinarios: el Presidente y yo. Al presidente le hacen más caso que a mí. Es natural. Pero tengo mi desquite. Y es que también hay dos estupendos Díaz —Ponciano y don Porfirio—: nuestro pueblo aplaude, admira más a Ponciano que a don Porfirio.¹⁴⁹

Se dice que en aquellos tiempos había tres cosas que indiscutiblemente representaban a México: La Virgen de Guadalupe, Ponciano Díaz y los curados de Apam.¹⁵⁰ Ese mismo año de 1886, el empresario Francisco Gorostiola utilizó la fama del torero de Atenco y sacó al mercado los “cigarros Ponciano Díaz”. También por esas fechas, después de que nuestro torero triunfara en las plazas donde los españoles no pudieron, se immortalizó la frase: “¡Ahora, Ponciano!”, que el pueblo no sólo utilizaba durante las lides sino que recurría a ella cuando había una situación de arroj o de peligro.¹⁵¹ Además, si en un principio el público la utilizó para indicar al matador que ya quería ver muerto al cornúpeto, más adelante se convirtió en un mexicanismo que significaba: arriésgate, decídete.¹⁵²

Ponciano Díaz no contrajo matrimonio, pero por ser una figura pública se le adjudicaron un sinnúmero de romances. Por ejemplo, a finales de 1886, la prensa anunció que se encontraba en un dilema, pues una riquísima heredera del Estado de México estaba perdidamente enamorada de él y que, a pesar del descontento de la familia, la señorita había conseguido que ésta consintiera en su relación y le permitieran casarse, con la única condición de que el pretendiente abandonara su

¹⁴⁹ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 162-163.

¹⁵⁰ Manuel Horta, *Op. cit.*, p. 153.

¹⁵¹ *El Arte de la Lidia*, 17 de octubre de 1886, p. 3.

¹⁵² Ángel de Campo, *La Semana Alegre, Tick-Tack*, p. 67.

arriesgada profesión.¹⁵³ La noticia salió publicada en varios periódicos y causó preocupación entre muchos aficionados; tanto alarmó, que el mismo Ponciano se encargó de desmentir la noticia en una carta publicada en *El Arte de la Lidia*, y enviada de Nuevo México, donde se encontraba trabajando:

C. de Vd. Nuevo México. Noviembre 17 de 1886. – Sr. Director de “El Arte de la Lidia”. – Presente. – Muy Sr. mío y amigo.

Habiendo visto publicado en varios periódicos de la Capital la noticia de que próximamente contraería matrimonio con una joven de buena posición residente en el Estado de México, lo cual es completamente inexacto, ésta tiene por objeto por medio del periódico que vd. dirige se haga saber al público, que hasta ahora no he pensado en tal cosa y que en consecuencia es incierto lo asentado sobre el particular en el *Diario del Hogar*, el *Monitor del Lunes* y otros colegas.

Espero de su amabilidad el que publique esta carta en su popular semanario, quedando de vd. como siempre a sus órdenes su afectísimo amigo. PONCIANO DÍAZ.¹⁵⁴

Por otro lado, es importante mencionar que José Machío también trabajó en las cercanías de la capital en 1886, esta vez en la plaza de Tlalnepantla. En sus carteles hacía la siguiente advertencia: “El capitán José Machío, único de alternativa en

¹⁵³ *La Patria*, 16 de noviembre de 1886, p. 3.

¹⁵⁴ *El Arte de la Lidia*, 21 de noviembre de 1886, p. 4.

España, matará dos toros al estilo español con estocadas altas y dejando el estoque, y los otros dos al estilo del país, con estocadas de *metisaca*".¹⁵⁵

De igual manera mandó a imprimir unas tarjetas que decían: "José Machío, matador de toros con alternativa en España, tiene el honor de invitar a usted para la corrida del próximo domingo en la plaza de Tlalnepantla, suplicándole si concurre se fije en el lugar preciso de la estocada".¹⁵⁶ Machío no logró competir con la popularidad de Ponciano pero bajo su influencia y exhortaciones nació un pequeño grupo de aficionados con interés en el arte. Ya no sólo había seguidores de actos chuscos o de valentía, sino que algunos se convirtieron en críticos y jueces taurinos.

La prensa especializada, en particular *El Arte de la Lidia*, jugó también un papel trascendental en el surgimiento de ese nuevo grupo. Sobre la tauromaquia de los mexicanos se afirmaba que, aun cuando las corridas de toros se celebraban en México desde hacía muchos años, nadie podía decir que se daban con el arte y el orden debidos. En sus palabras: "En España, Lima y otras naciones, el que se dedica a la carrera taurina, estudia tal como para cualquier profesión. En México, el torero no es más que un valiente aficionado, pero ninguno de los que existen y han existido tienen los conocimientos indispensables que requiere el arte del toreo".¹⁵⁷

Poco a poco comenzaron a llegar más y más toreros españoles. Tal vez viajaron de España a Cuba para probar suerte o se vieron orillados a hacerlo, a sabiendas de que era casi imposible competir con los primeros espadas de su país. Después de

¹⁵⁵ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 104-105.

¹⁵⁶ *El Arte de la lidia*, 5 de diciembre de 1886, p. 4.

¹⁵⁷ *Ibidem*, 18 de enero de 1885, p. 1.

presentarse en la isla solían ser contratados o invitados por algún empresario de México y, aunque en un principio trataban de utilizar lo aprendido en España, a los primeros rechazos o reclamos del público la mayoría terminaba adaptándose a la tauromaquia nacional. Hasta la llegada del torero Luis Mazzantini, sólo José Machío conservó su estilo, los demás prefirieron seguir las prácticas mexicanas, acatando al pie de la letra el antiquísimo refrán que dice: “a la tierra que fueres haz lo que vieres”.



Ilustración 12. Ponciano Díaz, en *La Lidia*, 5 de agosto de 1889, p. 2.

Capítulo 3. La Cumbre.

3.1 Paz, Orden y Progreso.

Hoy el pueblo soberano
Disfruta del gran contento
Pues con su pulque y sus toros
Se le tiene en su elemento.¹⁵⁸

A pesar de que al principio los diestros españoles tuvieron poco éxito en los ruedos mexicanos pues no cumplían con las expectativas del público, su presencia y perseverancia en las plazas mexicanas, aunadas al apoyo de la prensa, lograron despertar interés por el arte español. Fue así como nació una afición que no sólo prefería la estética ibera, sino deseaba que, al igual que en España, las corridas tuvieran un orden, es decir se presentaran de manera homogénea y desaparecieran las prácticas campiranas.

Tras el triunfo de la República, en 1867, nuestro país reafirmó su Independencia y los liberales vieron en la tauromaquia una incivil reminiscencia de la presencia española. De ahí que fuera suspendida su práctica en la capital por casi 20 años y se refugiara en los ruedos de provincia. Durante cuatro años y medio, los aficionados capitalinos gozaron aún con las suertes campiranas: coleaderos, jaripeos y demás juegos con toros que el decreto juarista no mencionó. Incluso, algunos empresarios construyeron cosos provisionales y ofrecían espectáculos en los que había todo tipo de suertes, menos las del “toreo a la antigua”.¹⁵⁹ Sin embargo, este tipo de diversiones también fueron prohibidas en la capital. Para

¹⁵⁸ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 115.

¹⁵⁹ *La Iberia*, 3 de mayo de 1872, p. 3.

mayo de 1872 se pegaron en las esquinas las providencias del Gobierno del Distrito sobre la prohibición de diversiones en que se maltratará animales.¹⁶⁰

Esta prohibición se basó en la fracción XII del artículo 1,150; capítulo IV, sobre las faltas de tercera clase, del Código Penal para el Distrito Federal y Territorio de Baja California, expedido por el Congreso de la Unión el 7 de diciembre de 1871 y con vigencia a partir del primero de abril de 1872. Que a la letra dice: “Serán castigados con multa de 1 a 10 pesos: XII. El que en los combates, juegos o diversiones públicas, atormente a los animales”.¹⁶¹ Esto incluyó, por supuesto, la lidia de toros, coleaderos, manganeos, peleas de gallos y demás espectáculos similares.

Desde el inicio del régimen de Porfirio Díaz en 1877, lo primero y más importante fue pacificar al país y, esta tarea siguió siendo una prioridad a lo largo de todo su gobierno.¹⁶² La *Pax Porfiriana* justificó el reacomodo de la sociedad, que se sintió libre de elegir el modelo de la Europa occidental como el más moderno y ventajoso.¹⁶³ El método elegido para lograr el progreso del país fue la adopción del positivismo.

Acorde con el nuevo orden, se hizo venir entonces a inmigrantes europeos para sacar al mexicano de sus costumbres rutinarias y envejecidas.¹⁶⁴ De igual modo se importaron costumbres que tenían lugar en los países considerados como más

¹⁶⁰ *El Correo del Comercio*, 18 de mayo de 1872, p. 2.

¹⁶¹ *Código Penal para el Distrito Federal y Territorio de Baja California...*, p. 254.

¹⁶² Paul Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador...*, p. 76.

¹⁶³ Moisés González Navarro, *Historia Moderna de México El Porfiriato. La vida social*, p. XVI

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. XX

avanzados. Poco a poco, los extranjeros comenzaron a llegar. Se sentían cómodos y así lo reflejaban, pues paseaban tranquilamente por las calles confiados en el sistema de seguridad pública establecido por la dictadura. Por su lado, los mexicanos de la alta sociedad pensaban que por fin México se hallaba en su apogeo. Estos sentimientos se reflejaron en el ámbito recreativo, ya que comenzaron adoptar nuevos deportes y formas de entretenimiento.¹⁶⁵

Varios grupos extranjeros establecieron clubes, casinos y centros deportivos. Por ejemplo, los españoles construyeron frontones para practicar Jai Alai, deporte que tuvo muy buena aceptación por tener la pelota vasca una longeva presencia en nuestro país.¹⁶⁶ Fue natural, por tanto, que la influencia hispana en la tauromaquia no se hiciera esperar.

Antes de que las corridas se reanudaran en la capital hubo mucho de qué hablar al respecto pues, al igual que hoy en día, no todos eran aficionados o simpatizantes de este entretenimiento. La prensa mexicana debatió al respecto y hubo opiniones diversas sobre si la tauromaquia debía o no considerarse como deporte, si era o no arte y había o no de permitirse. Sus opositores argumentaban que iba contra los adelantos y el progreso obtenidos. Un poeta popular la atacó así:

¡Quien se había de imaginar
Que en México había de haber
Tanto furor por los toros
Que no era posible creer!
No hace más que emputrecer

¹⁶⁵ William Beezley, *El estilo porfiriano: deportes y diversiones de fin de siglo*, p. 270.

¹⁶⁶ Héctor Olivares, *La pelota vasca en México en los siglos XIX y XX*, p. 72-73.

Al que la lidia presencia,
Pues ve con indiferencia
De su prójimo la pena,
Y al olvido la condena
Con la mayor indolencia.
Los cornúpetos taurinos
Son los señores del día
Y por eso un gran artista
No tiene mayor valía,
Si tan crasa anomalía
Debiera permanecer,
Ya se debe comprender
Que adelante la barbarie...¹⁶⁷

Por su parte, los aficionados y la prensa taurina sostuvieron:

Comenzaremos por alarmar a los románticos diciéndoles a voz en cuello: nos gustan los toros. Dicho esto, diremos al público sentimental una mohína advirtiéndoles que seremos defensores del permiso para que haya toros. [...] Este pueblo tiene sangre india y sangre española; es arrojado y amante del ejercicio viril por peligroso que parezca, y de aquí se deriva que tenga el mismo entusiasmo para ir a los toros que el pueblo que invade los domingos la calle de Alcalá buscando los ómnibus y las berlinas para ir a la Plaza Nueva. El pueblo que está distraído no se entrega a desmanes, y la lista de aprehensiones en los días festivos se

¹⁶⁷ Citado en Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 114-115.

reduce a corta cifra cuando Ponciano Díaz, o Rebujina, o Machío están trabajando en Toluca, en el Huizachal, o Tlalnepantla.¹⁶⁸

En la cuestión de si la tauromaquia era o no arte, los taurófilos pedían a sus contrarios que hicieran uso del progreso y buscaran en la enciclopedia la definición de la palabra tauromaquia, seguros de que significaba *el arte de torear*, y esta definición fue puesta allí por académicos:

Si para ser torero se necesitara como única y exclusiva condición el valor, es seguro que estaría llena España de toreros; pero como hace falta también el arte, no solamente hay pocos que se dejen la coleta, sino que es muy raro el que entre ellos sobresale.¹⁶⁹

Afortunadamente para los aficionados de la época, al presidente Porfirio Díaz le agradaban las corridas y sus preferencias parecían ser por el estilo hispano. Así, por ejemplo, el 10 de octubre de 1886 asistió a la corrida que los diestros españoles Manuel Díaz Labi “El Habanero” y Francisco Jiménez “Rebujina” dieron en Toluca, en la que le brindaron sus toros. Él les correspondió obsequiándoles sombreros y dinero.¹⁷⁰ Y hasta ahora no se tiene noticia de que hubiera asistido a una corrida de Ponciano Díaz.

El tema taurino no tardó en llegar al Congreso, donde se discutió apasionadamente en diciembre de 1886. Los diputados opositores argumentaban que las condiciones psicológicas en que se desarrollaba la fiesta brava, en vez de disminuir la tasa

¹⁶⁸ *El Arte de la Lidia*, 14 de noviembre de 1886, p. 1.

¹⁶⁹ *Ibidem*, 28 de noviembre de 1886, p. 1.

¹⁷⁰ *Ibidem*, 17 de octubre de 1886, p. 2.

delincuencial, la incrementaban. Otros, de postura más radical, opinaban que era indigno de ocupar el tiempo de un parlamento civilizado con ese asunto, pues resultaba ridículo siquiera pensar que la opinión pública estuviese de acuerdo con el restablecimiento de una diversión sanguinaria y bárbara.¹⁷¹

Había quienes, por el contrario, afirmaban que las corridas prevenían los delitos, por cuanto no dejaban tiempo a los espectadores de cometerlos y, además, lo único que se pedía era el reconocimiento legal de una costumbre nacional que, a pesar de la prohibición, no había dejado de practicarse. Una opinión más acertada fue la de los diputados Tomás Reyes Retana y Ramón Rodríguez Rivera, quienes argumentaban que era ridículo continuar con la prohibición, sabiendo que las plazas de toros en las inmediaciones se veían favorecidas y concurridas por los habitantes de la capital. E incluso se pagaba con el tesoro de ésta el servicio de policía.¹⁷²

Enrique Olavarría y Ferrari nos dice que “poderosas influencias se empeñaban en la derogación del artículo 87”.¹⁷³ Si bien es cierto que los empresarios estaban ansiosos por explotar el espectáculo, no es desatinado pensar que el mismo don Porfirio hubiera influido para que las corridas se reanudaran en la capital. Como veremos más adelante, la reanudación podría ser bastante útil al gobierno.

En primer lugar, siguiendo la vieja costumbre de beneficiar las obras públicas, se abogó por la más urgente que era la del desagüe del valle de México. Durante las lluvias de julio a octubre de 1886, varios periódicos pidieron que se hiciera, de una

¹⁷¹ Moisés González Navarro, *Opt. Cit.*, p. 727-728

¹⁷² *Idem.*

¹⁷³ Enrique Olavarría y Ferrari, *Reseña Histórica del Teatro...*, tomo IV, p. 19

vez por todas, la obra completa del desagüe, considerada la mayor empresa del gobierno del presidente Díaz.¹⁷⁴ El dictamen fue cobrar por la licencia para cada corrida el quince por ciento de la entrada total. Datos oficiales constataron lo pertinente de dicha disposición pues, entre el 21 de febrero y el 30 de noviembre de 1887, el producto bruto de las corridas fue de \$ 266,347.00 pesos, de los cuales el ayuntamiento recibió el porcentaje establecido por la ley.¹⁷⁵

En segundo lugar, sabemos que al presidente Díaz no le gustaban las complicaciones, que conocía de cerca a sus gobernados gracias a las extensas campañas militares que había librado y estaba al tanto de lo arraigado de la tauromaquia en el pueblo mexicano. Durante su primer mandato debió pacificar al país, afianzarse en el poder y asegurar el reconocimiento diplomático de potencias como Estados Unidos y Gran Bretaña, las cuales criticaban duramente el atraso de la sociedad mexicana, al gobierno inestable que no pagaba sus deudas y a la sociedad que se complacía en la crueldad con los animales. Sin embargo, para 1887, ya no necesitaba preocuparse por esta reputación de México pues los avances obtenidos durante sus mandatos eran visibles.¹⁷⁶

Un ejemplo de estos avances fue la gestión realizada un poco antes, en septiembre de 1886, por un empresario taurino para celebrar algunas corridas nocturnas, iluminando la plaza con grandes focos de luz eléctrica. El proyecto emocionó a muchos e inclusive se compraron los aparatos necesarios, pero las autoridades

¹⁷⁴ María del Carmen Vázquez Mantecón, *¡Toros sí!, ¡Toros, no!*, p. 190-191.

¹⁷⁵ Moisés González Navarro, *Opt. Cit.*, p. 732

¹⁷⁶ William Beezley, *Op. cit.*, p. 276.

negaron el permiso. Hubo quienes declararon: “Para avergonzarnos ante los extranjeros ya basta y sobra, con las corridas a plena luz. No hay necesidad de más”.¹⁷⁷

Por otro lado, que las corridas se reanudaran el último año del segundo mandato de Porfirio Díaz, pudo también tener la finalidad de distraer al pueblo. No es casualidad que ese mismo año de 1887 se hiciera una enmienda a la Constitución, tras la cual se permitía la reelección consecutiva. Dada la adherencia del régimen al “legalismo” y constitucionalismo, la reelección sólo podía legitimarse de esa manera. Y don Porfirio se aseguró de que la iniciativa no emanara de la presidencia, sino de las legislaturas estatales y fuera después ratificada por el Congreso.¹⁷⁸ Es interesante lo que Francisco Bulnes le escuchara decir, antes de tomar nuevamente el poder en 1884, sobre sus compatriotas:

Los mexicanos están contentos con comer desordenadamente antojitos, levantarse tarde, ser empleados públicos con padrinos de influencia, asistir a su trabajo sin puntualidad, enfermarse con frecuencia y obtener licencias con goce de sueldo, no faltar a las corridas de toros, divertirse sin cesar, tener la decoración de las instituciones mejor que las instituciones sin decoración, casarse muy jóvenes y tener hijos a pasto, gastar más de lo que ganan y endrogarse con los usureros para hacer posadas y fiestas onomásticas. Los padres de familia que tienen muchos hijos son los más fieles servidores del gobierno por su miedo a la miseria;

¹⁷⁷ *La Crónica*, 18 de septiembre de 1886, p. 3.

¹⁷⁸ Paul Garner, *Opt. Cit.*, p. 108.

eso es a lo que le tienen miedo los mexicanos de las clases directivas: a la miseria, no a la opresión, no al servilismo, no a la tiranía; a la falta de pan, de casa y de vestido, y a la dura necesidad de no comer o sacrificar su pereza.¹⁷⁹

Finalmente, no hay que dejar de lado la fuerte inclinación del pueblo mexicano por las lides taurinas. Si bien existían otros espectáculos como el teatro y la ópera, ninguno de ellos podía compararse con popularidad de que gozaban las corridas; a ellas asistían individuos de todas las clases sociales, pero principalmente los de la clase media y baja. A pesar de que el liberalismo tachaba al espectáculo de bárbaro e incivil, la cultura y la educación seguían siendo escasos artículos de lujo, inalcanzables para el común de la población, la cual necesitaban de una diversión económica para sus momentos de esparcimiento.

La derogación del artículo 87 del 28 de noviembre de 1867, se dio a conocer en el *Diario Oficial* del 17 de diciembre de 1886. Los permisos en adelante serían concedidos por los Ayuntamientos de cada localidad; se estableció el pago del quince por ciento del importe total de las entradas por licencia de cada corrida; de igual manera, se estableció que los fondos recaudados fueran destinados “exclusivamente” a la obra del desagüe de la ciudad.¹⁸⁰

Inmediatamente después de darse la autorización, el arquitecto Félix de la Sierra comenzó a construir en la colonia San Rafael una plaza, propiedad de los hermanos

¹⁷⁹ Citado en Paul Garner, *Op. cit.*, p. 84.

¹⁸⁰ *Diario Oficial del Supremo Gobierno de Estados-Unidos Mexicanos*, 17 de diciembre de 1886, p. 4.

Eduardo y Lorenzo Ferrer. Ya para mediados de enero de 1887 podía admirarse el colosal esqueleto del nuevo circo taurino, que tenía, aparte del tendido, 55 lumbreras altas para las familias y 160 con gradería. El diámetro del redondel medía 60 varas y en las graderías cabían hasta 12, 000 espectadores. Algunos rumores hacían suponer que se pensaba traer de España a toreros de sólida fama, como Rafael Molina “Lagartijo”, Salvador Sánchez “Frasculo” o José Campos “Carancha”. Pero la mayoría deseaba que la plaza fuera inaugurada por el mejor de los diestros mexicanos, de modo que los empresarios Ferrer decidieron contratar a Ponciano Díaz y anunciaron la primera corrida para finales de febrero.¹⁸¹

Casi a la par se comenzaron a construir otras dos plazas: la del Paseo y la de Colón, y se proyectaron otras en distintos puntos. Los empresarios de las plazas provinciales eran conscientes de que, una vez establecidas las capitalinas, el gran negocio que habían hecho hasta entonces se vendría abajo, por lo que, en vísperas de la inauguración del coloso de la San Rafael, hicieron incontables esfuerzos por sacar partido de la diversión. La competencia entre empresarios capitalinos y de provincia llegó a tal grado que Joaquín Camacho, de Puebla, decidió contratar al diestro español Luis Mazzantini, con el compromiso de que no admitiera contrato o ajuste alguno para presentarse en la ciudad de México:

En Puebla, pues, y sólo en Puebla, los aficionados al grande y viril espectáculo nacional, es en donde tienen la primera y única oportunidad de presenciarlo en toda su pureza, en toda su extensión y ejecutando con

¹⁸¹ *El Arte de la Lidia*, 26 de diciembre de 1886, p. 3.

todas las reglas que enseña el arte y ha sancionado la experiencia en las plazas más afamadas de la península española.

A la par que a Mazzantini, los aficionados van a ver, no a una cuadrilla de adocenados toreros o de medianías, sino un cuadro como no la han visto mejor ni Madrid ni Sevilla en sus afamados redondeles...¹⁸²

Al parecer, la empresa poblana hizo gastos nunca antes vistos en cuestión de toros en nuestro país, pues Mazzantini era uno de los toreros consentidos de la afición española. Las presentaciones que se le arreglaron fueron para los días 27 de febrero, 6 y 13 de marzo. Se llegó acuerdos con la dirección del ferrocarril de México a Veracruz para poner trenes especiales de México a Puebla, que saldrían de la capital a las 7, 7:30 y 8 de la mañana y regresarían a las mismas horas de la noche. Para las personas que prefiriesen quedarse en Puebla la noche del domingo de cada corrida un comité especial organizaría serenatas en el Zócalo y además funciones de teatro. El evento se anunció como el acontecimiento taurino del siglo y las autoridades fijaron tarifas de hoteles y posadas, a fin de que no se excedieran.¹⁸³

Por su parte, dos meses antes de la inauguración de la plaza de San Rafael, Ponciano Díaz trabajaba en Paso del Norte, Chihuahua. A sus corridas asistió bastante público de Estados Unidos; allí mató a sus toros tan rápido que nuestros vecinos del otro lado pensaron que en la muleta llevaba alguna sustancia para

¹⁸² *La Patria*, 13 de febrero de 1887, p. 13.

¹⁸³ *El Arte de la Lidia*, 30 de enero de 1887, p. 3.

narcotizar a las fieras. A un mes del gran estreno se hallaba en Guanajuato y se dice que hacía viajes entre semana a la capital, donde supervisaba la construcción. Los aficionados y curiosos comenzaron a reunirse en las cercanías con la esperanza de ver a su ídolo. Uno de esos días fue sorprendido por la multitud: más de 200 obreros que trabajaban a marchas forzadas pararon sus actividades y junto con la muchedumbre comenzaron a gritar: “¡Ora Ponciano!”¹⁸⁴

Si bien es cierto que Ponciano Díaz se encontraba en su máximo esplendor, la noticia de que el torero español de moda, Luis Mazzantini Eguía, se presentaría por primera vez en México causó mucha agitación en la prensa nacional. Meses antes de su llegada la prensa comenzó a publicar biografías sobre él, resaltando sus cualidades artísticas y físicas, incluso se fabricaron historias fantasiosas y exageradas. En cuanto a sus cualidades taurinas, se decía que, en el momento de la estocada, obtenía siempre aplausos pues lograba una colocación admirable y sus arranques y salidas eran siempre precisos.¹⁸⁵

Sin embargo, antes de que llegara al país, *El Arte de la Lidia* se preocupó por advertirle de la siguiente manera: “Cuidado, don Luis, que por aquí el que no mata al bicho a la primera, le tiran, y no crea usted que cualquier cosa, sino jarros y con pulque, naranjas, y algunas veces se ve que llega al ruedo alguna que otra piedrita. Si viene a México, deje su famoso *volapié* y ensáyese con el *metisaca*...”¹⁸⁶

¹⁸⁴ *Ibidem*, 6 de febrero de 1887, p. 3.

¹⁸⁵ *Ibidem*, 2 de enero 1887, p. 3.

¹⁸⁶ *Ibidem*, 26 de dic de 1886, p. 3.



Ilustración 13. Luis Mazzantini, en Moisés González Navarro, *Historia Moderna de México. El Porfiriato. Vida Social*, p. 689.

Ahora bien, es importante precisar la diferencia entre estocada de *volapié* y *metisaca*, y hablar del porqué, en España, se había desechado la segunda. Se dice que la estocada de *volapié* fue inventada durante la segunda mitad del XVIII por el espada sevillano Joaquín Rodríguez “Costillares”, como una forma de matar a los toros acobardados o cansados de tanto castigo y que no se prestaban a la suerte de recibir, es decir, que se quedaban fijos en lugar de embestir. En un principio se llamó *vuela piés*, dado a que el diestro que la ejecutaba tenía que levantar del suelo uno o ambos pies.

Según los expertos, para su buena ejecución y a fin de evitar desgracias, había que tener presentes algunas reglas. La primera, que el toro debía estar completamente aplomado y sin piernas; porque si embestía, el matador tenía que arrojarle muy en

corto pues no le quedaba tiempo ni terreno para moverse y la cogida era inminente. La segunda, que el animal había de tener las cuatro patas en la misma posición, porque lo contrario indicaba que podía estar apoyándose para arrancar y, adelantado ya en un paso, le sería fácil atacar.¹⁸⁷

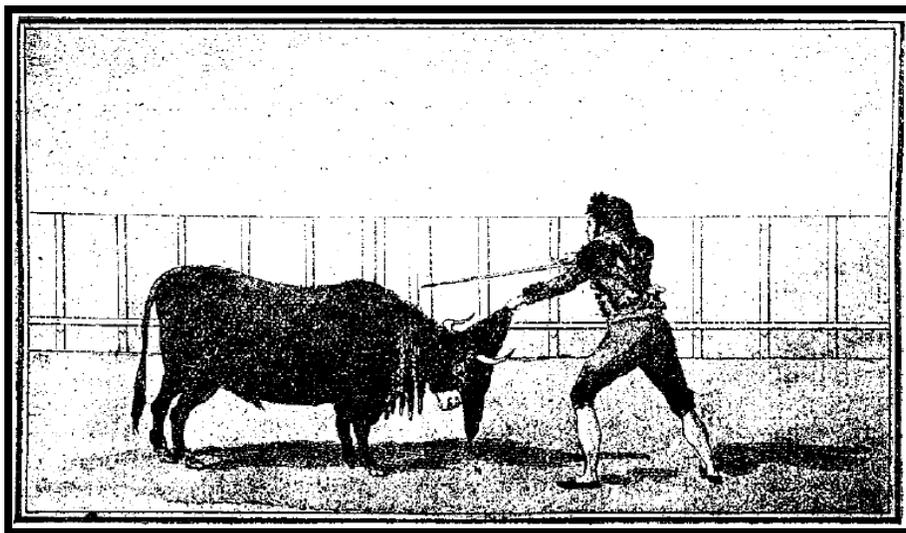


Ilustración 14. "Suerte del volapié", en José Sánchez de Neira, *Gran Diccionario Taurómico*, p. 792.

En cuanto a la estocada de *metisaca*, como su nombre lo infiere, consistía en clavar la espada en el cuerpo del toro y sacarla inmediatamente, quedándose en todo momento el matador con el arma empuñada. Para la segunda mitad del siglo XIX había sido casi eliminada de las suertes españolas, debido a que los aficionados iberos consideraban que con ella se encubrían estocadas defectuosas. Y es que para que ellos pudieran calificarla, necesitaban ver su colocación, dirección y profundidad.¹⁸⁸ Seguramente Bernardo Gaviño conocía ambos modos, pero a su

¹⁸⁷ José Sánchez de Neira, *Gran Diccionario Taurino*, p. 792-793

¹⁸⁸ Fernando Fernández Román, *Los toros contados con sencillez*, p. 191

llegada a México prefirió respetar el estilo del país, donde se mataba lo antes posible al toro, sin ningún requerimiento o técnica.

Por ese motivo, el escritor español Juan Corrales, que en 1856 vio editada su obra *Los toros españoles y tauromaquia completa*, nos dice que en México se llamaba toreo al que antiguamente practicaban los lidiadores españoles, el cual ya no satisfacía a los aficionados rigurosos de las reglas del arte.¹⁸⁹ Por otra parte, a partir de 1836, tras ser publicada la obra de Francisco Montes, se comenzaron a definir los elementos técnicos y tácticos de la lidia, mostrando la primera organización seria de las cuadrillas y las funciones de cada uno de los participantes en las suertes reglamentadas para cada uno de los tercios: varas, banderillas y muerte.

Así pues, mientras en México las corridas estuvieron prohibidas, en España la fiesta brava evolucionó hasta ser “un arte regido por reglas”.¹⁹⁰ La tauromaquia traída por José Machío y Luis Mazzantini venía ya con estas normas e incluso una clasificación detallada y una nomenclatura para cada una de las diferentes formas de matar a los astados con estocadas de volapié; la estocada tenía distintos nombres que dependían del sitio en que se clavara, su dirección y su profundidad. Al final triunfaría el estilo traído por los españoles. Sin embargo, el paso a ella no fue fácil, pues tuvo la fuerte resistencia de Ponciano Díaz, los demás toreros nacionales, y en un principio también de la afición.¹⁹¹

¹⁸⁹ Juan Corrales, *Los toros españoles y tauromaquia completa*, p. 152.

¹⁹⁰ María del Carmen Vázquez Mantecón, *Charros contra “Gentlemen”...*, p. 163.

¹⁹¹ En el mes de mayo del año 1926, dos novilleros mexicanos serían aún criticados por un semanario taurino tras ejecutar la suerte suprema con estocadas de metisaca; se les pidió que respetaran el arte y no exhumasen estilos que algún día

3.2 Ponciano Díaz y Luis Mazzantini.

Yo no quiero a Mazzantini, ni tampoco a “Cuatro-dedos”, al que quiero es a Ponciano, que es padre de los toreros.¹⁹²

Como vimos anteriormente, la reanudación de las corridas en la capital, la consecuente competencia con las empresas de provincia, la fiebre taurina del momento y las intenciones del gobierno de Porfirio Díaz al adoptar la política de *Pan y Toros* llevaron a la contratación del diestro español Luis Mazzantini. Su nombre no era desconocido por los mexicanos; de vez en cuando la prensa daba noticias de la cuestión taurina en España, de modo que muchos sabían que se trataba de un torero que estaba adquiriendo fama en su país.

Sin embargo, la nueva afición y la prensa pro-hispanista mexicana llevaron su popularidad a un grado más alto; ya no sólo hablaban de sus cualidades taurinas, sino comenzaron a inventar pasajes épicos y anécdotas que tenían como objetivo resaltar sus cualidades morales. El dinero que se empezaba a generar con el espectáculo hizo que los toreros fueran el centro mediático, parte de la mercadotecnia utilizada fue la invención de historias y preponderar las rivalidades que el público imaginaba; en pocas palabras despertar susceptibilidades y generar polémica.

fueron utilizados por los toreros mexicanos, pero para esa fecha habían quedado en el olvido, en *Toros y Deportes*, 25 de mayo de 1926, p. 10.

¹⁹² Citado en Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p 162.

Estas actitudes fueron severamente criticadas por la prensa española que, con mucha razón, argumentaba que la prensa taurina mexicana ni reseñaba corridas ni daba un panorama crítico de Mazzantini, sino se dedicaba a cantar sus glorias en epopeyas, como si de verdad se tratara de un héroe.¹⁹³ Los periódicos iberos señalaban de manera irónica que sucedía algo extraño con los toreros que viajaban a México pues, al igual que los vinos, después de que salían de Europa, el viaje por mar los mejoraba tanto que en nuestro país resultaban exquisitos. No creían lo que se relataba sobre sus compatriotas y señalaban que ni siquiera conocían a algunos de los diestros que hacían maravillas en México.¹⁹⁴

Por su parte, Ponciano Díaz se dio cuenta de los cambios en los gustos de la afición mexicana y comenzaría a adoptar técnicas y estilos iberos. Gradualmente dejó de lado las estocadas de metisaca y las cambió por estocadas a volapié, toreó junto a espadas españoles y se presentó con cuadrillas mixtas.

Veamos ahora, rápidamente, quién era el diestro español que tanta influencia tuvo en la tauromaquia mexicana de finales del siglo XIX.

Luis Mazzantini Eguía fue hijo del ingeniero italiano Giuseppe Mazzantini y de la española de origen vasco, Bonifacia Eguía. Su primera educación la recibió en Roma y, a su regreso a España, ingresó en el colegio de don Amadeo de Saboya. En 1875 se hizo bachiller en Artes, trabajó en el Palacio Real, y posteriormente trabajó como telegrafista. Tiempo después, al no ver satisfechas sus ambiciones

¹⁹³ *El Enano*, 11 de abril de 1887, p. 1.

¹⁹⁴ *La Época*, 2 de mayo de 1887, p. 3.

económicas, pretendió hacer una carrera como cantante de ópera, pero fracasó, y entonces decidió hacerse torero. Se le atribuye una frase elocuente con la que justificó su inclinación por la profesión taurina: “En este país de los prosaicos garbanzos no se puede ser más que dos cosas: o tenor del Teatro Real o matador de toros”.¹⁹⁵

La primera vez que su nombre apareció en los carteles madrileños fue en una corrida celebrada en los Campos Elíseos en 1879; seguía conservando su empleo en los ferrocarriles, pero, después de ser reprendido en varias ocasiones, decidió dedicarse únicamente a la tauromaquia. El 18 de diciembre de 1881 obtuvo un éxito en Madrid y a partir de ese momento su popularidad aumentó, distinguiéndose como un estoqueador formidable. Finalmente obtuvo la alternativa en Sevilla de manos de Salvador Sánchez, el 13 de abril de 1884. Sus compañeros de profesión le apodaron “El Señorito Loco” y más tarde fue reconocido como el “Rey del Volapié”.¹⁹⁶

Finalizando la temporada de 1886, se embarcó para Cuba donde, se dice, fue contratado por el secretario particular del gobernador de Puebla.¹⁹⁷ Antes de salir de la isla rumbo a México, Mazzantini pronunció un discurso en el cual se dijo satisfecho por haber iniciado allí una revolución en las costumbres taurinas, demostrando que el torero es un ciudadano digno que no está reñido con la cultura

¹⁹⁵ Daniel Tapia, *Historia del toreo: De Pedro Romero a Manolete*, p. 291.

¹⁹⁶ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 117.

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 120.

y la buena educación y que, si bien para su oficio utilizaba el traje corto, también sabía del buen vestir.¹⁹⁸



Ilustración 15. Luis Mazzantini, en Esteban Atmeller, *Guante y coleta*, 1884.

Sin embargo, no todos compraron la imagen que el mismo Mazzantini y algunos periódicos querían propagar; la del hombre culto, prototipo del caballero, generoso, amable y educado; el “señorito” que desde su niñez había aprendido italiano y francés, gustaba de comer trufas y de beber champagne con hombres de ciencia, literatos y artistas, y que diariamente, no sólo *per accidens*, hacía uso del *smoking* y el *frac*.¹⁹⁹

Sobre su discurso pronunciado en Cuba, el afamado crítico taurino Antonio Peña y Goñi, director del periódico *La Lidia*, quien solía utilizar el seudónimo de “don

¹⁹⁸ *El Arte de la Lidia*, 30 de enero de 1887, p. 3

¹⁹⁹ Luis Carmena y Millán, *Los toreros del día...*, pp. 25-26.

Jerónimo”, escribió una nota llamada irónicamente “¡Un Revolucionario!”.²⁰⁰ En ella, censuró a Mazzantini por tanta altivez, por creerse gente decente y educada sólo por la ropa que vestía, al final lo exhortó a mejorar en las demás suertes y no sólo en el volapié, suerte que según el crítico le era muy fácil de ejecutar por sus cualidades físicas y su juventud:

—Sí, amigo Mazzantini; está usted en un error, en un gravísimo error, al hacerse ciertas ilusiones, ha creído usted de buena fe que el hábito hace al monje; ha creído usted que la sociedad eleva el nivel del individuo, midiendo su valor por el traje que viste, y es necesario que deseche esa creencia. [...]

Si cree usted haber iniciado una revolución entre los toreros, porque viste la levita y el frac; si cree haber elevado por eso el nivel social de la gente de coleta, se equivoca de medio a medio.

Eso no es una revolución, sino una extravagancia que no cundirá. El toreo es una diversión popular, en la cual se admira el valor, la temeridad, la agilidad y la ligereza del hombre.

Y el traje de los toreros, el pantalón ajustado, la airosa chaquetilla, el sombrero y la faja, son prendas de vestir que responden perfectamente a la profesión; son prendas que dan una idea anticipada del espectáculo,

²⁰⁰ *La Lidia*, 8 de noviembre de 1886, p. 1.

y revelan en los que las llevan las cualidades que los hacen dignos de admiración ante el público.

Es cuestión de estética. Así como el edificio debe dar idea del objeto al que está destinado, del mismo modo debe el torero dar idea de la profesión eminentemente popular que ejerce.

Pensar que porque vista usted como un gran señor, lo deba ser necesariamente, equivale a creer que don Jerónimo, vestido con un traje de Rafael o de Salvador, lidiaría toros como Lagartijo o Frascuelo.²⁰¹

En efecto, Mazzantini no era un científico ni un hombre de letras. Sin temor a exagerar podemos decir que era un hombre de negocios, un torero ambicioso que cobraba su trabajo tan caro como le era posible. El escritor liberal mexicano Manuel Gutiérrez Nájera “El Duque de Job”, que sentía animadversión por las corridas, tenía una opinión más radical al respecto:

Las lides de toros requieren el cigarro y la blasfemia en los labios, el desprecio a la vida en el redondel y la maja de mantilla blanca en los tendidos. En ellas las malas pasiones hablan, gritan, y se revuelcan en la arena rebuznando de alegría, como asnos libres de la carga [...]. Yo no concibo al torero sin navaja al cinto, sin caña de manzanilla en la mano, sin manola al brazo. No creo en el frac de Mazzantini [...].²⁰²

²⁰¹ *Idem.*

²⁰² *El Partido Liberal*, 22 de mayo de 1887, p. 1.

Por otro lado, desde que en México se anunció su llegada, la prensa comenzó a formular un enfrentamiento con el ídolo nacional Ponciano Díaz. Los nacionalistas argumentaban que la empresa poblana había traicionado al toreo del país en su ambición por opacar a la afición capitalina y, por consiguiente, la figura nacional en la que se reunían los sentimientos patrióticos, no debía hacer otra cosa que retar al español a un mano a mano en la ciudad de México; sólo tras ese duelo se sabría por fin quiénes eran mejores, si los españoles o los mexicanos. La noticia se anunció de la siguiente manera:

¡Un reto!— El afamado diestro Mazzantini va a recibir un reto del hábil primer espada mexicano Ponciano Díaz, según se nos acaba de informar.

A su llegada a Puebla lo desafiará Ponciano a que trabajen ambos en esta capital, mediando entre los dos una apuesta que ganará aquel que con mayor destreza dé muerte a los bichos, debiendo el que fuere vencido declarar vencedor a su contrario.

Conocido como es el amor propio de Mazzantini, puede darse como un hecho que si tal cosa es cierta aceptará el reto y entonces nosotros tendremos oportunidad de asistir a un desafío que indudablemente llamará mucho la atención del público. ¡Ahora Ponciano!²⁰³

Ante el posible enfrentamiento, los diferentes bandos se fueron radicalizando. Los periódicos que apoyaban al torero nacional apuntaban que, de llevarse a cabo,

²⁰³ *La Patria*, 8 de febrero de 1887, p. 3.

Ponciano Díaz ganaría con facilidad. Pero había quienes pensaban que Mazzantini triunfaría y se impondría en el país la tauromaquia española. Entre los aficionados, el problema iba más allá de una diferencia de estilos, era más bien una combinación entre el resentimiento que aún existía contra los españoles y una lucha de clases, reflejo del constante enfrentamiento entre los superiores e inferiores.²⁰⁴

En efecto, la clase baja generalmente ocupaba los tendidos de sol, apoyaba a Ponciano Díaz, en quien veía al ideal del mexicano y se identificaba con él porque no nació rodeado de lujos. Si bien aceptaba que las corridas habían sido traídas por los españoles, las consideraba como algo propio. Del lado contrario, los de la clase alta ocupaban los tendidos de sombra y deseaban la adopción del arte taurino español. Para ellos, las corridas debían seguir los estándares, estilos, normas y estética de los peninsulares. Su preferencia por Luis Mazzantini no solo estaba centrada en su manera de torear. A diferencia de Ponciano Díaz, a quien tachaban de “descuidado” por no preocuparse por su imagen, aquel tenía hábitos y costumbres que parecían de “persona educada”.

El imaginado enfrentamiento logró su cometido, atrajo la atención del público e incluso llegó a oídos de Ponciano Díaz, quien a la brevedad envió una carta a *El Arte de la Lidia*, donde negaba rotundamente que esto hubiera estado entre sus intenciones.

C. de México, Febrero 9 de 1887. Sr. Julio Bonilla. Presente.

²⁰⁴ Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, p. 160

Muy estimado amigo:

El Monitor Republicano de hoy, tomándolo de *La Patria*, publica un párrafo de gacetilla donde se dice que el que suscribe ha desafiado para que trabajen juntos en esta capital, al diestro español Luis Mazzantini, próximo a llegar al país, a fin de que el público presencie quien de los dos mata con más destreza un toro, y otras inexactitudes que rechazo en toda forma.

He de agradecer a vd. que por medio de su periódico desmienta desde luego tal noticia, pues ajeno a todas pretensiones, jamás he pensado en tal cosa.

Sabe que, como siempre, lo aprecia su afectísimo amigo y S. S.

PONCIANO DÍAZ.²⁰⁵

Lo que en ese momento tenía ocupado al torero mexicano eran los preparativos para la inauguración de la plaza de San Rafael, evento que tenía que ser memorable pues sería la primera corrida en la capital mexicana, después de casi 20 años de prohibición. Se pensaba incluso que un evento tan notable contaría con la presencia de don Porfirio, pero eso no sucedió.

El domingo 20 de febrero de 1887, las calles de la colonia de los Arquitectos se llenaron con un gentío muy diverso, todos los sectores de la sociedad se reunieron en los alrededores de la plaza: abundaban los jinetes vestidos de charro y montados

²⁰⁵ *La Patria*, 12 de febrero de 1887, p. 3.

en hermosos caballos, hombres de a pie vestidos con pantalones de gamuza, mujeres con sus enaguas y rebozos, contrastando con las “pollitas” de traje y andar acatrinado. El ambiente era como de kermés, el camino a plaza estuvo cubierto de vendedores ambulantes; se vendió nieve, aguas frescas, tamales, pulque y naranjas, muchas naranjas, fruta muy popular y consumida por el “respetable” durante las corridas, por su doble cualidad de refrescantes y arrojadizas.²⁰⁶

Pareciese un simple dato curioso el uso de naranjas como proyectiles, pero en sí, el ambiente de las corridas, desde su génesis como espectáculo comercial hasta nuestros días, no puede ser entendido sin la importancia que tiene el público, “al que a veces los toreros temen más que al mismo toro”.²⁰⁷ Los asistentes a las corridas son llamados el “respetable”, palabra que engloba a toda la gente que hace un esfuerzo y se desocupa de sus actividades cotidianas, y no sólo eso, sino que paga, y a veces precios muy elevados, todo en pos de su diversión favorita. Ya desde 1836, Francisco Montes en su *Tauromaquia* exhortaba a los toreros a cumplir con su trabajo y con lo ofrecido en los carteles de la mejor manera, teniendo en cuenta que de no hacerlo se estaría cayendo en un engaño y se faltaría “al deber más fuerte y sagrado” de un torero que era cumplir con el público “que era de lo más respetable y lo primero que debía de atenderse”.²⁰⁸

Enrique Olavarría y Ferrari nos dice que los toros eran la diversión en que más gastaba la sociedad mexicana. También, era el espectáculo más reglamentado y en

²⁰⁶ *El Arte de la Lidia*, 22 de febrero de 1887, p. 1.

²⁰⁷ María del Carmen Vázquez Mantecón, *Charros contra “Gentlemen”...*, p. 164.

²⁰⁸ Francisco Montes, *Tauromaquia completa...*, pp. 271-272.

el que el público se mostraba más exigente. Si el público no veía cubiertas sus expectativas arrojaba naranjas o jarros de pulque, y si se sentía estafado era capaz de destruir la plaza entera y apedrear a toreros y empresarios.²⁰⁹

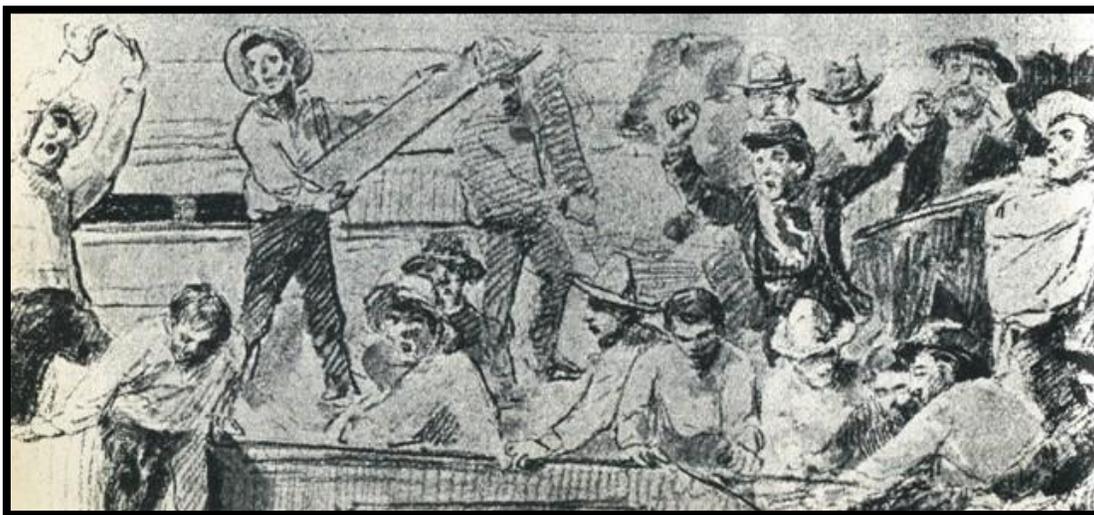


Ilustración 16. [Muestras de desaprobación del respetable], en Heriberto Lanfranchi, *La fiesta brava en México y España...*, t. I, p. 194.

Durante la corrida inaugural de San Rafael, la presidencia encargada de mantener el orden estuvo dirigida por don Guillermo Valletto, lo acompañaron el general José Ceballos, gobernador del Distrito Federal, y el licenciado Joaquín Escoto. La seguridad estuvo a cargo de la guardia federal. El ganado escogido por Ponciano Díaz fue el de la hacienda de Parangueo, del estado de Guanajuato. La cuadrilla estuvo integrada de la siguiente manera:

- Espada: Ponciano Díaz.
- Picadores: José María Mota, Agustín Oropeza, Irineo García y Celso González.

²⁰⁹ María del Carmen Vázquez Mantecón, *Charros contra "Gentlemen"...*, p. 164.

- Banderilleros: Carlos Sánchez, Guadalupe Sánchez, Carlos López “El Manchao”, Patricio “El Orizabeño”, Pedro García, Emeterio Garnica y Jesús Blanco.
- Lazadores, muleros, y puntillero.

A decir de los cronistas más benévolos, la corrida no pasó de regular: el trabajo de Ponciano no estuvo tan lucido como en otras ocasiones, los banderilleros no hicieron bien su trabajo y el ganado tampoco salió lo suficientemente bueno. Hubo quienes, sin más reparos, se dijeron defraudados, pues la ocasión y el costo de los boletos sugerían que el espectáculo haría época en los anales del toreo.²¹⁰ Para ellos el protagonista de la corrida había estado más “desgraciado” que de ordinario y la cuadrilla, aunque numerosa, formada por “aficionados” que lucieron su arrojo, pero desconocían las reglas del arte.²¹¹

Según el “Diccionario Taurino”, sección que se publicaba en *El Arte de la Lidia*, “aficionado” era todo individuo que aunque instruido, no debía formar parte de una función pública: “Para ellos [los aficionados], como para el vulgo, todas las suertes son iguales y se pagan más del éxito o resultado que ofrecen, aunque sea por casualidad, que del modo con que se efectúan”.²¹²

²¹⁰ Los costos de las entradas para esta corrida fueron de 2.5 pesos por boleto de sombra y un peso por el de sol. El precio fue triplicado en comparación al que se cobró durante las presentaciones de Ponciano Díaz en la plaza del Huizachal, un año atrás.

²¹¹ *El Nacional*, 22 de febrero de 1887, p. 3.

²¹² *El Arte de la Lidia*, 28 de febrero de 1886, p. 2.

La segunda corrida fue celebrada dos días después, el martes 22 de febrero, con mucho menos concurrencia debido al fracaso anterior y lo caro de los boletos. Ponciano Díaz estuvo más desafortunado que en la corrida anterior, sin opción a más defensa. *El Arte de la Lidia* escribió simplemente que no cumplió con su buena reputación. Al primer toro le dio una estocada pésima y el animal tuvo que ser rematado por el puntillero; el público de sombra comenzó a gritar, mientras los de sol, anonadados, guardaron silencio. El segundo y tercer toro murieron de una sola estocada de metisaca que el público de sol celebró, pero el de sombra reclamó por la ausencia de arte. Durante la faena del cuarto y último de la tarde, el diestro se notaba molesto y mató al astado de una rápida estocada de metisaca.²¹³

Al terminar la corrida, algunos concurrentes abuchearon a la cuadrilla; al ver esto, los seguidores de Ponciano se irritaron, por lo que se lanzaron contra los inconformes. En la calle hubo discusiones y golpes. Días después se anunciaba en la prensa que, a consecuencia de los toros, había tres duelos pendientes.²¹⁴ Ya para la tercera corrida, los empresarios Ferrer prefirieron contratar a los diestros españoles José Machío, Manuel Díaz Lavi “Habanero” y Fernando Gutiérrez “Niño”.²¹⁵

Esos días debieron de haber sido duros para Ponciano pues sus fracasos dieron pie a agresiones más radicales por parte de sus opositores. Además, faltaban sólo cinco días para la anhelada corrida que Luis Mazzantini daría en Puebla y toda la

²¹³ *El Arte de la Lidia*, 27 de febrero de 1887, p. 1.

²¹⁴ *El Tiempo*, 25 de febrero de 1887, p. 3.

²¹⁵ *El Arte de la Lidia*, 6 de marzo de 1887, p. 2-3.

atención pública estaba puesta en el español, no se hablaba más que de su toreo, su figura, elegancia, talento, etc. Hubo quienes recomendaban a los toreros mexicanos, en especial a Ponciano, que copiaran un poco del arte traído por los iberos, a no ser que quisieran quedarse como arrastradores, picadores o banderilleros de sus rivales.²¹⁶

El domingo 27 de febrero tuvo lugar la primera corrida de Mazzantini en México. Algunos habían llegado a la capital poblana desde días antes y las calles aledañas a la plaza estuvieron atiborradas de entusiastas y curiosos que querían ver si corrían con la suerte de encontrarse con los recién llegados. El ganado que se escogió para el espectáculo fue el de San Diego de los Padres, perteneciente a don Rafael Barbabosa. La cuadrilla la formaron los siguientes toreros:

- Espadas: Luis Mazzantini y Diego Prieto “Cuatro-dedos” (le faltaba el dedo de una mano).
- Sobresaliente: Tomas Mazzantini.
- Picadores: Enrique Sánchez, Manuel Martínez “Agujetas”, José Bayardt “Badila” y Pedro Ortega.
- Banderilleros: Manuel Mejía “Bienvenida”, Ricardo Berdute “Primito”, Ramón López, Romualdo Puerta, Ramón Márquez y “Cantares”.

Como la abundante publicidad sugería que los asistentes se sentirían como en cualquier plaza de España, *El Álbum de la Mujer* afirmó que algunas damas poblanas irían vestidas con el típico traje utilizado en España durante las corridas

²¹⁶ *El Diario del Hogar*, 27 de febrero de 1887, p. 1.

en la época de Carlos III, el llamado “traje de maja”. También se publicó un retrato del torero que según este periódico “había eclipsado la gloria de Frascuelo y Lagartijo”.²¹⁷

La corrida comenzó a las cuatro en punto, aunque la plaza estaba llena desde media hora antes. A este evento asistió Ponciano Díaz, quien, junto con otros, ocupó una lumbra de sombra. Se dice que cuando el público se dio cuenta de que se encontraba entre ellos los ánimos se elevaron y muchos aplaudieron, algunos fueron a saludarlo y otros pidieron a la banda que tocara dianas. Momentos después sonó el aviso y los toreros salieron vestidos a la usanza española.²¹⁸

El juez o presidente de la corrida fue el gobernador de Puebla, el general Rosendo Márquez. Antes de dar muerte a su primer toro, Mazzantini brindó de la siguiente manera: “Por usted, Sr. Presidente; por las muchachas bonitas, por el progreso de este hermoso país y por la unión de México y España”.²¹⁹ Con estas palabras deferentes y conciliadoras, axiales dentro de la psique del mexicano, Mazzantini pretendió ganarse a la afición mexicana.²²⁰

El segundo toro, después de algunas complicaciones, fue muerto por Diego Prieto.

El tercero de la tarde tocó nuevamente a Mazzantini, quien lo dedicó al pueblo

²¹⁷ *El Álbum de la Mujer*, 30 de enero de 1887, p. 8.

²¹⁸ *El Siglo Diez y Nueve*, 28 de febrero de 1887, p. 3.

²¹⁹ *El Arte de la Lidia*, 6 de marzo de 1887, p. 1.

²²⁰ Sobre este tema, Erika Pani explica cómo, a partir del triunfo republicano, el imaginario nacionalista rechazó el legado español, las palabras “Mueran los gachupines” se volvieron sacramentales, sin embargo fue imposible negar que se tenía sangre española, lo que implicó una relación confusa entre pertenencia, identidad, lealtad y rechazo de lo otro, citado en María del Carmen Vázquez Mantecón, *Charros contra “Gentlemen”...*, p. 188-189

mexicano y al engrandecimiento de la “raza latina”. Para el cuarto entró nuevamente Prieto quien hizo una faena corta, pero lucida. El quinto, último de Mazzantini, lo brindó al gobernador de Puebla y al ministro de España Joaquín Becerra Armesto. El último de la tarde tocó a Prieto, quien se lució de nuevo en su faena.

La corrida resultó un éxito y, cuando finalizó, una comitiva formada por unos 40 aficionados de la “buena sociedad” fue a felicitar al diestro al hotel donde se alojaba. En la noche hubo diversas atracciones para la gente que se quedó en Puebla y más tarde se llevó serenata al torero español.²²¹

Algunas crónicas que se publicaron días después afirmaron que el quinto toro de Mazzantini había sido dedicado a Ponciano Díaz. Esta noticia ha sido tomada como un hecho real gracias a que Armando de María y Campos la incluyó en su biografía sobre el diestro mexicano. Lo que escribió fue que Mazzantini tuvo la galantería o, mejor dicho, la política de brindar a éste su primer toro muerto en México,²²² lo cual sin embargo nunca sucedió, al parecer fue un invento más de la prensa que el mismo Mazzantini desmintió días después.²²³

La semana que transcurrió entre la primera y la segunda corrida fue aprovechada por Mazzantini para conocer las ciudades de Puebla y México. El lunes y el martes paseó por la primera y se dice que algunos “borrachos” que lo vieron pasar le lanzaron injurias.²²⁴ El miércoles viajó a la segunda, donde fue recibido en la

²²¹ *El Arte de la Lidia*, 6 de marzo de 1887, p. 2.

²²² Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 122.

²²³ *El Siglo Diez y Nueve*, 5 de marzo de 1887, p. 1.

²²⁴ *La Patria*, 6 de marzo de 1887, p. 3.

estación Buenavista por una numerosa concurrencia, en la que sobresalían algunos miembros del Jockey Club; ese mismo día Eduardo Rincón Gallardo lo obsequió con una cena. El jueves en la mañana tuvo un banquete en una quinta de Tacubaya, propiedad de Pablo Escandón. El viernes se entrevistó con varios personajes, entre los que destacaron el ministro español Joaquín Becerra Armesto e Ignacio Cumplido, editor propietario de *El Siglo Diez y Nueve*.²²⁵ Su popularidad fue tanta que hasta los barberos lo utilizaron para incrementar sus ganancias, tal como nos muestra el siguiente anuncio. De este modo, hasta su peinado formó parte de la moda del momento.²²⁶



Ilustración 17. Propaganda [Mazzantini, prototipo de la moda], en *El Arte de la Lidia*, 20 de marzo de 1887, p. 4.

No faltaron los que quisieron comparar los estilos de toreo de Ponciano y Mazzantini. Esto no afectó tanto la popularidad del primero pues la mayoría de los aficionados mexicanos aún no entendían lo sucedido en la plaza poblana, es decir, no estaban familiarizados con el arte español y su terminología. Es más, para que

²²⁵ *El Siglo Diez y Nueve*, 5 de marzo de 1887, p. 1.

²²⁶ *El Arte de la Lidia*, 20 de febrero de 1887, p. 4.

la gente entendiera éste, *El Arte de la Lidia* publicó un manual al que llamó *El Arte de Mazzantini*, “libro muy útil para todos aquellos aficionados que concurren a las corridas de toros”.²²⁷

Para la segunda corrida de Mazzantini, la curiosidad y el deseo de conocerlo habían aumentado y más porque se anunció que, después de cumplir con las tres corridas de Puebla, se marcharía a Nueva York, donde tomaría una embarcación con dirección a España, pues tenía ya compromisos para la plaza de Madrid. El día de la corrida hubo, desde las seis de la mañana, un gentío deseoso de tomar asiento en uno de los doce trenes que saldrían rumbo a Puebla en la estación Buenavista. El viaje fue directo pero, un poco antes de llegar a Apam, tuvo que hacerse una parada de emergencia pues se halló una enorme piedra sobre los rieles, puesta supuestamente allí para descarrilar el tren.²²⁸

Jamás se supo quién lo hizo pero hubo quienes atribuyeron el suceso a Ponciano Díaz y los fanáticos que no aceptaban la introducción de otro toreo. El tren llegó a Puebla poco después de lo esperado y la corrida dio inicio a las cuatro de la tarde. Entre los asistentes sobresalieron el ministro español, y muchas de las principales familias de México, Puebla y Veracruz. A diferencia de la primera corrida, la

²²⁷ Desafortunadamente no se conserva, o está esperando a ser descubierto, algún ejemplar de este manual en el que seguramente se explicaban las suertes y se daba la nomenclatura de cada uno de los movimientos técnicos que ejecutaba la cuadrilla de Mazzantini. Un ejemplar con el mismo nombre *El Arte de Mazzantini: manual para asistir a las corridas de toros. Contiene la explicación de todas las suertes del arte del torero*, fue reimpresso en Guanajuato, el mismo año de 1887, por “dos entusiastas”, es probable que sea copia del manual editado por *El Arte de la Lidia*. Se conserva en la biblioteca “Salvador García Bolio”, del Centro Cultural y de Convenciones Tres Marías, en Morelia, Michoacán.

²²⁸ *El Siglo Diez y Nueve*, 7 de marzo de 1887, p. 1.

segunda no fue tan lucida. Según la crónica de *El Siglo Diez y Nueve*, se debió a que el ganado salió “huido” y pésimo para la lidia y nada tuvo que ver la cuadrilla, que estuvo inmejorable.²²⁹

Para la tercera corrida, celebrada el 13 de marzo de 1887, y previniendo una asistencia floja por la mala corrida anterior, la empresa poblana anunció que Mazzantini daría la alternativa a su compatriota Francisco Jiménez “Rebujina”. Esto era una novedad pues sería la primera alternativa concedida en suelo mexicano; al parecer, antes esta usanza española simplemente no se acostumbraba en el país. La corrida no tuvo la asistencia deseada debido a que también se anunció que los aficionados capitalinos tendrían la oportunidad de ver torear en su plaza a Mazzantini. En efecto, a pesar de que se había dicho que éste no torearía más que en Puebla, tal parece que la empresa con la exclusividad del torero había logrado arrendar la plaza de San Rafael y anunció una sola corrida para el miércoles 16 de marzo.²³⁰

Mientras tanto, Ponciano Díaz trabajaba en Tlalnepantla, a donde lo siguieron sus admiradores. Allí fue obsequiado con dos banderas tricolores y coronas de laureles. Tal parece que comenzaron a hacer eco las críticas de los hispanistas pues a la hora de dar muerte a su primer toro, dio una media estocada por lo alto, como las que daban los toreros españoles. La prensa que lo apoyaba dijo al final de su reseña: “la suerte española que intentó en su primer toro no fue tan lucida a ojo de los inteligentes, pero el torero nacional demostró que sin ser una eminencia en el

²²⁹ *Idem.*

²³⁰ *La Patria*, 8 de marzo de 1887, p. 3.

arte cumple como buen torero, pues es ajeno a todas pretensiones y se ha formado por sí sólo, sin maestro ni escuela”.²³¹

La corrida de Tlalnepantla no estuvo libre de escándalos pues el público que salió de la plaza, muy excitado por los buenos resultados, iba insultando y agrediendo a la gente; se cuenta incluso que incendió dos casas del rumbo y un furgón de ferrocarril, lo último debido a que la empresa ferroviaria no puso el número de vagones suficientes para llevar a los pasajeros a la plaza.²³²

De las tres corridas que Mazzantini dio en Puebla, sólo la primera fue exitosa, la segunda resultó regular y la tercera completamente mala para los pocos asistentes. Pero aún le faltaba la que era tal vez la principal, pues se llevaría a cabo en la capital mexicana. Seguramente rentar una plaza de toros no era gasto menudo y menos siendo la única que había en la ciudad de México, pero el negocio valía la pena, ya que los metropolitanos estaban ansiosos de ver en su ruedo al tan anunciado “Rey del volapié”, al parecer el único digno de competir con Ponciano Díaz.

Durante los días previos, la próxima corrida fue tema principal en los cafés y centros sociales. Se esperaba mucho de ella y más porque la empresa de Puebla había elevado los precios de entrada. Se dice que más de uno tuvo que empeñar sus pertenencias para asistir a un espectáculo que, se aseguraba, quedaría registrado en los anales taurinos mexicanos.²³³

²³¹ *El Arte de la Lidia*, 20 de marzo de 1887, p 1-2.

²³² *El Tiempo*, 16 de marzo de 1887, p. 3.

²³³ *La Patria*, 18 de marzo de 1887, p. 2.

Para muchos, el evento valía la pena pues era incuestionable que la empresa se esforzaría por dar un espectáculo completo. Muchos de los que no podían aspirar a la compra de un boleto se conformaron con permanecer en la calle y ver llegar a la cuadrilla de españoles. Se cobró como nunca antes: los asientos numerados se vendieron en nueve pesos, los que estaban de pie entre el gentío pagaron ocho, hubo revendedores que ese día hicieron una fortuna.²³⁴ Aunque suena exagerado, algunos periódicos aseguraron que hubo quien ofreció cincuenta pesos por una estrada a sombra.²³⁵ Muchos, tentados por la curiosidad, querían conocer al “elegante” torero español; pero sobre todo, ver la famosa estocada de la que tanto se hablaba en la prensa.

A pesar de los costos, la plaza se llenó, la gente comenzó a llegar desde las dos de la tarde. En las lumbreras se podía ver a las damas y caballeros de sociedad, mientras en la parte de sol abundaban los hombres vestidos de charro. El primer toro fue estoqueado por Mazzantini “tres o cuatro veces”, muriendo después de haber recibido una pésima estocada tendida que dio lugar a algunas demostraciones de desaprobación. El segundo toro, tan malo como el primero, tuvo que morir a manos de Diego Prieto después de una faena muy dilatada y fatigosa. El tercero dio mucha guerra a Mazzantini a la hora de la muerte, al grado de haberle rasgado el traje en la pierna derecha, se le dio muerte sólo después de varias estocadas a volapié. El cuarto fue regresado a los corrales a instancias del público, que se molestó por ver un toro tan malo; fue cambiado por uno matrero, el mejor de

²³⁴ Enrique de Olavarría y Ferrari, *Op. cit.*, p. 23.

²³⁵ *El Diario del Hogar*, 17 de marzo de 1887, p. 1.

la tarde, que embestía en todo momento y que estuvo a punto de coger a varios de los toreros. “Cuatro-dedos” lo despachó después de muchos intentos y clavando el estoque por un costado. El quinto se regresó a los corrales porque no dio ningún juego.

Según el cronista de *El Diario del Hogar*, el fraude cometido por la empresa llegó a grados insoportables para el sexto y último toro de la tarde, pues se echó al redondel una vaca miedosa.²³⁶ Para esos momentos el respetable había perdido la paciencia, altamente indignados, los concurrentes se sombra abandonaron la plaza en medio de reproches y demostraciones de disgusto. No fue igual con los de sol, que no vieron nada agradable ni artístico con el anunciadísimo “Rey del volapié”; incapaces de contener la ira arrojaron las sillas al redondel en medio de maldiciones para el empresario y los toreros.

Al terminar la corrida, lastimado en su orgullo, Mazzantini quiso dejar inmediatamente la plaza y dirigirse a la estación Buenavista para abandonar el país, pero el Inspector General de Policía se opuso y no lo dejó salir sino hasta que llegaran refuerzos. A las puertas de salida, un montón de hombres furiosos lo esperaban ansiosos y gritaban a todo pulmón: “¡Muera Mazzantini!”, “¡Muera España!”, “¡Viva Ponciano Díaz!”, “¡Viva México!”. Al fin llegaron los refuerzos y los toreros españoles pudieron subirse a una carretela protegida por gendarmes montados, pero eso no detuvo a los inconformes quienes dejaron caer sobre ellos una lluvia de piedras.²³⁷ Tal parece que, una vez en el tren, aún vestido con el traje

²³⁶ *El Diario del Hogar*, 17 de marzo de 1887, p. 3

²³⁷ Enrique de Olavarría y Ferrari, *Op. cit.*, p. 24.

de luces, Mazzantini sacudió sus zapatillas por la ventanilla y pronunció la frase: “¡De esta tierra ni el polvo...!”.²³⁸ Algunos dijeron que los toreros resultaron heridos, pero la noticia fue desmentida por *El Pabellón Español*, el cual apuntó que en lo único que se hirió a Mazzantini y a sus compañeros fue en su amor propio y sus sentimientos nacionales, pues habían escuchado mueras a su país.²³⁹

La mayoría de los periódicos mexicanos manifestaron su desagrado ante tales arrebatos: “no había por qué injuriar a la patria española”. *La Patria* pidió: “No retrocedamos a los tiempos de amarga memoria en que el populacho gritaba: ¡mueran los gachupines!”.²⁴⁰ Sin embargo, la situación tardó en calmarse, ya que días después seguían los enfrentamientos en las calles. Para dar una muestra de lo que se vivió durante esos días, tomemos la nota titulada “Resultados de los Toros”, que apareció el 22 de marzo de 1887 en *El Monitor Republicano*:

Nos cuentan que hace pocos días un grupo de toreros españoles iba pacíficamente por una de las calles principales, a la sazón que otro grupo de mexicanos venía por el mismo rumbo. Nuestros compatriotas reconocieron a los hijos de *Cúchares* y les dijeron: “¡Viva Ponciano Díaz!”, “¡Viva!” contestaron los toreros españoles; “¡Muera Mazzantini!”, “¡Muera!” contestaron ellos; “¡Muera España!”, “¡Eso si no!”, dijeron ellos, sacando revólveres y navajas. En la parte contraria se hicieron los mismos aprestos bélicos, y si la policía ¡cosa rara! no acude a tiempo,

²³⁸ Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero*, p. 340.

²³⁹ Enrique de Olavarría y Ferrari, *Op. cit.*, p. 24.

²⁴⁰ *La Patria*, 18 de marzo de 1887, p. 3.

hay una de todos los diablos. Esto pasó el sábado en la noche. Todo esto no viene al caso; el nombre de la culta España está muy elevado para que se le mezcle en estas cuestiones triviales.

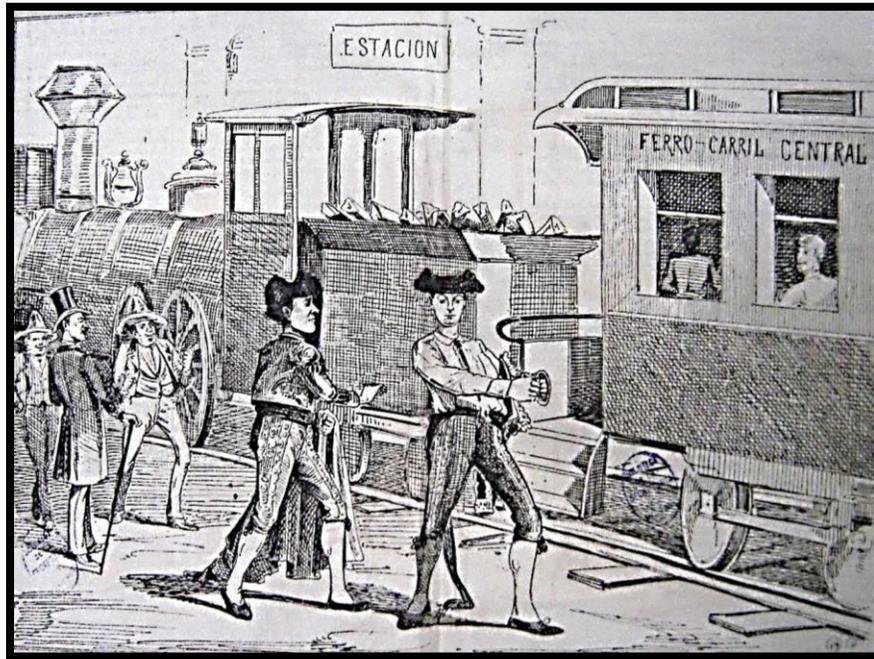


Ilustración 18. "—De esta tierra de salvajes ni el polvo quiero", en *El Mono Sabio*, 26 de noviembre de 1887, p. 4.

La prensa, como siempre, estaba dividida. Algunos periódicos, como *El Tiempo* y *El Siglo Diez y Nueve*, aseguraban que los disturbios la tarde de la corrida fueron iniciados por centenares de individuos descalzos y descamisados que no habían entrado a la plaza, sino que se resguardaron premeditadamente en las pulquerías inmediatas.²⁴¹ No faltó quienes sugirieran que el artífice intelectual de todo el alboroto fue Ponciano Díaz, argumentando que pensó realizar esto desde las presentaciones de Puebla, pero lo frustró el primer éxito del español.²⁴²

²⁴¹ *El Tiempo*, 3 de marzo de 1887, p. 4.

²⁴² Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 128-129.

Por su lado, los que apoyaban al torero nacional argumentaban que el público había tenido razones para actuar como lo hizo, pues la estafa y mala actuación de los iberos era evidente. Según *El Diario del Hogar*, no fueron *pelados o léperos* los que comenzaron a arrojar las sillas y destruir la plaza, sino los mexicanos unidos: “Tanto los de sombrero alto y traje negro, como los charros y gente de pueblo, hacían unánimes e indignados la tal manifestación... Aquello parecía el día del juicio final”.²⁴³

Ponciano Díaz arrendó poco después la plaza de Tlalnepantla y organizó dos corridas como empresario y actor principal. El domingo 20 de marzo la banda militar que precedía su función tocó por primera vez, como dedicatoria a su persona, las danzas tituladas: *¡Ahora, Ponciano!* y *A los toros*, ambas composiciones del maestro filarmónico Miguel Ríos Toledano.²⁴⁴ La salida de Mazzantini fue tomada por los seguidores de Ponciano Díaz como la prueba innegable del triunfo de México sobre España, al menos en cuestión de toros. Para ellos ya nadie podía negar que su ídolo era el número uno de todos los toreros. Con más razón personificaron en él sus ideales del ciudadano mexicano, valiente, bien parecido, dueño de un gran corazón y por vencer a los extranjeros cuando se acercaban peligrosamente.²⁴⁵

El imaginario colectivo llevó las cosas más allá. Muchos vieron en lo sucedido una venganza consumada, un desquite contra los descendientes de aquellos conquistadores que tiempo atrás habían sometido a los americanos. Los nuevos

²⁴³ *El Diario del Hogar*, 18 de marzo de 1887, p. 3

²⁴⁴ *El Arte de la Lidia*, 20 de marzo de 1887, p. 3

²⁴⁵ Gustavo Adolfo Baz, *Un año en México*, p. 50.

invasores, los que pretendían conquistar la tauromaquia nacional, habían sido repelidos por un descendiente de Cuauhtémoc. Sobre esto, Gustavo Baz, escribió:

Ponciano Díaz ha hecho un 1810 en el arte del toreo. Mazzantini es el virrey Apodaca; el Sr. Dedos y Hermosilla son los brigadieres Negrete, Echávarri y Lobato, y el plan de Iguala de esta evolución patrioter, ya que no patriótica, vienen a ser las contratas con los dueños y empresarios de plazas de toros...

Así se divierte una parte de la humanidad, así fijan algunos su ideal de patria en un joven arrojado, buen mozo, con el corazón más grande que todo el redondel, y que supera a extraños cuando toca un clarín la hora de peligro. Parece que estamos en la época de los romances moriscos, y sí estamos en ella. Hay entre nosotros una raza valiente, amante del peligro, impresionable; a esta raza le hemos abierto la Universidad taurina y le hemos impedido hasta ahora el camino de la Escuela obligatoria. ¿Qué más puede esta raza desheredada, que acordarse de su instinto de patria y de valor, cuando compiten los hombres en frente de las fieras, y cuando el clarín toca a muerte, y el crepúsculo vespertino tiñe de rojo los horizontes y las lejanas cúspides de nuestra cordillera?...²⁴⁶

Después de sus presentaciones en Tlalnepantla, Ponciano Díaz decidió viajar al Bajío. La noticia desconcertó a sus seguidores, quienes no se explicaban porque se

²⁴⁶ *Idem.*

marchaba cuando estaba disponible la plaza de San Rafael e iban a inaugurarse las de Colón y El Paseo. Respecto a esto, Domingo Ibarra nos dice que se marchó para evitar que volvieran a suscitarse incidentes contra los españoles pues, a pesar del escándalo y las muestras de repulsión, algunos miembros de la cuadrilla de Mazzantini se quedaron en México.²⁴⁷

Estuvo trabajando un tiempo en el Bajío, para después viajar a Veracruz, donde se presentó por primera vez el 5 de junio de 1887. Durante esa corrida mató a uno de sus toros con una estocada de volapié, pero no dejó de lado las banderillas a caballo, el jaripeo, las manganas, crinolinas y otros lances de lujo.²⁴⁸ Al terminar sus compromisos en el puerto, regresó a la ciudad de México.

Durante su ausencia habían sido inauguradas las plazas de El Paseo y Colón, ambas por diestros españoles y la plaza de San Rafael estuvo ocupada por una cuadrilla hispana. Estos toreros se diferenciaron de sus antecesores porque realizaron las corridas como lo hacían en su país, siguiendo el ejemplo de Luis Mazzantini y Diego Prieto, quien seguía en México. Por otro lado, como no cesaban de llegar toreros españoles y las plazas capitalinas estaban ocupadas, muchos de ellos comenzaron a trabajar en provincia. Es importante recordar que, hasta entonces, Ponciano Díaz había sido el único espada nacional que se presentaba en toda la república, los demás generalmente lo hacían en sus regiones de origen y

²⁴⁷ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 129.

²⁴⁸ *El Arte de la Lidia*, 5 de junio de 1887, p. 4.

muchas veces, a la llegada de diestros iberos, se ofrecían para trabajar en sus cuadrillas como banderilleros, lazadores, coleadores o picadores.

Tal vez por lo mismo Ponciano Díaz no tenía una cuadrilla fija y cada vez que llegaba a las plazas de provincia contrataba a los mejores elementos de la región. Si bien a veces viajaba con algunos compañeros, por lo general acudía a los nativos de las poblaciones en las que se presentaba. Tampoco tenía preferencia por alguna ganadería en especial, siempre probaba la que había, si era buena volvía a presentarla, pero como no había crianza profesional era casi cosa de suerte que los toros saliesen buenos o malos.

A finales del año de 1887, el 18 de diciembre, se inauguró El Coliseo. Con esa ya eran cuatro las plazas de toros que había en la metrópoli mexicana. Tanto era el entusiasmo por los toros, que hasta en el teatro se estrenaban obras que hacían referencia al tema. Así, en El Nacional y El Principal se presentó por entonces la comedia llamada *¡Ahora Ponciano!*; la puesta en escena hacía referencia a los acontecimientos de ese año, principalmente a las revueltas en la corrida de Mazzantini.²⁴⁹

Otra obra fue *Toreros en México*, de Rafael López de Mendoza, presentada en el teatro Arbeu el 9 de octubre de 1887. Allí todo inicia con una charla de dos presuntos toreros españoles en el café de la Concordia, que echan habladas sobre su forma de torear y supuestos éxitos en su patria. Su plática despierta la curiosidad de los presentes y después de innumerables mentiras son contratados para torear en la

²⁴⁹ *Ibidem*, 24 de abril de 1887, p. 3.

plaza de San Rafael. La corrida es un fracaso pues los embusteros, fingiéndose lastimados, no cumplen con su contrato. La tarde la salva un banderillero mexicano que, sin previa escuela, logra lidiar a todos los toros de la tarde. Antes de ser conducidos a la cárcel, los charlatanes tienen una charla que termina así: “Pues no son los mexicanos tan... tan... to... tolerantes.”²⁵⁰

En julio de ese mismo año, 1887, aprovechando que Ponciano Díaz se encontraba en la capital, un repórter de *El Nacional* lo entrevistó en el lugar donde habitaba, “una modesta habitación que lleva el número 2 en la casa número 6 de la calle de Nuevo México”. A nuestro torero lo describió así: “un joven moreno, de tez limpia, bajo de cuerpo, cabello negro rizado, bigote castaño, mirada apacible, facciones regulares y llevando un traje cheivot, de cuadros cafés y bancos, con un correcto jacket abotonado hacia arriba y dejando ver sobre el chaleco una modesta leotina de oro.”²⁵¹

Siguiendo el relato del repórter, nos dice que esperaba ser recibido por un “majo” de rapado rostro, cabellera de coleta enroscada sobre el cráneo, pantalón ceñido a la cintura por ancha banda roja, con chaleco abierto que dejara ver una escandalosa pechera de camisa llena de olancitos y de alforjas; y por último, una chaquetilla corta de paño negro orlada de cordones y alamares y dentro de ella una gran navaja de Albacete. Sin embargo lo recibió un joven de baja estatura y aspecto “dulce y

²⁵⁰ Rafael López de Mendoza, *Toreros en México*, p. 39.

²⁵¹ *El Nacional*, 3 de julio de 1887, pp. 3-4.

reposado”, y agregó: “Nuestro PONCIANO es torero, pero no majo; es valiente, pero no fanfarrón; es correcto, pero no presumido.”²⁵²

El relato del repórter está cargado de datos interesantes; sin embargo, al igual que en el caso de Luis Mazzantini, se buscó promover su figura, resaltar cualidades morales e incluso intelectuales. Se dijo que sobre su escritorio había por lo menos “tres decenas libros”, entre los cuales estaban los más célebres tratados de tauromaquia. Sobre su vida íntima, se dijo que vivía con su madre, a la cual reverenciaba con un amor y una idolatría que rayaban en el fanatismo: “Por ella vive, por ella trabaja, por ella quiere nombre y fortuna, por ella no ha pensado jamás en contraer matrimonio pensando que al casarse tendría que separarse de ella, en una palabra, es un hijo modelo, y esa circunstancia le ha traído quizás las bendiciones de la Providencia y el respeto y el cariño de cuantos lo conocen.”

Más descomunales fueron las aseveraciones sobre su popularidad:

“No estamos bastante imbuidos en ella para detallarlo, y además nos faltan tiempo y espacio. Pero bástenos asentar el hecho: PONCIANO es el semi dios de las masas, es el prototipo de todo lo grande para el pueblo. Si un día faltara el Arzobispo de México y se llamase al público que va a los toros para elegir Arzobispo, el Arzobispo sería PONCIANO. Si en las elecciones presidenciales se dejase el voto en manos de los que deliran con los redondeles, PONCIANO sería presidente. Si un día se tratase de derribar el sistema republicano y erigir la monarquía en

²⁵² *Idem.*

México, ya veríamos a miles de admiradores del joven diestro proponer al pueblo el nombre de PONCIANO I para el trono.”²⁵³

Ponciano no vestía de majo, ni usaba coleta, pues no era costumbre mexicana. Contrario a lo que afirmó el repórter, sabemos que no era del todo un joven “dulce, apacible y estudioso”. Durante su vida fue protagonista de varios escándalos, por ejemplo, en enero de 1886, algunos periódicos dieron cuenta de una pelea sucedida en Jalisco entre nuestro torero y don Ricardo Granados, al parecer al calor del alcohol se infirieron insultos y posteriormente pasaron a los golpes, ambos hicieron uso de sus armas y resultaron con algunas heridas, una de las versiones afirma que Ponciano hirió a Granados tirándole su daga a modo de banderilla.²⁵⁴ En diciembre de ese mismo año *La Patria* dijo que, según un periódico de Texas, Ponciano había sido encarcelado en ese estado norteamericano también debido a una pelea.²⁵⁵

A mediados de 1887, cuando Ponciano Díaz regresó a la capital mexicana, estaba iniciando la temporada de lluvias y algunos diestros españoles se preparaban para dejar el país. Antes de salir, el torero Diego Prieto fue entrevistado en el hotel donde se hospedaba por un repórter de *El Partido Liberal*. La entrevista fue reproducida por diferentes periódicos y en ella Prieto habló del zafarrancho que vivió al lado de Mazzantini. Dijo estar consciente de que las demostraciones hostiles e insultos llegaron de afuera, de 20 o 30 pelados que no entraron al espectáculo y no sabían lo que había pasado adentro y de que el culpable de todo fue el ganadero, pues su

²⁵³ *Idem*.

²⁵⁴ En *El Monitor Republicano*, 6 de enero de 1886, p. 3; véase también *El Diario del Hogar*, 8 de enero de 1886, p. 3.

²⁵⁵ *La Patria*, 19 de diciembre de 1886, p. 3.

compatriota nada tuvo que ver con lo pésimo de los toros. Cuando se le preguntó su parecer respecto a Ponciano Díaz, respondió: “El Sr. Ponciano Díaz es un joven valiente, bastante atrevido, ¡lástima que no haya tenido escuela! es un hombre de porvenir. Creo que con el tiempo y poco más de estudio, al dar sus estocadas, será notable”.²⁵⁶

Al parecer, justo cuando terminó la entrevista se presentó el mencionado en la habitación; iba a despedirse y a desear un buen viaje al español. Se dice que ambos habían forjado una grata amistad a partir de que, en una de las presentaciones del mexicano, Prieto reconoció su maestría y le regaló una espada.²⁵⁷

A su regreso a las plazas capitalinas, Ponciano Díaz trabajó en San Rafael y Colón. Poco a poco comenzó a incluir en sus corridas elementos del toreo español, como las estocadas por lo alto, pero jamás abandonó suertes mexicanas que le gustaban a su público, como el jaripeo, manganeo, la monta y las banderillas a caballo.

A principios de agosto ofreció dos corridas en Orizaba y regresó a la capital unos días después, para celebrar una corrida a beneficio propio el domingo 21 de agosto de 1887, en la plaza de Colón, con toros de la hacienda del Tulipán. En los carteles publicitarios, se dirigió a la afición de la siguiente manera:

Soy de los que tienen en su corazón erigido un templo a la gratitud.

Ante sentimiento tan noble, cualquier sacrificio sería pequeño.

²⁵⁶ *El Siglo Diez y Nueve*, 14 de junio de 1887, p. 2.

²⁵⁷ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 130.

No hago ostentaciones de una modestia, tanto menos aceptable, cuanto más alardeada.

Quiero y considero a todos los que por cualquier circunstancia se dedican al difícil arte de toreo.

Para mis amigos, aliento un cariño sin límites y una lealtad limpia y pura. Y para el público que ha llegado con su benevolencia, hasta prodigarme ovaciones que agradezco infinito, no encuentro palabras para demostrarle mis sentimientos.

Ante esos tres factores que obligan mi gratitud, que cada uno tome su parte y apreciando mis humildes trabajos, los acepten como la expresión gráfica de amor a México, de cariño a mis amigos, compañeros y agradecimiento al público. Ponciano Díaz.²⁵⁸

Para esta corrida contrató a los banderilleros españoles Ramón López y Antonio Gómez “El chiquitín”. Seguramente a la gente le gustó la idea de ver al ídolo mexicano trabajar junto a toreros españoles, pues las localidades, tanto de sol como de sombra, se agotaron, algunos calcularon la asistencia en 16,000 personas, desde la barrera hasta la azotea. Del lado de sombra podían verse ministros, banqueros, literatos, comerciantes, empleados, etc. En las gradas de sol, un maremágnum de sombreros anchos y de fieltro. El gentío fue tal que llegó un momento en que ya no cupo en sol, y comenzó a invadir la parte de sombra, tras lo

²⁵⁸ *El Siglo Diez y Nueve*, 19 de agosto de 1887, p. 2.

cual la policía tuvo que intervenir para poner en su lugar a “la plebe” que comenzaba a ocupar un lugar destinado para la “buena sociedad”.²⁵⁹

Desde el principio de la corrida, Ponciano Díaz se dirigió al público de sol pues allí estaban los que lo adoraban y preferían. Su primer toro lo brindó por México y España; el segundo lo dedicó a los concurrentes de sol; el tercero lo ofreció al bello sexo; el cuarto a la memoria de Bernardo Gaviño y el quinto otra vez a los de sol. Los primeros cuatro murieron de estocadas a volapié que entraron hasta la empuñadura, dejando al animal postrado en dos patas, para después morir sin necesidad del puntillero. El quinto murió como gustaba a los aficionados mexicanos, de una estocada de metisaca. Finalmente, el sexto y último de la tarde, fue banderilleado a caballo por él, que en esa suerte tuvo una ligera dificultad, siendo herido su caballo, fue suplido por un integrante de su cuadrilla que puso otro par de banderillas. Para la suerte suprema, Ponciano utilizó una estocada atravesada y un descabello que, dijeron, no se habían visto antes en plazas mexicanas.²⁶⁰

La corrida resultó un éxito y al día siguiente se organizó un baile en honor del torero, en casa de don Manuel H. Rodríguez, situada en la calle de la Merced número 22. Al evento asistió “distinguida” concurrencia que comenzó a divertirse desde las diez de la noche, a las doce cenó y después siguió la música y la bebida hasta las cinco de la mañana.²⁶¹ Seguramente Ponciano Díaz era partidario de “la buena vida”, esto es, de comer sin restricciones y beber sin preocupaciones.

²⁵⁹ *El Arte de la Lidia*, 22 de agosto de 1887, p. 1.

²⁶⁰ *Ibidem*, 28 de agosto de 1887, p. 1-2.

²⁶¹ *Ibidem*, 28 de agosto de 1887, p. 4

Los cambios efectuados por Ponciano en la última corrida hicieron que más de uno opinara que estaba adelantado, es decir, que había mejorado de manera notable. Los meses siguientes no sólo actuó con banderilleros españoles, sino con matadores, ya sea mano a mano, o contratándolos como segundos espadas. El primero de estos encuentros se llevó a cabo el 4 de septiembre en la plaza de Colón. La corrida fue a beneficio del español Manuel Díaz Lavy, “El Habanero”; en ella, ambos matadores lidiaron seis toros de las ganaderías del Cazadero y de Jalapa. Desafortunadamente, la tarde no fue buena para ellos; las crónicas cuentan que el español comenzó mal desde el primer toro, mientras el mexicano estuvo bueno en el segundo y regular en los demás.

Como era de esperarse el público estuvo del todo dividido, de aquí que entre los concurrentes se cambiaran palabras ofensivas, teniendo que intervenir la policía para evitar que las disputas pasaran a mayores. Tal parece que, a pesar de que no hubo golpes, algunos caballeros arreglaron duelos que se llevaron a cabo en las afueras de la ciudad.²⁶² Respecto a los insultos entre ambos bandos, *El Arte de la Lidia* exhortó de la siguiente manera a los taurinos:

Seamos todos, mexicanos y españoles, enteramente imparciales en nuestros juicios; aplaudamos el mérito donde quiera que se encuentre, pero procurando, cuando en esas diversiones nos encontremos, no herir con términos inconvenientes, ni con palabras insultantes el amor propio

²⁶² *Ibidem*, 11 de septiembre de 1887, p. 1.

de los que nos escuchan y de los que en esos momentos exponen su vida en el redondel por ganarse un pan honradamente.

Respetemos el derecho de cada cual para emitir libremente sus opiniones, según sus simpatías y sus conocimientos en el arte; pero creemos que esto puede hacerse sin injuriar a los que no piensan como nosotros. El león hispano y el águila mexicana están por demás respetados en el mundo, para que procuremos honrarlos más con el éxito que obtengan en las lides taurinas los descendientes de Cuauhtémoc y los nietos de Pelayo. La redacción del *Arte de la Lidia* hace voto porque no se interrumpa, por esas discusiones infundadas, la armonía que felizmente reina entre ambos ya que el destino los unió con religión, con el lenguaje y con las costumbres.²⁶³

Siete días después, el 11 de septiembre de 1887, a pesar de la situación conflictiva entre aficionados nacionalistas e hispanistas, Ponciano Díaz tomó parte en otra corrida, a beneficio del diestro español José Machío. En esta ocasión, casi todo el público lo aplaudió a él y vituperó al segundo.²⁶⁴

Para celebrar el 77º aniversario de la Independencia, Ponciano dio una corrida gratuita, que dedicó a los artesanos obreros de México. El espectáculo se celebró en la plaza del Paseo y a su lado participaron los españoles Ramón López y Antonio Gómez, quienes también prestaron sus servicios gratuitamente. Unos días después,

²⁶³ *Idem.*

²⁶⁴ *El Municipio Libre*, 15 de septiembre de 1887, p. 1.

el Ayuntamiento capitalino regaló a Ponciano un reloj de oro por su papel en las festividades.²⁶⁵

Las situaciones conflictivas entre los dos bandos fueron apaciguándose poco a poco, y es que, para placidez de los hispanistas, Ponciano Díaz parecía entender que tenía que cambiar las usanzas mexicanas por las españolas. Por su parte, él continuó contratando banderilleros iberos y se siguió presentando mano a mano con matadores de esa nacionalidad, aparte de asistir a sus corridas y obsequiarles algún detalle. Con eso mostró a sus detractores que no estaba peleado con el cambio. En cuanto a sus simpatizantes, lo siguieron apoyando pues, en sus presentaciones, los picadores salían aún vestidos de charro, no faltaban las banderillas a caballo puestas por él y con frecuencia se incluían las suertes del jaripeo.

Otro elemento que incrementó su popularidad fue que se prestaba a participar en cuantas corridas de beneficio tenía invitación. En los últimos cuatro meses de 1887 tomó parte en tres de espadas españoles, una en favor de la primera doctora mexicana, Matilde Montoya, y otra para las cigarreras mexicanas. La que conmovió más al público mexicano fue la realizada a beneficio de la señorita Montoya pues, según la prensa, con los fondos recaudados se compraron a la beneficiada los libros de medicina e instrumentos quirúrgicos que necesitaba.²⁶⁶

²⁶⁵ *El Diario del Hogar*, 23 de septiembre de 1887, p. 2.

²⁶⁶ En septiembre de 1887 Ponciano Díaz estuvo en una corrida a beneficio del español Ramón López y le regaló una leontina de oro, *El Arte de la Lidia*, 18 de septiembre de 1887, p. 4.

Su trabajo gustaba tanto que los mismos españoles que trabajaban con él o asistían como espectadores bajaban al ruedo y lo cargaban. Para esas fechas solía presentarse en sus corridas su amigo y admirador Joaquín de la Cantolla y Rico, quien frecuentemente hacía ascensiones en globo antes de la función. La amistad y confianza entre el aeronauta y el torero fue tanta que, en más de una ocasión, Cantolla quiso torear con Ponciano, pero afortunadamente nunca se lo permitieron.²⁶⁷

Con el transcurrir de los meses, los aficionados olvidaron las malas actuaciones de Ponciano en la plaza de San Rafael y los zafarranchos durante la presentación de Mazzantini. Pero la riña entre bandos volvió a surgir cuando, en septiembre de 1887, varios periódicos mexicanos anunciaron el regreso de éste y de Diego Prieto.

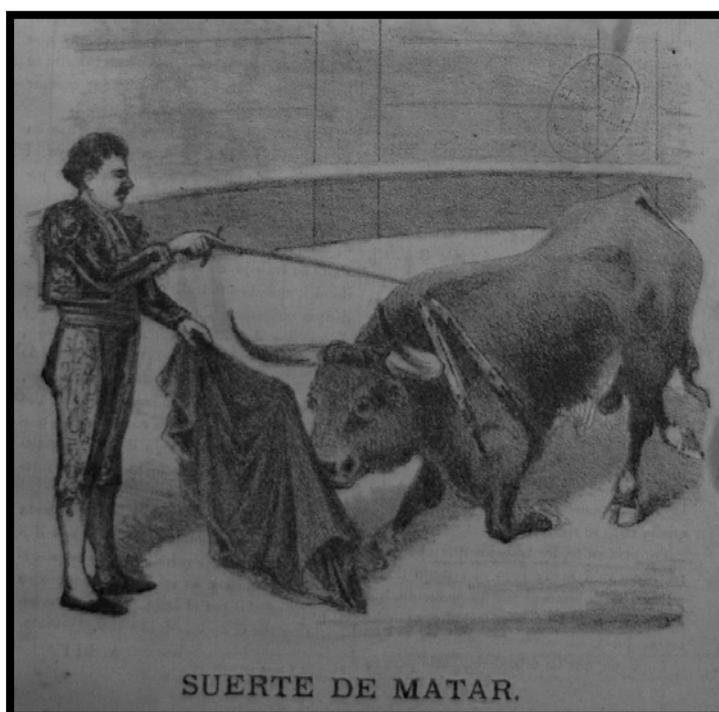


Ilustración 19. "Suerte de Matar" ejecutada por Ponciano Díaz, en *El Mono Sabio*, 14 de enero de 1888, p. 1.

²⁶⁷ *Ibidem*, 14 de noviembre de 1887, p. 3.

3.3 El regreso de Luis Mazzantini.

Mazzantini será muy bueno, pero el pueblo mexicano, a nadie le pide nada, mientras tenga a su Ponciano, ¡Maten al toro! ¡Maten al toro!²⁶⁸

La noticia de que Mazzantini y Prieto regresarían a México se anunció en diferentes periódicos nacionales, entre ellos *La Patria*, *El Siglo Diez y Nueve*, *La Crónica*, *El Partido Liberal* y *El Arte de la Lidia*. Se dijo que esta vez no llegaban juntos, sino que cada uno trabajaría con su propia cuadrilla y también que, para evitar otro zafarrancho, traerían consigo ganado de lidia español. Como vimos anteriormente, la salida del país de Diego Prieto fue bastante tranquila; de hecho, ya mencionamos que entre este diestro y Ponciano Díaz había buenas relaciones.²⁶⁹

La situación era diferente con Luis Mazzantini, su salida fue vista por los nacionalistas como el triunfo de su ídolo sobre el torero español, estaban seguros de que éste no regresaría pues, según los informes de la prensa, así lo había jurado. Sin duda, si esa promesa fue cierta, una suma monetaria considerable llevó a Mazzantini a olvidar lo sucedido.

En efecto, la empresa que lo contrató le ofreció un estipendio de 35,000 pesos oro por doce corridas y una extraordinaria a su beneficio y se comprometió a cubrir los gastos de su pasaje, tanto de ida como de vuelta, y el hospedaje de su cuadrilla. De igual manera tenía la obligación de pagar la renta de las plazas y el costo del ganado español y su traslado. Se estableció que, junto con este ganado, lidiaría ganado

²⁶⁸ Citado en Armando de María y Campos, *Vid. Supra*, p. 128.

²⁶⁹ *El Siglo Diez y Nueve*, 14 de junio de 1887, p. 2.

mexicano y el costo del mismo correría también por parte de la empresa. El ganado español, a petición de Mazzantini, sería de las ganaderías de don Vicente Martínez, del Conde de Patilla, del Duque de Veragua y de don Agustín Solís.²⁷⁰

La única responsabilidad de Mazzantini, aparte de su trabajo como matador, era la organización de una cuadrilla de toreros en su país que lo acompañara a México.

El personal elegido fue el siguiente:

- Espadas: Luis Mazzantini, Valentín Martín y Gabriel López “Mateito”.
- Picadores: Manuel Martínez “Agujetas”, José Bayard “Badila”, Manuel Pérez “Sastre” y Manuel Rodríguez “Cantares”.
- Banderilleros: Victoriano Recatero, Tomas Mazzantini, José Gálea, Francisco de Diego “Corito”, Ramón López y Luis Recatero “Regaterillo”.
- Puntillero: Romualdo Puerta “Montañés”.²⁷¹

El día que Mazzantini llegó a la estación de Buenavista, una multitud lo recibió calurosamente, aunque no pudo evitarse que algunos profirieran silbidos y mueras. Se dice que en las mercerías de la ciudad se vendieron muchos silbatos y hubo personas que los repartieron en las calles aledañas.²⁷²

Días después de su llegada, en *La Voz de México* y *El Monitor Republicano* se publicó que la empresa de Mazzantini estaba haciendo una guerra sucia contra Ponciano Díaz, por temor a que la popularidad de éste dañara a la del español. Según estos rumores, se intentó impedir que el mexicano alquilara alguna de las

²⁷⁰ *El Toreo*, 26 de septiembre de 1887, p. 2.

²⁷¹ *Idem*.

²⁷² *Ibidem*, 11 de diciembre 1887, p. 2.

plazas de la capital, pero Ponciano desembolsó una fuerte suma para construir un redondel propio, donde nadie pudiera ponerle inconvenientes. Se contaba también que, en caso necesario, sus enemigos estaban dispuestos a sobornar al Ayuntamiento para que impidiera sus corridas.²⁷³

Ante tales acusaciones, la empresa de Mazzantini pidió que se publicara una carta que negara la existencia de dicha guerra y aseguró que no había deseos de poner en competencia a los diestros españoles con el torero nacional. Según ella, la guerra solo existía en la capciosa imaginación de los fanáticos, que más perjudicaban que favorecían a Ponciano.²⁷⁴ Cierta o no dicha maquinación, el hecho es que el matador mexicano salió a provincia. Según la prensa, desde antes de la llegada de Mazzantini había sido contratado para dar ocho corridas en Villa Laredo, Tamaulipas, pero se aseguró que regresaría en enero para estrenar su plaza.²⁷⁵

No era sorprendente que Ponciano Díaz quisiera convertirse en empresario, ni que tuviese deseos de construir su propia plaza pues contaba con amplia experiencia, conocía muy bien la organización del espectáculo y probablemente había juntado suficiente capital para ello desde sus inicios como torero. Se sabe que a menudo hacía corridas a beneficio propio y también que algunas veces vendía los caballos con los que banderilleaba, así que contaba con recursos. Las primeras noticias sobre su plaza habían salido en los periódicos desde octubre de 1887 y los

²⁷³ *La Patria*, 2 de diciembre de 1887, p. 1.

²⁷⁴ *Ibid*, p. 2.

²⁷⁵ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 134.

adelantos se fueron dando a conocer poco a poco, hasta el día del estreno, que se llevaría a cabo el 15 de enero de 1888.²⁷⁶

Ante el regreso de Mazzantini, *El Mono Sabio*, periódico taurino nacionalista que comenzó a publicarse a finales de 1887, exclamó burlescamente: “¡Ya regresa en pos de... P... Polvo!”.²⁷⁷ Por su parte, Gustavo Baz escribió acertadamente que si bien Mazzantini había salido de México sin tiempo para quitarse el traje, también había salido con los bolsillos repletos y con ánimos de volver.²⁷⁸ Al parecer, las ganancias que tenía en América eran superiores a las que podía aspirar en la península, donde la competencia era mayor y no era el centro de atención, ni esa figura mediática.

Su primera corrida se tenía planeada para el 8 de diciembre, pero debido a un problema con el Ayuntamiento se llevó a cabo tres días después. Ese día, refiere *La Defensa Católica*, asistió lo más selecto de la sociedad mexicana y era de esperarse pues los precios no eran para nada accesibles. Hubo incluso quienes trataron de hacer su agosto de manera ilegal pues el día de la presentación varias personas llegaron con boletos falsificados, que inmediatamente fueron notados por los empleados de las puertas, deteniendo en el acto a mucha gente.²⁷⁹

Durante la primera corrida de Luis Mazzantini y sus compañeros, todos los toros lidiados fueron españoles pero, pese a lo que se esperaba, no salieron bravos, lo

²⁷⁶ *El Tiempo*, 2 de octubre de 1887, p. 4

²⁷⁷ *El Mono Sabio*, 20 de noviembre de 1887, p. 4

²⁷⁸ Gustavo Baz, *Op. Cit.*, p. 47.

²⁷⁹ *La Patria*, 15 de diciembre de 1887, p. 3.

cual molestó al público que, con todo, lo aguantó con la esperanza de que por lo menos los matadores hicieran bien su trabajo. Sin embargo, éstos estuvieron poco afortunados y la prensa clasificó la corrida de regular, muy lejana de lo que los aficionados esperaban.²⁸⁰

Por su parte, *El Mono Sabio*, argumentó que no era de sorprender el orden que hubo durante las corridas, pues el lugar estaba lleno de personal de seguridad. En su opinión, si la plaza se llenó fue por los 400 soldados, 160 gendarmes, 16 bomberos, 100 oficiales francos y de servicio y quién sabe cuántos policías más; además de los 200 del público que se colaron, 200 que se tragaron el anzuelo y compraron boletos falsos, y otros tantos amigos invitados.²⁸¹

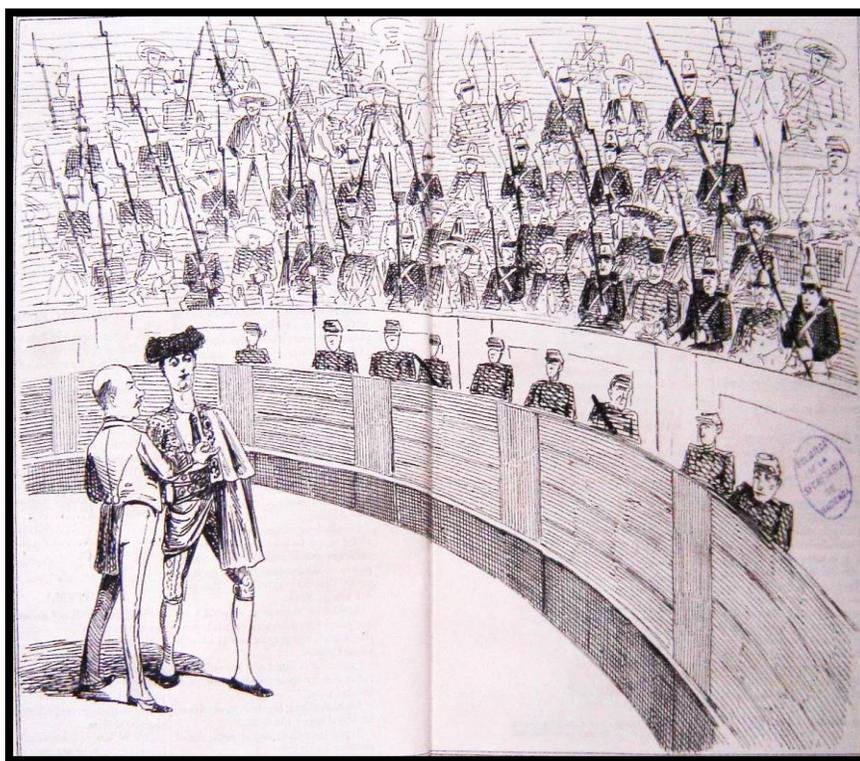


Ilustración 20. "Casa Llena", en *El Mono Sabio*, 17 de diciembre de 1887. p. 3.

²⁸⁰ *La Defensa Católica*, 15 de diciembre de 1887, p. 3.

²⁸¹ *El Mono Sabio*, 17 de diciembre de 1887, p. 3.

Parece ser que dentro de la plaza no hubo ninguna muestra hostil hacia los diestros iberos, pero no sucedió lo mismo afuera, donde a pesar de las precauciones tomadas, no pudo evitarse que algunos individuos reunidos en las puertas gritaran ofensas a la salida; la policía restableció el orden momentáneamente y los toreros pudieron abordar los coches que los esperaban.²⁸²

El primero era ocupado por Mazzantini y estaba resguardado por una sección de la gendarmería montada; luego seguían otros dos llevando al resto de la cuadrilla y detrás “una bola de pelados”. Al llegar al Caballito, situado entonces en la avenida Reforma, nuevamente comenzaron a caer piedras y una le tocó a Mazzantini en la espalda. Tal parece que la policía tuvo que disparar a los atacantes y aprehender a varios.²⁸³ Los coches continuaron después su camino rumbo al Hotel Gillow, a donde los toreros estaban hospedados. Una vez allí, el “populacho” se aglomero frente al edificio y gritó mueras a su gusto, que no cesaron sino hasta las 7 de la noche, hora en que todos se dispersaron y nadie más se ocupó del asunto por ese día.²⁸⁴

Antes de la segunda corrida de los españoles, el miércoles 14 de diciembre, Ponciano Díaz y Mazzantini se reunieron en la casa de Feliciano Rodríguez. Algunos pensaron que arreglarían un duelo, cosa de moda para terminar con las rivalidades, pero no fue así. La reunión tenía el sencillo fin de que se conocieran. Entre los concurrentes estuvieron los diputados Luis Pliego, Ricardo Ornedo y el

²⁸² *El Monitor del Pueblo*, 15 de diciembre de 1887, p. 2

²⁸³ Enrique de Olavarría y Ferrari, *Op. cit.*, p. 43.

²⁸⁴ *Ibid.* p. 44.

licenciado Luis G. Lozano. Hecha la presentación, los dos diestros se hicieron protestas de amistad, conversaron de diferentes temas y posteriormente compartieron una comida, antes de la cual se brindó por la unión de México y España.²⁸⁵

Un día antes de la segunda corrida de Mazzantini, el 17 de diciembre, se estrenó el coso taurino llamado del Coliseo. La cuadrilla inaugural fue la de Diego Prieto, quien se había ganado la estima de los taurófilos nacionalistas. Al igual que en las corridas de Ponciano, la parte de sol presentó un lleno completo, mientras en sombra la entrada fue regular. Según las crónicas, la corrida fue en general buena y la suerte de picar ejecutada por mexicanos con su usual traje de charro. Al parecer, el ganado no fue espléndido, pero sí cumplió con su deber.²⁸⁶

Durante la segunda corrida de Mazzantini, el 18 de diciembre, tres toros españoles de la ganadería de Aleas alternaron con tres mexicanos de Cieneguillas. La corrida fue bastante lucida y el torero hispano tuvo la galantería o estrategia de brindar sus toros al departamento de sol. Cuenta el cronista Enrique Chávarri, citado por Olavarría y Ferrari, que para ese momento la excitación de los primeros días se había calmado: “los que errando la senda del patriotismo proclamaban que el verdadero arte del toreo era el de México y Ponciano su profeta iban convenciéndose de que ese espectáculo genuinamente español debía jugarse a la

²⁸⁵ *El Monitor del Pueblo*, 16 de diciembre de 1887, p. 2.

²⁸⁶ *El Siglo Diez y Nueve*, 19 de diciembre de 1887, p. 2.

española, y ya en la corrida del 18 no hubo escándalo alguno y las suertes de la cuadrilla del famoso diestro fueron celebradas y aplaudidas sin reserva”.²⁸⁷

En total, Mazzantini dio diez corridas seguidas en la plaza Colón. A saber por las crónicas, algunas fueron muy lucidas, aunque sólo pudieron disfrutarlas los adinerados que pagaron los costosos precios de entrada. El domingo 8 de enero de 1888 tuvo lugar su beneficio en la plaza Colón; en esa ocasión, el público le aventó, entre otras cosas, sombreros, puros y hasta relojes con cadenas de oro. Entre los espectadores se encontraba Ponciano Díaz, lujosamente vestido de charro; Mazzantini tuvo la galantería de dedicarle la muerte de su quinto cornúpeto y al tiempo de hundir la espada gritó “¡Viva México!” Ponciano saltó entonces al redondel y premió su faena con un estrecho y prolongado abrazo.²⁸⁸ Sobre este acontecimiento, *El Hijo del Ahuizote* publicó una caricatura en la que se aprecia el abrazo entre los toreros, al fondo están Zúñiga y Miranda y Joaquín de la Cantolla y Rico, el primero contando la duración, el segundo sosteniendo un cronometro.²⁸⁹

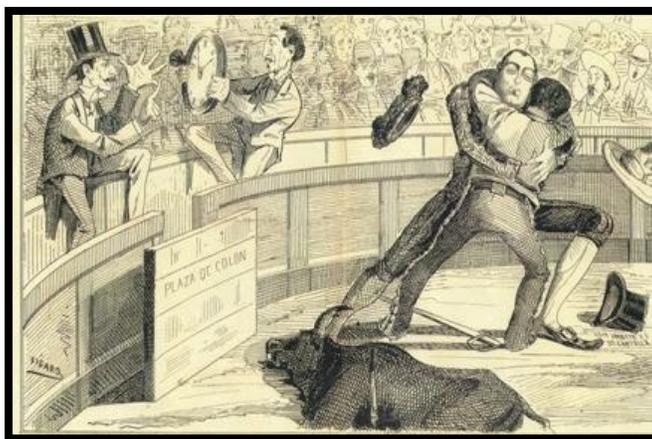


Ilustración 21. [La conciliación, el abrazo entre Mazzantini y Ponciano Díaz], en *EL Hijo del Ahuizote*, 15 de enero de 1888, p. 3.

²⁸⁷ Enrique de Olavarría y Ferrari, *Op. cit.*, p. 45.

²⁸⁸ *El Partido Liberal*, 10 de enero de 1888, p. 4.

²⁸⁹ *El Hijo del Ahuizote*, 15 de enero de 1888, p. 4.

Este hecho significo para la prensa y los aficionados el fin de la batalla, la conciliación de ambos bandos, y una naciente “amistad” tras la cual Mazzantini ya no tenía que estar tan preocupado por su seguridad. En realidad se le dejó trabajar en paz, aunque las preferencias de los aficionados seguían divididas. Tras sus “supuestos” éxitos, se comenzaron a escribir nuevamente historias fantasiosas sobre él; su figura comenzó a circular nuevamente en los medios, algunos afirmaban que al día siguiente de sus corridas, largas filas de pobres esperaban una limosna suya, tantos que el torero había invertido todas sus ganancias en socorros.

De esta manera surgió un mito, mismo que ayudaría a la fama del diestro español y finalmente cambiaría la opinión pública. Transcribimos una de estas historias fantasiosas, que fue publicada en casi todos los periódicos nacionales, esta es sólo un ejemplo de muchas más que se crearon por esos días:

Salía hace pocos días del hotel Iturbide acompañado de su hermano, otro diestro de gran renombre, y de improvisto le salió al encuentro una señora preguntándole:- ¿Es vd. el señor Mazzantini? – Servidor de vd., le contestó con toda política. Entonces la señora le contó una lastimosa historia; cómo, habiendo gozado ella en otro tiempo de desahogada posición, estaba reducida a la miseria, y cómo habiendo llegado a su noticia la munificencia del diestro español se había decidido, venciendo su vergüenza, a pedirle que la auxiliara en su terrible y desesperada situación. El acento de la señora era tan conmovedor y tan lamentable la situación que refería, que Mazzantini no vaciló, tomó de su cartera un billete de a cien pesos y lo entregó a la desdichada, y en seguida

recomendó a su hermano que en un coche acompañara a su protegida a su casa, que se informara si algo debía de renta, y que le pagara un año de alquileres.²⁹⁰

Aparte de sus comentados actos piadosos, Mazzantini acudió en varias ocasiones a diferentes teatros, donde participaba como actor improvisado para diversos espectáculos que se organizaban con fines altruistas. Su primera presentación en nuestro país fue el 25 de diciembre de 1887, en el Teatro Nacional; el espectáculo era a beneficio del actor Francisco Solórzano. Se dice que la curiosidad por ver si Mazzantini tenía tanta maestría en el foro como en el ruedo provocó que el teatro se llenara; el diestro personificó a un vecino medio alegre que equivocó la puerta de su cuarto y se coló en la habitación de una dama casada. Al finalizar, aunque no era bueno como actor, recibió innumerables aplausos.²⁹¹

La esposa del presidente Díaz, doña Carmen Romero Rubio, tampoco desaprovechó la creciente popularidad de Mazzantini y le pidió que participara en una representación a beneficio de la *Casa Amiga de la Obrera* y, por supuesto, el torero no se negó. Esta segunda presentación también fue en Teatro Nacional y tuvo lugar el 7 de enero de 1888. El presidente y su esposa concurrieron al espectáculo.

Una tercera participación teatral de Mazzantini se daría el 20 de enero en el Principal, en esta ocasión con el drama “Un cochero riojano”, del literato español

²⁹⁰ Enrique de Olavarría y Ferrari, *Op. cit.*, p. 44.

²⁹¹ *Ibid.* p. 47.

Pedro de Marquina.²⁹² Así, poco a poco, Mazzantini se convertía en el héroe del momento. Sin embargo, la popularidad del español no superaba aún la del mexicano. Por esos días un periódico publicó los siguientes párrafos sobre Ponciano Díaz:

Este conocido torero cada día adquiere mayores simpatías por su conducta y por sus nobles miras. Ponciano no es ciudadano vulgar; estudioso, honrado y trabajador; sus aspiraciones se cifran sólo en la felicidad de la mujer que le dio el ser, mujer en quien Ponciano se venera. Este diestro, por sus aspiraciones, su conducta y las dotes que le adornan, es digno de toda consideración y respeto.

Así, no extrañamos que el pueblo de México le distinga y quiera.

Nosotros sabemos que Ponciano Díaz gasta actualmente más de \$ 100.00 al mes en adquirir una ilustración sólida y variada: tiene maestros de inglés, francés e italiano, y otros idiomas. Lee, estudia.²⁹³

Otro ejemplo ocurrió el 6 de enero de 1888, cuando una cuadrilla integrada por jóvenes sevillanos realizó una corrida en Tlalnepantla en su honor. Se dice que bastó que en los carteles se mencionara su nombre para que la plaza se llenara por completo. Desafortunadamente el trabajo de los jóvenes no gustó y los espectadores dejaron caer sobre ellos una lluvia de naranjas.²⁹⁴

²⁹² *El Siglo Diez y Nueve*, 14 de enero 1888, p. 3.

²⁹³ *El Siglo Diez y Nueve*, 20 de diciembre de 1887, p. 3.

²⁹⁴ *El Diario del Hogar*, 8 de enero de 1888, p. 3.

Dos días después, el 8 de enero, Mazzantini celebró una corrida a beneficio suyo. Asistió lo más selecto de la sociedad de mexicana, incluidos el presidente Díaz y su esposa. También estuvo Ponciano Díaz, quien suspendió la inauguración de su plaza, programada para ese día, con la intención de no perjudicar al torero español. Como era de esperarse, el primer toro fue dedicado al presidente de la república, Mazzantini lo brindó con las siguientes palabras: “Por la inteligencia del señor presidente; por sus amigos; por los míos; por México y España y por las mujeres bonitas de esta tierra”.²⁹⁵

El segundo toro fue ofrecido al público de sol. El tercero a los toreros españoles Valentín Martín y Gabriel López, que estaban como espectadores. El cuarto no tuvo brindis y murió sin más galanterías. El quinto, el mejor de la tarde según las crónicas, fue dedicado a Ponciano Díaz con estas palabras: “Doy mil gracias a mi querido amigo y compañero, por haber diferido hoy el estreno de su plaza a causa de mi beneficio; le dedico la muerte de este toro, y le deseo más gloria que para mí mismo”.²⁹⁶ Ponciano, terminada la faena del español, correspondió a estas palabras bajando al redondel y felicitándolo con un abrazo y acto seguido los concurrentes gritaron vivas a los dos toreros, a México y a España.²⁹⁷ El sexto y último toro de la tarde fue muerto, de manera inteligente y acentuando la reconciliación, con una estocada de metisaca que gustó mucho a los concurrentes. Finalmente, ambos

²⁹⁵ *El Siglo Diez y Nueve*, 10 de enero de 1888, p. 2

²⁹⁶ *Idem*.

²⁹⁷ Olavarría y Ferrari, *Op. cit.*, p. 51

toreros cedían, dando paso a que la decisión corriera por cuenta de los únicos a quienes correspondía definir el porvenir de la tauromaquia del país: al respetable.

Mientras Mazzantini seguía trabajando en la plaza Colón, Ponciano Díaz inauguró su plaza, llamada por su ubicación, plaza de toros de Bucareli, el 15 de enero. El estreno fue un suceso notorio del cual se encargaron muchísimos periódicos y todos coincidieron en que la gente se aglomeró para alcanzar una localidad. El departamento de sol se llenó por completo, hasta la azotea, y el de sombra se veía también cubierto, aunque no a reventar como el otro.²⁹⁸

En los carteles y programas que anunciaban el estreno de su plaza, Ponciano Díaz dirigió “al público en general” las siguientes líneas:

Sin pretensiones, sin rivalidad alguna, vengo en esta temporada a que los individuos que forman mi cuadrilla lidien toros de las mejores ganaderías del país, y por mi parte yo solo me comprometo a dar lo poco que sé y que puedo alcanzar para retribuir en algo las simpatías de que soy objeto y las que agradezco más mientras menos las merezco.

Si el público mexicano acoge benévolo y cariñoso mis humildes trabajos y los de mi cuadrilla, quedarán satisfechos mis deseos.

Aprovecho la oportunidad para dar públicamente las gracias a los señores ingenieros Ángel Yermo y Alberto Malo, por el interés que

²⁹⁸ *La Patria*, 17 de enero de 1888, p. 3.

tomaron en la construcción de la mencionada plaza, así como a todas las personas que de alguna manera cooperan para su construcción.²⁹⁹

Como era costumbre durante el siglo XIX, la plaza fue hecha toda de madera; tenía dos amplias entradas para el departamento de sol, otras dos para el de sombra y una más exclusiva para las cuadrillas. Estaba ubicada casi al final del Paseo Nuevo de Bucareli, muy próximo a la garita de Belem, a lado de la estatua de Carlos IV. Era muy espaciosa y podía contener cómodamente a 8,000 espectadores. Por dentro había una sola línea de lumbreras con sus arcos adornados; catorce gradas en sombra, 36 palcos con ocho asientos cada uno y 16 gradas en sol. Ponciano Díaz sabía que sus seguidores eran principalmente gente del pueblo y tal vez por esta razón dos tercios de la plaza fueron destinados para el departamento de sol. Contaba también con un palco presidencial, sobre el cual estaba la cabeza disecada del toro que dio muerte a Bernardo Gaviño. El redondel tenía un diámetro de 38 metros y estaba protegido por una barrera de 1.50 metros de altura.³⁰⁰

La cuadrilla con la que Ponciano Díaz se presentó para la inauguración estuvo integrada únicamente por mexicanos:

- Capitán: Ponciano Díaz Salinas. (Elegante traje morado y oro)
- Banderilleros: Ramón Márquez, Rafael Calderón de la Barca, Felicitos Mejía, Mercadilla y “El Tanganito”.
- Seis picadores con el traje nacional de charro.

²⁹⁹ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 149-150.

³⁰⁰ *Ibid.* p. 151-152.

- Un arrastrador
- Cuatro “monos sabios” con trajes nuevos y a rayas de colores.

Para cuidar el orden dentro de la plaza se dispuso del batallón de Zapadores y la gendarmería de a pie; en el exterior, calzadas de Bucareli y Belem, de la montada. La música que amenizó el espectáculo estuvo a cargo de Pedro N. Inclán, quien compuso para la ocasión la marcha titulada “Ponciano Díaz”, la cual se repartió en papeletas para que todo el público la conociera y también participó la banda de la Escuela Correccional. El ganado que se lidió fue de las ganaderías de Jalpan, Estancia Grande y Maravillas.³⁰¹

A las tres en punto, se presentó en el palco presidencial el regidor Abraham Chávez y ordenó el toque de llamado para que saliera la cuadrilla. Desde ese momento, la gente se emocionó pues Ponciano Díaz llevaba puesto un hermoso traje español, regalo del diestro Diego Prieto. Inmediatamente, el público arrojó flores y bajaron al redondel dos niños y una niña. Uno estaba vestido como general, el otro de indio zacapoaxtla, y la niña con un traje de china poblana.³⁰²

Los pequeños llevaban obsequios, entre ellos una corona de laureles, un cuadro con la imagen del torero, unas zapatillas y una espada. Una de las niñas puso a Ponciano la corona, mientras de la parte de sol se soltaron una multitud de palomas con listones tricolores y papelitos impresos con poemas y versos. Uno de esos

³⁰¹ *El Siglo Diez y Nueve*, 14 de enero de 1888, p. 3.

³⁰² Moisés González Navarro, *Historia Moderna de México...*, p. 736.

papeles contenía las palabras que la niña dijo a Ponciano en el momento de la coronación:

Sr. Ponciano Díaz: Admiradora de las glorias que tan justamente habéis alcanzado en el arte del toreo, y asombrada por vuestros compatriotas, os ofrezco este cuadro y esta espada; que ella os saque con bien aquí y en todas partes: porque el que es buen hijo será buen esposo, amante padre y fiel amigo, y así vivirá siempre feliz, que es lo que desea vuestra servidora. Josefa Romero.³⁰³

También el célebre Joaquín de la Cantolla bajó al redondel y le obsequió un paquetito cuyo contenido se desconoce. Una vez en la corrida y pasados al último tercio del primer astado, Ponciano tomó los trastes de matador y se dirigió a la lumbrera que ocupaba su madre para dirigirle las siguientes palabras: “Por mi patria y porque tú, madre, veas el fruto de mi trabajo”. Después de esto mandó a su toro al otro mundo con un descabello y a la primera. Ese día, todo le salió bien, mató a tres de los toros de soberbios volapiés y al último lo banderilleó a caballo vestido de charro. Al final realizó otras suertes mexicanas, entre ellas, la de lazar un caballo con los pies en tierra.³⁰⁴

El mismo día que la plaza de Ponciano Díaz fue inaugurada, Luis Mazzantini trabajó en la plaza Colón. Según las crónicas, el público que asistió a su corrida fue escaso y hubo quejas pues sólo se jugaron cuatro toros, dos españoles que dejaron mucho

³⁰³ *El Mono Sabio*, 21 de enero de 1888, p. 2.

³⁰⁴ *El Siglo Diez y Nueve*, 16 de enero de 1888, p. 2.

que desear y dos mexicanos que cumplieron con su bravura. Durante la muerte de su astado, Mazzantini que vestía de azul y oro, brindó por “toda esta familia, que es nuestra (refiriéndose a la concurrencia) y porque ojalá haya mucha suerte en la nueva plaza”. Por su parte, Valentín Martín, vestido de grana y oro, brindó por la presidencia de la plaza, por todos los buenos aficionados de México y por la suerte de Ponciano Díaz y su cuadrilla en el estreno.³⁰⁵



Ilustración 22. Ponciano Díaz coronado con laureles, en *México Gráfico*, 2 de septiembre de 1888, p. 1.

Como hasta el momento los dos toros anteriores habían sido mansos y viendo Gabriel López que su toro lo era aún más, el tercer brindis de la tarde fue “por el mal rato que están pasando los aficionados”. El cuarto toro tocó nuevamente a Luis Mazzantini y el último brindis de la tarde fue dirigido al departamento de sol con las

³⁰⁵ *Idem.*

siguientes palabras: “Por el pueblo soberano, es decir, por el pueblo del sol, que es el pueblo más caliente y es el pueblo a quien yo más quiero”.³⁰⁶

El suceso fue aprovechado por ingeniosos productores teatrales y la semana siguiente se presentó en el teatro Arbeu el “Chispeante juguete en un acto”, con letra de Juan A. Mateos y música del maestro José Aestri, llamado “Ponciano y Mazzantini”. Esta representación cómica giró en torno a la reconciliación de poncianistas y mazzantinistas. Al foro asistieron Ponciano Díaz y Luis Mazzantini e incluso prestaron sus trajes para que lo representado tuviera más realismo.

Los festejos por la plaza de Bucareli siguieron toda la semana y cinco días después, el viernes 20 de enero, se llevó a cabo lo que la prensa consideró *bautizo*. La festividad consistió en un jaripeo al que asistieron reconocidos charros mexicanos, algunas familias de la alta sociedad y varios diestros españoles, entre ellos Luis Mazzantini. Fueron padrinos el gobernador del Distrito Federal, el general José Ceballos, el coronel Manuel Rodríguez y el hijo del comerciante español Quintín Gutiérrez.³⁰⁷

Esta fue una fiesta mexicana, en la que Ponciano usó únicamente traje de charro y comenzó con el coleadero y mangleo. Mazzantini, que estaba en las lumbreras como los invitados, bajó al redondel y pidió a Ponciano que sacara un becerro para lidiarlo juntos, Ponciano no accedió, pero Mazzantini insistió tanto que tuvo que intervenir el gobernador, poniendo fin a los deseos del español con base en una

³⁰⁶ *Idem.*

³⁰⁷ *La Defensa Católica*, 26 de enero de 1888, p. 2.

disposición vigente que prohibía la lidia de toros en días de trabajo. Un poco después, Mazzantini bajo nuevamente al redondel para ofrecer una copa de champagne a Ponciano; después montó a caballo e intentó hacer algunas suertes mexicanas, pero no tuvo éxito y regresó a su lugar.³⁰⁸

Con seis plazas de toros en la ciudad³⁰⁹ y con Ponciano y Mazzantini trabajando en ella, el gusto por los toros fue aumentando, hubo incluso quienes se atrevieron a decir que sin opositores al espectáculo y con un pueblo inmaculadamente taurino, el símbolo heráldico de México no debería ser el águila y la serpiente, sino una enorme cabeza de toro con sus dos astas y un montón de banderillas de diferentes colores saliéndole por encima, pues las diferencias entre sus habitantes se reducían a la clasificación de mazzantinistas y poncianistas.³¹⁰

A la plaza de Bucareli asistía la gente del pueblo y algunos individuos de la clase media. A la de Colón iba casi por obligación lo más selecto de la sociedad y más cuando se sabía que haría acto de presencia don Porfirio Díaz y su familia, además de que los precios de entrada eran altos y esto hacía que sólo acudiera concurrencia escogida. En palabras de un periódico conservador: “En esa plaza, aunque en la mitad de la sombra hace sol y en la mitad de éste hace sombra, toda la concurrencia es como de sombra: es decir, decente”.³¹¹

³⁰⁸ *El Mono Sabio*, 28 de enero de 1888, p. 7.

³⁰⁹ Seguramente había más pues en muchos pueblos de los alrededores existían cosos de madera a donde se hacían corridas, pero principalmente jaripeos.

³¹⁰ *La Defensa Católica*, 26 de enero de 1888, p. 2.

³¹¹ *Ibidem*, 26 de enero de 1888, p. 3.

La última corrida de Mazzantini fue el 19 de febrero de 1888. Terminada la temporada, el espada hispano salió del país de manera muy diferente respecto a la primera. Como ya mencionamos, era un hombre ambicioso, con muy buena mano para los negocios; hacía cuantos movimientos podía para aumentar sus ingresos, se dice inclusive que vendió algunos toros españoles a ganaderías mexicanas. Todo parece indicar que durante su estadía propuso a Ponciano Díaz un viaje a la madre patria; el objetivo era presentar en España la tauromaquia mexicana, algo novedoso y que podía dejar muy buenas ganancias.³¹²

3.4 La decisión de viajar a España.

¿Por qué no viene a España el celebrado torero Ponciano Díaz, que tantos y tan justos aplausos recoge en las plazas de su país?³¹³

Entre la segunda mitad de 1888 y la primera de 1889, Ponciano Díaz siguió trabajando en su plaza de Bucareli, aunque también, como de costumbre, viajó y dio algunas corridas en los cosos taurinos de los estados, entre ellos Veracruz, Puebla, Aguascalientes, Tlaxcala, Hidalgo, Chihuahua, Zacatecas y Nuevo León.

Sus éxitos eran conocidos y tenía gran apoyo por parte de sus seguidores, los cuales se aglomeraban en su plaza.³¹⁴ Sin embargo, la prensa mostraba con él una

³¹² Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 170

³¹³ De esta manera el crítico taurino español José Sánchez de Neira invitaba al diestro mexicano Ponciano Díaz a trabajar en su patria, a donde había noticias de sus éxitos y de su supuesta supremacía sobre los toreros españoles, en *La Patria*, 18 de diciembre de 1887, p. 3.

³¹⁴ Un periódico conservador opinaba que el deseo por presenciar las corridas de Ponciano Díaz en su plaza dejaba desagradables consecuencias entre los asistentes. Había gente sofocada por la muchedumbre, hombres heridos por los soldados que resguardaban el orden en las puertas, otros más, descalabrados, y

postura más crítica, tanto así que el periódico taurino que siempre lo apoyó, *El Mono Sabio*, reconoció que se padecía una epidemia de españolismo taurófilo que afectaba a periódicos serios y muy nacionalistas como *El Partido Liberal*, en donde se llegó a decir que, comparadas las corridas de Mazzantini con las de Ponciano Díaz, el diestro mexicano carecía por completo de arte y rompía todas las reglas del toreo clásico.³¹⁵

Por esos días, Eduardo Noriega, quien en 1887 comenzó a publicar el semanario taurino *La Muleta* con la finalidad de fomentar el buen gusto por el toreo español, hizo una entrevista a Ponciano Díaz y trató de convencerlo de la urgente necesidad de torear con muleta, evitar los herraderos, vestir a los picadores y peones con la propiedad requerida, en pocas palabras corregir las transgresiones a las enseñanzas clásicas de que eran reos él y su cuadrilla. A todo le dio la razón tranquilamente salvo en algo que no estuvo dispuesto a discutir: “Por ejemplo, Ponciano, decía el director de *La Muleta*, en la época cuyo traje han adoptado los toreros, con ligeras alteraciones, no se usaban los bigotes... El efecto de los bigotes con ese traje es grotesco; es un terrible anacronismo...”

Ponciano no permitió que su entrevistador continuara hablando y respondió:

¡No, don Eduardo... eso sí que no! ¡Yo no me rasuro los bigotes! ¡Haré lo que usted quiera... recibiré toros... me dormiré en la cuna... me atacaré al toro... no moveré los pies! ¡Pero rasurarme los bigotes... Qué va! ¡Lo

algunos heridos por haber bajado a jugar con el toro embolado, en *La Defensa Católica*, 29 de agosto de 1888, p. 3.

³¹⁵ *El Mono Sabio*, 17 de marzo de 1888, p. 2.

menos que podría sucederme era que me gritaran gachupín y me quemaran la plaza!³¹⁶

A las críticas de este periódico taurino se agregaron otras de más peso, como las del *El Toreo Ilustrado* y *El Noticioso*. Además, Ponciano tuvo algunas malas corridas debido al pésimo ganado y esto dio más motivos a sus críticos para que siguieran con comentarios y comparaciones.

Ponciano Díaz se dio pronto cuenta de que las condiciones habían cambiado y que las influencias hispanas daban su fruto. Se dice que en las tardes se dedicaba a estudiar idiomas, practicar esgrima y leer los compendios del arte taurino que llegaban de España. Lo anterior repercutió en sus actuaciones pues, en palabras de los mismos cronistas, mejoró con la mano zurda y comenzó a matar indistintamente con ambas, tal como hacían los iberos, su capeo se veía más estético y la dirección que daba a su cuadrilla lo hacía merecedor del título de capitán.³¹⁷

Por otro lado, desde finales de 1887, mientras en México seguían los alborotos por la presencia de Mazzantini, José Sánchez Neira, un renombrado cronista español mandó una carta que fue publicada por diferentes periódicos nacionales como *La Patria*, *El Siglo Diez y Nueve* y *La Defensa Católica*. En ella sugería que Ponciano Díaz se presentara en España, a donde sin malicia se le quería conocer pues el eco de sus éxitos y la tauromaquia predominante en México estimulaban la curiosidad:

³¹⁶ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 174-175.

³¹⁷ *El Siglo Diez y Nueve*, 11 de junio de 1888, p. 2.

¿Por qué no viene a España el célebre torero Ponciano Díaz que tantos y tan justos aplausos recoge en las plazas de su país?

Aquella región del mundo es para su mérito estrecha. España lo recibirá con los brazos abiertos, que aplaude sin escatimar los vítores a los rejoneadores portugueses, a los ecarteurs franceses y a cuantos artistas extranjeros vienen a honrarla, y lo haría con mayor gusto y mejor motivo al gran lazador Ponciano que en la suerte de banderillas a caballo no tiene rival. Los aficionados taurinos de esta península, que no hemos visto nunca ejecutar tan difícil suerte, aseguramos, y yo en su nombre, una cordial acogida, y a la prensa mexicana toca esforzarse para la realización de esta idea.³¹⁸

Seguramente la idea no desagradaba a Ponciano, quien finalmente aceptó las proposiciones de Mazzantini, interesado, no en presentarlo como matador a pie, sino como torero a caballo y en que ejecutara las suertes del jaripeo, desconocidas en su país. Para el mexicano el asunto ofrecía ganancias por todos lados; ante sus seguidores, la justificación era viajar a España para presentar la tauromaquia mexicana. Es probable que desde un principio tuviera en mente tomar la alternativa en Madrid, de manos de alguno de los tres grandes toreros de la época: Rafael Molina Sánchez “Lagartijo”, Rafael Guerra “Guerrita” y Salvador Sánchez “Frascuero”. Si todo salía bien, su triunfo le daría legitimidad como torero de a pie y

³¹⁸ *La Patria*, 18 de diciembre 1887, p. 3.

lo pondría a la par de esas figuras, lo que consiguientemente terminaría con las incesantes críticas en su contra.

La noticia del viaje fue anunciada al público por Julio Bonilla en *El Arte de la Lidia* y de ahí la tomaron y anunciaron los demás periódicos nacionales. El discurso que se utilizó para evitar las malas interpretaciones fue negar que Ponciano Díaz viajara con contratos para torear en las plazas de España, sino que su estadía en la península llevaba el único objetivo de conocer los adelantos que había en la tierra clásica del toreo y, si había la posibilidad, ejecutar algunas suertes mexicanas, como las banderillas a caballo, el jaripeo y el jineteo. Se reiteraba que no pondría un pío en la plaza de Madrid, y mucho menos se anunciaría como espada.³¹⁹

Para despedirse del público mexicano, Ponciano dio una corrida en la plaza de Puebla el 25 de marzo de 1889 y otra en su plaza de Bucareli el 12 de mayo. En la primera alternó con el torero Carlos Borrego “Zocato”, otro español que se aventuró a cruzar el océano; y es que entre 1888 y 1889 llegaron muchos más a cosechar los frutos sembrados por José Machío, “El Cristóbal Colón de la torería en México”,³²⁰ y por Luis Mazzantini.

La noticia del viaje causó inquietud en todo el país y los detalles tanto de los preparativos como de su trayecto fueron publicados por diversos periódicos. Días antes, Ponciano disfrutó de espléndidos banquetes ofrecidos por los miembros de

³¹⁹ *El Siglo Diez y Nueve*, 11 de mayo de 1889, p. 3.

³²⁰ De esa manera lo llamaba la prensa burlándose de la vanidad del torero español que presumía de ser el primer espada con alternativa que había llegado a suelo mexicano, donde comenzó a practicar las suertes españolas.

su club: “Sociedad Espada Ponciano Díaz”, agrupación de aficionados que tenía como presidente a uno de los héroes de la batalla de Puebla, el general Miguel Negrete. El día de su partida, una comitiva lo acompañó en el trecho que mediaba entre la plaza de Bucareli, su hogar, y la estación de Buenavista. Al frente del grupo marchó el señor Negrete con el estandarte de la sociedad a la que representaba.³²¹

3.5 La gran aventura, el viaje a España.

Porque no eres sevillano;
no te preocupes, Ponciano:
que ni valor ni osadía
anhela de Andalucía
nuestro pueblo mexicano.³²²

En la península se vivían tiempos de paz y estabilidad política, fundadas, al igual que en nuestro país, en el restablecimiento de la paz y del orden, perdidos antes de 1875 por los enfrentamientos entre republicanos y monarquistas. Para 1889 gobernaba provisionalmente la reina María Cristina de Habsburgo, quien había quedado viuda en 1885 y esperaba que su hijo, Alfonso XIII, cumpliera la mayoría de edad.³²³

En cuestión de toros, en ningún otro país había tanto entusiasmo como en España, principalmente en Madrid. Sobre esto, el viajero italiano Edmondo D’Amicis escribió:

³²¹ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 176-178.

³²² *Ibid.* p. 175.

³²³ Mónica Moreno Seco, *Discreta regente, la austriaca o doña Virtudes. Las imágenes de María Cristina de Habsburgo*, pp. 160-161

La inauguración de las corridas de toros en Madrid es mucho más importante que un cambio de ministerio. Un mes antes se ha extendido el anuncio por toda España; desde Cádiz a Barcelona, desde Bilbao hasta Almería, se habla de los toreros y de la casta de los toros; dispónense viajes de placer entre las provincias y la capital; el que anda escaso de dinero hace economías para procurarse un buen puesto en la Plaza el día solemne; los padres y las madres prometen a los hijos estudiosos que los llevarán a la corrida; los amantes lo prometen a las hermosas; los periódicos aseguran que se tendrá una buena temporada; señalase con el dedo a los toreros escriturados que andan ya por Madrid; corren voces de que han llegado los toros; hay quien los ha visto; se echan empeños por ir a verlos [...] se abre el despacho de billetes para los abonados; acuden en tropel los aficionados, los criados de las familias nobles, los agentes, los amigos encargados de tomar asientos [...] millares de personas no hablan de otra cosa; hay señoras que sueñan con la Plaza, ministros que no tienen ya cabeza para los negocios, viejos aficionados que no sosiegan en el pellejo, obreros pobres que dejan de fumar para tener aquellos pocos cuartos el día del espectáculo.³²⁴

El viaje a España fue uno de los eventos más importantes en la vida de Ponciano Díaz. Consideraba que, si regresaba triunfante se terminarían por fin las críticas y las comparaciones entre él y los toreros españoles. Aunque en un principio lo negó,

³²⁴ Citado en Pascual Millán, *Los toros en Madrid*, pp. 199-200.

evidentemente pensaba tomar la alternativa en el país de donde provenía esta costumbre: España, cuna de la fiesta brava.

Para la aventura transatlántica entrenó a dos de sus caballos favoritos, uno llamado “El General”, regalo del general Negrete, y otro llamado “El Avión”. Ambos eran de preciosa estampa, rápidos movimientos y bastante obedientes. Antes de llegar a España, nuestro torero hizo paradas en los puertos de Cuba y Puerto Rico, donde fue gustosamente recibido e incluso se le ofrecieron contratos para que diera algunas corridas y el público pudiese conocer el jaripeo y sus famosas banderillas a caballo, pero no aceptó y prometió trabajar con ellos a su regreso. Se disculpó diciendo que quería llegar a Santander el día 21 de junio para no perderse ninguna corrida de la temporada española y añadió: “debo recordarles a mis amigos que el principal fin que persigo al visitar a la madre patria, es aprender mucho de los justamente afamados diestros españoles, que estoy seguro no desoirán mi solicitud, una vez que públicamente he dicho que mi trabajo como torero no lo estimo ni puedo estimarlo sino como el del último de los aficionados mexicanos”.³²⁵

Su llegada al puerto de Santander fue dos días después de la fecha esperada, el 23 de junio de 1889. Junto con él bajaron del vapor “Alfonzo III” don Julio Bonilla, el banderillero español Manuel Mejía “Bienvenida” y los picadores Agustín Oropeza y Celso González, estos dos últimos consumados charros y picadores que con anterioridad lo habían acompañado en varias corridas.³²⁶ De Santander se trasladaron a Madrid y al día siguiente de su llegada, él y sus amigos Agustín y

³²⁵ *El Siglo Diez y Nueve*, 27 de junio de 1889, p. 3.

³²⁶ *El Toreo*, 24 de julio de 1889, p. 3.

Celso salieron a hacer gala, paseándose a caballo por la Castellana, una de las avenidas principales de la ciudad que la atraviesa de norte a sur.³²⁷

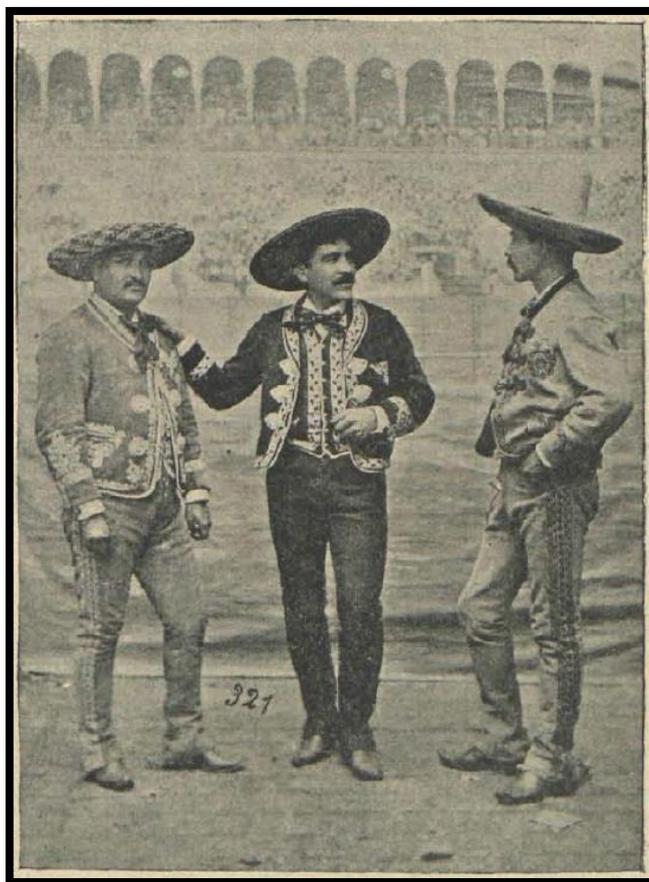


Ilustración 23. Agustín Oropeza, Ponciano Díaz y Celso González en España, en *Pan y Toros*, 8 de marzo de 1897, p. 3.

Como lo había anunciado, asistió a cuantas corridas pudo. La primera fue el 7 de julio, tarde en la que torearon el maestro Salvador Sánchez “Frascuero”, y los jóvenes Ángel y Enrique Santos “Tortero”, este último aspirante a la alternativa. Según los cronistas, a pesar de que la corrida fue aburrida, muchos espectadores

³²⁷ *La Correspondencia de España*, 11 de julio de 1889, p. 1

salieron de la plaza fascinados por la majestuosidad de los trajes de gala que portaban los charros mexicanos.³²⁸

Otra corrida a la que asistió tuvo lugar el 27 de julio, tarde en la que toreó Luis Mazzantini, quien le dedicó la muerte del segundo toro, con palabras cariñosas para él y para México, al que llamó país de “corazones nobles”. Desafortunadamente el español no pudo concluir la muerte de este toro pues fue cogido por él y fue llevado a la enfermería en brazos de sus compañeros; nuestro torero lo acompañó en todo momento, si bien la cogida no fue de gravedad.³²⁹ Es probable que después de los acontecimientos de los años anteriores, existiera al fin de cuentas una relación amistosa entre ambos diestros. Pero dejando de lado el ámbito sentimental, a Ponciano Díaz le convenía demostrar que no existía enemistad con los toreros españoles, también los medios de ese país debían darse cuenta de las cualidades solidarias del torero mexicano.

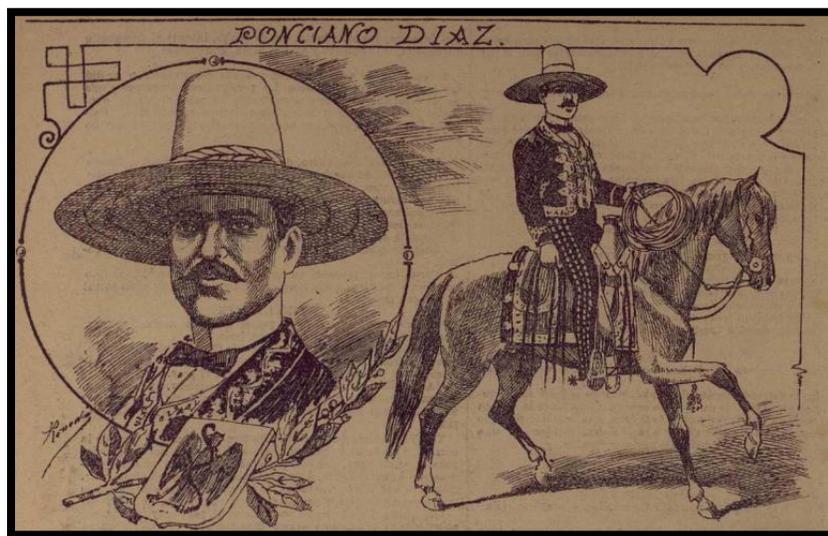


Ilustración 24. [La figura de Ponciano Díaz en la prensa española], en *El Toreo Cómico*, 29 de julio de 1889, p. 8.

³²⁸ *El Toreo Cómico*, 8 de julio de 1889, pp. 6-7

³²⁹ *La Patria Española*, 28 de julio de 1889, p. 3.

Mientras Ponciano Díaz paseaba y asistía a cuantas corridas podía, un rumor, que bien pudo haber sido inventado por la prensa mexicana, asustó a sus seguidores, amigos y parientes. Se decía que, durante una corrida en San Sebastián, Vizcaya, había caído del caballo y un toro lo cogió de gravedad. Días después la noticia fue desmentida y todo quedó como falsa alarma.

Desconocemos si Ponciano Díaz tomó parte en alguna corrida en San Sebastián, lo que sí sabemos es que él y sus compañeros hicieron su presentación como caballistas en la plaza de Madrid el 28 de julio de 1889, en una corrida en la que participaron los matadores españoles Antonio Ortega “Marinero” y Enrique Santos. Días antes, diferentes periódicos españoles como *El Día*, *La Iberia*, *El Liberal*, *La Monarquía* y *La Correspondencia de España* anunciaron que los toreros mexicanos pondrían banderillas a caballo y ejecutarían suertes nuevas y nunca antes vistas en su país; entre otras lazar reses, colear a caballo, jaripear y jinetear.³³⁰ Como todas eran desconocidas, días antes las describieron a detalle.³³¹

La curiosidad de ver cómo era el toreo practicado en México hizo que la plaza de Madrid se llenara por completo. A diferencia de lo escrito por Armando de María y Campos, quien aseguró que Ponciano Díaz había triunfado en España, lo que encontramos en la prensa deja ver que las suertes mexicanas no agradaron al público.³³² Según las crónicas, lo único rescatable fue la habilidad y maestría con que Ponciano Díaz, vestido de charro, colocó banderillas de colores. Durante la

³³⁰ *La Iberia*, 23 de julio de 1889, p. 3.

³³¹ *El Día*, 27 de julio de 1889, p. 4.

³³² Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 184.

ejecución de las demás suertes, algunos espectadores, sin idea de lo que estaban viendo, se quejaron de aburrimiento. En palabras del cronista español *Paco Media-Luna*: “Las suertes de colear, lazar y jineteo, ayer también practicadas, saben hacerlas con maestría, pero no son para ejecutadas así en la plaza cerrada; el espectador se cansa, porque generalmente no comprende nada de lo que ve. Aprecia el resultado, como ayer ocurrió en el jineteo, pero le aburren las operaciones necesarias para llegar al fin”.³³³

De una manera que parece incoherente, hubo quienes tacharon las suertes mexicanas de crueles. Para ellos el coleadero no lució pues se afirmó que se utilizaron reses mansas, argumentaron que a los aficionados españoles les gustaba ver la lucha con toros que se defendían y no con animales inofensivos que corrían como liebres cuando eran perseguidos. Sobre el jineteo, la acusación fue aún más grave, pues se aseveró que los toros fueron sujetados con lazos, imposibilitados y finalmente cegados con arena para que el charro los pudiera montar.³³⁴ Los cronistas más centrados opinaron que era un error confrontar lo visto cada ocho días en las plazas españolas con lo presentado por los mexicanos pues se trataba de tauromaquias completamente diferentes, sin relación alguna y en consecuencia sin punto de comparación.³³⁵

Es importante señalar que, antes de Ponciano Díaz, no había llegado ningún mexicano a presentar su toreo en España. El público sólo tenía noticia de las suertes

³³³ *El Toreo*, 29 de julio de 1889, p. 3.

³³⁴ *La Iberia*, 29 de julio de 1889, p. 3.

³³⁵ *El Liberal*, 29 de julio de 1889, p. 3.

que se practicaban en nuestro país gracias a los periódicos de ultramar, a los viajeros y a los diestros que esa década habían pisado su suelo. Para ejemplificar lo que pasó por la mente de los aficionados que presenciaron la corrida en que participaron Ponciano Díaz y sus compañeros, tomamos el siguiente dialogo que se publicó en un periódico español:

Pa deprenderme la nomenclatura
De las suertes que anuncian los programa
He tenío que dir a mi compare,
Uno que vende cocos de La Habana.
-Compare é mi via, usté que es sabio
En toa la idioma de urtramar y Fransia,
Digámoste que cosa es jaripeo
Y manganeo y chirpeo y magras.
-Pues compare é mi via, no ma suena-
Me respondió,- y buscando una gramática
o un libro de esos ande está la historia
de Montes y er Quijote e la Mancha,
emprinsipio a buscar, y por fin dijo:
-Miste, compare, güerva usté mañana.
Si uno pudiá saber to lo que inora...,
Pero, vaya, á pesar de mi inoransia
Se me antoja que todas esas suertes
Que vide ayer méresen muchas parmas,

Pero jechas con toros ya de ofisio,
No con cabritos en su tierna infancia;
Corrupcion de menores, que desía
Pepe la Serna con la mar de grasía.
Cabritos virginales que, siquiera
Saben mas que juir si los atacan.
Por fin, que pa una vez y más barato
Se pue ver en la plaza.³³⁶

Ocho días después de esta presentación, el domingo 4 de agosto, Ponciano Díaz y sus compañeros volvieron a trabajar en la misma plaza y con los mismos matadores, con la diferencia de que, esta vez, los charros Celso González y Agustín Oropeza se presentaron como picadores. La única suerte que repitieron fue la del jineteo, que no era exactamente nueva pues, ya en la segunda mitad del siglo XVIII, un americano de probable nacionalidad chilena llamado Mariano Ceballos y apodado “El Indio” la había presentado en los suelos iberos con tal éxito que el famoso pintor y grabador Francisco Goya la inmortalizó.³³⁷

También se tiene noticia de que, en 1784, ya muerto Mariano Ceballos, un novohispano, Ramón de Rosas Hernández, de 22 años, raza negra y natural de Veracruz, presentaba con éxito la misma suerte.³³⁸ Si bien para el momento en que

³³⁶ *El Imparcial*, 29 de julio de 1889, p. 2.

³³⁷ José Julio Gracia, *El Madrid taurino de Goya*, p. 206.

³³⁸ *Memorial literario, instructivo y curioso de la corte de Madrid, correspondiente al mes de septiembre de 1784*, tomo III, p. 78-79.

llegaron a Madrid Ponciano Díaz y sus compañeros esta suerte estaba completamente en desuso, seguía siendo del agrado del público.



Ilustración 25. “Mariano Ceballos montado sobre otro toro quiebra rejones en la plaza de Madrid”, en *Caprichos representado varias suertes de toros por Francisco Goya*, estampa 24.

A la corrida de ese día asistió menos público y fue poco lucida debido a lo mal que estuvieron los espadas españoles. Según la opinión, jamás se había visto en la primera plaza de España una corrida de tan mala calidad. Pero nadie culpó a los mexicanos, todas las quejas fueron contra la empresa, que se empeñaba en presentarlos al lado de toreros españoles que no eran de cartel. Y aunque en la primera corrida, todos estaban ansiosos por conocer el toreo mexicano, ya para la segunda nadie estaba dispuesto a pagar la misma cantidad que gastaban cuando veían a espadas de primer orden.³³⁹

A pesar de que el trabajo de los españoles no gustó, esa tarde los mexicanos se llevaron las palmas. Oropeza y González picaron al estilo mexicano, con puyas más

³³⁹ *El Día*, 5 de agosto de 1889, p. 3.

cortas de las usadas en España y con una especie de bota alta que les reguardaba la pierna derecha. Por su parte, Ponciano montó a caballo sin silla y colocó sus banderillas con maestría; al clavar el primer par fue lanzado y calló junto a la barrera, rasguñándose el rostro, pero sin nada que lamentar.³⁴⁰

Dos semanas después, el domingo 18 de agosto, se presentaron en la plaza del Puerto de Santa María. Sobre esta actuación se dijo que los charros mexicanos picaron mucho mejor que algunos españoles que se pensaban afamados. Ponciano Díaz también fue bastante aplaudido por sus banderillas a caballo, pero el público se aburrió y protestó nuevamente cuando lazaron y colearon a dos becerros al final del espectáculo.³⁴¹ Después de esta presentación, se trasladaron a Portugal, donde dieron corridas en las ciudades de Oporto, Villafranca y Lisboa. De éstas no se ha encontrado crónica alguna, sólo referencias por parte de diarios españoles y mexicanos. Al parecer dieron la última fuera de España el 8 de septiembre.³⁴²

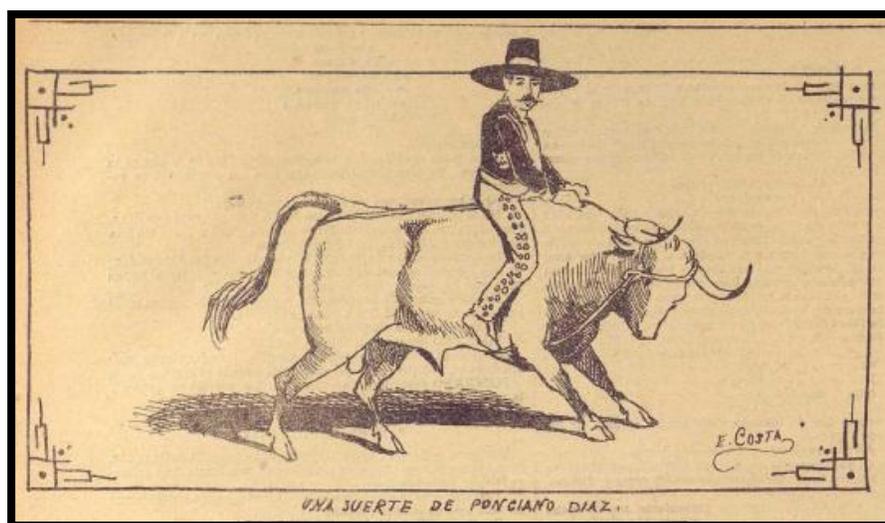


Ilustración 26. "Una suerte de Ponciano Díaz", en *El Toreo Cómico*, 5 de agosto de 1889, p. 8.

³⁴⁰ *La Lidia*, 12 de agosto de 1889, p. 1

³⁴¹ *El Liberal*, 22 de agosto de 1889, p. 3.

³⁴² *El Diario del Hogar*, 22 de septiembre de 1889, p. 3

Es posible que durante el resto de septiembre y principios de octubre, Ponciano Díaz y sus compañeros se hubieran dedicado a hacer trámites y preparativos para tomar la alternativa en Madrid. Y es que se dieron varios impedimentos, por ejemplo que, al parecer, ninguno de los tres ídolos de la afición española: Rafael Guerra “Guerrita”, Rafael Molina “Lagartijo” y Salvador Sánchez “Frascuero” querían concederla a un extranjero, menos a alguien que se rehusaba a quitarse los bigotes.



Ilustración 27. [El tema en España, los bigotes de Ponciano Díaz], en Mariano de Cavia, *De Pitón a Pitón*, p. 187.

Los bigotes de Ponciano se volvieron pronto el tema principal de medio Madrid. Y no era un tema menudo: según la opinión pública, representaban la lucha entre la tradición y el progreso, entre el obscurantismo y la luz. El tema no era nuevo; en tiempos de la primera guerra carlista,³⁴³ algunos toreros se habían dejado el bigote

³⁴³ Guerra civil que se desarrolló entre 1833 y 1844, entre carlistas o absolutistas, partidarios del infante Carlos María de Borbón, e isabelinos o liberales, defensores de Isabel II.

y la barba en forma de protesta, defendiendo sus ideas liberales, pues los barberos aprovechaban el momento de rasurar para dar largos discursos en favor de la política absolutista de Carlos María Isidoro de Borbón.³⁴⁴

Pero ni siquiera entonces el público madrileño toleró que los toreros de a pie usaran bigotes en la plaza; a su juicio se veían grotescos, así que unidos liberales y absolutistas los obligaron a rasurarse. Con tal antecedente, para muchos era inverosímil que no se obligara a Ponciano Díaz a cortárselo antes de tomar la alternativa: “Nada, nada. Transija Ponciano, y entregue su cabeza al babero, porque si no, se expone a que la pida el público... Y, en fin, que no se diga de un hombre de su mérito y excelentes prendas: ¡Mire usted que ponerse moños debajo de la nariz!”³⁴⁵

Finalmente, Ponciano logró que se le permitiera tomar la alternativa sin tener que afeitarse. Se anunció que el evento se llevaría a cabo el jueves 17 de octubre de 1889. Días antes, el 13 de octubre, trabajó en la plaza provincial de Sevilla, donde presentó las suertes mexicanas ante el escaso público que asistió. Esa tarde estuvo con los toreros españoles Francisco Arjona “Currito” y Carlos Borrego “Zocato”.³⁴⁶

La publicidad para el día de su alternativa fue abundante. A pesar de que a Ponciano Díaz no se le había visto nunca como matador en España, sino sólo como banderillero y jinete, muchos estaban seguros de que sí mostraba el arrojo y la maestría con que ejecutaba las suertes a caballo, no había razón por la cual

³⁴⁴ Mariano de Cavia, *De Pitón a Pitón*, p. 190-191

³⁴⁵ *Ibid.*, p. 193

³⁴⁶ *El Torero Cómico*, 14 de octubre de 1889, p. 7

suponerle un fracaso.³⁴⁷ Los matadores que se anunciaron para esta corrida fueron Salvador Sánchez “Frascuero”, Rafael Guerra “Guerrita” y Ponciano Díaz Salinas. La alternativa sería dada por el primero y el segundo serviría como padrino o testigo. La cuadrilla del mexicano estaría formada por los banderilleros Ramón López y Manuel Mejía “Bienvenida” y por los picadores Celso Gonzales y Agustín Oropeza. Se dice que el día del festejo, momentos antes de iniciar la corrida, Ramón López y Ponciano Díaz pasaron a la capilla, donde se encontraron con “Frascuero”. Ramón López hizo la presentación de rigor y momentos después, cuando estuvieron solos, los españoles entablaron la siguiente conversación:

Ramón López: -¿Qué le ha parecido a usted Ponciano?

Salvador Sánchez: - ¡Vamos, Ramón; que nadie más que tú puede darme “coba” para que yo de la alternativa a ese “espantajo”! - ¡Con razón ganáis tanto dinero en América, alternando con esos mamarrachos! ¡Sois lo mismo que ellos!

Ramón López: - Bueno, bueno... vamos a torear. Y en un descuido, ¡quién sabe si este “mamarracho” le gane a usted la pelea!³⁴⁸

Al parecer llegó a la plaza bastante concurrencia. Según los cronistas, era de esperarse un lleno completo pues la corrida sería precedida por los grandes maestros “Frascuero” y “Guerrita” y tenía como novedad la alternativa del mexicano Ponciano Díaz, quien torearía a pie por primera vez en España. A las tres en punto

³⁴⁷ *El Toreo*, 30 de septiembre de 1889, p. 3.

³⁴⁸ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 186.

sonó el aviso y aparecieron en la arena las cuadrillas; los asistentes, al ver salir al mexicano vestido de luces con traje azul y oro, comenzaron a gritar: “¡el barbero! ¡el barbero!”. En palabras del cronista Juan Matías: “Realmente, la costumbre de ver a nuestros toreros completamente afeitados hace que parezca muy extraño el diestro mexicano con su bigote.” El mismo cronista nos dice que, esa tarde, Ponciano Díaz demostró gran valentía, pero acompañada de mucha ignorancia, sentenciando finalmente que le hacía falta mucho para figurar en la plaza de Madrid al lado de matadores de la talla de “Frascuero” y “Guerrita”.³⁴⁹

Por su parte, el cronista *Paco Media-Luna*, después de haberle visto torear a pie, aseguró que jamás agradaría a los peninsulares como matador, pues aunque fue valiente se movía demasiado y la muleta le estorbó en las manos.³⁵⁰ Una crítica más dura sería la del cronista *Achares*, del periódico *La Iberia*, quien dijo que todo comenzó pésimo con los bigotes, pero lo que más desagradó fue “el jaripeo y manganeeo que trató de hacer Ponciano con la muleta”.³⁵¹

Días después, el afamado taurófilo José Sánchez Neira escribió:

Es valiente, si los hay, y a pesar de que no conoce el miedo, para poco, está en constante movimiento, como acostumbrado a un género de lidia completamente distinto al que en España se usa... Por eso ha parecido deficiente en Madrid su modo de torear, que, volvemos a decir, es enteramente distinto al nuestro, de lo cual pocos se hicieron cargo en la

³⁴⁹ *El Día*, 17 de octubre de 1889, p. 3.

³⁵⁰ *El Toreo*, 17 de octubre de 1889, p. 3.

³⁵¹ *La Iberia*, 18 de octubre de 1889, p. 2-3.

corrida del jueves. Únicamente hay semejanza en el modo de entrar a matar, que lo hizo perfectamente, en línea recta, marcando bien la salida e hiriendo alto hasta la guarnición del estoque, sobre todo en la estocada del último toro, que fue monumental, entrando al volapié en las tablas, y en un terreno al que pocos entran. No es posible juzgar a un espada en una sola tarde, pero no consiguió poco el nuevo matador escuchando aplausos.”³⁵²

Como se ve, las críticas resultaron poco favorables y el estilo de Ponciano Díaz, diferente, no fue del agrado de los españoles. Pero a pesar de que los resultados no eran los esperados, en él no hubo desilusión pues consiguió la alternativa y algunas palmas por parte de una afición completamente indispuesta a aceptar otro tipo de expresiones taurófilas en sus plazas. Se dice que, mientras él agradecía las palmas de algunos aficionados, Ramón López tuvo oportunidad de acercarse a “Frascuero” que en ese momento descansaba en el estribo, y entablaron la siguiente conversación:

Ramón López: -¿Qué le ha parecido a usted, eh?

Salvador Sánchez: -¡Que lo merece, hombre, que lo merece! Se ve claramente que en su vida ha visto torear. ¡Y es una lástima! Porque es valiente, y de los buenos.³⁵³

³⁵² *La Lidia*, 21 de octubre de 1889, p. 1.

³⁵³ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 188-189.

Después de obtener la deseada alternativa, Ponciano Díaz se dedicó a pasear por España. También conoció a los amigos de Julio Bonilla, siendo uno don José Sánchez Neira, con quien disfrutó de reuniones y hasta de bailes en los que, se cuenta, se autonabraba “maestro de posturitas flamencas”.³⁵⁴ Al parecer, su última corrida en la península fue el 27 de octubre, en Sevilla; sobre ella no se ha encontrado más que una pequeña mención en *El Arte de la Lidia*, gracias al cual sabemos que tenía pensado dejar España el 31 de octubre o, a más tardar, los primeros días de noviembre, pues tenía compromisos con una empresa cubana.³⁵⁵

A Cuba llegó los últimos días de noviembre y allí trabajó únicamente en dos corridas, ambas en la plaza Carlos III de La Habana. La primera el 1 de diciembre de 1889 y la segunda el 8 del mismo mes. Sobre ellas no se tiene más que la mención de algunos periódicos mexicanos, donde podemos leer la nota de *El Diario de la Marina*, de la capital isleña, de que: “Ponciano es atento, cortés y discreto por extremo, y une a estas condiciones la de poseer un valor indomable, por donde se ve la verdad de aquel refrán que reza *lo cortés no quita lo valiente*”. Sabemos también que, unos días antes, probó el ganado escogido junto a los españoles José Martínez Galindo y Saturnino Frutos, quienes capotearon a sus órdenes.³⁵⁶

³⁵⁴ *Ibid*, p. 189-190.

³⁵⁵ *El Siglo Diez y Nueve*, 2 noviembre de 1889, p. 3

³⁵⁶ *Ibidem.*, 24 de diciembre de 1889, p. 3.

Capítulo 4. Ocaso y muerte del ídolo.

4.1 El regreso de Ponciano Díaz.

Adios Cádiz y Sevilla
Barcelona y Santander.
Volveré con mi cuadrilla
Para darla a conocer.³⁵⁷

Ponciano desembarcó en Veracruz a mediados de diciembre de 1889 y allí dio varias corridas con una cuadrilla hispano-mexicana. Sobre la del 22 de diciembre, un cronista dijo: “En esta corrida no se le vio nada notable; únicamente deseos de quedar bien. En la dirección no estuvo muy eficaz; sólo a ratos se le veía trabajador. No obstante, toda la tarde escuchó bastantes aplausos”.³⁵⁸

Finalmente llegó a la ciudad de México el 30 de diciembre de 1889. Allí lo esperaba una espléndida bienvenida. Desde su salida del país, los miembros de la “Sociedad Espada Ponciano Díaz” habían comenzado los arreglos para que tuviera un recibimiento equiparable al de un César que hacía su estrada triunfal. Entre los obsequios que se le preparaban estaba una corona de plata mandada a hacer con el artista mexicano Guadalupe Carrillo.³⁵⁹ Aunque no todos compartían la idea de recibirlo como a un héroe nacional; hubo quienes pidieron a los entusiastas que no lo condecoraran con banderas de colores nacionales o tricolores, pues en su opinión éstas sólo deberían ser utilizadas por el primer mandatario del país y en ocasiones solemnes. Podemos leer su inconformidad en los siguientes párrafos:

³⁵⁷ “Adiós a Madrid del valiente espada Ponciano Díaz”, citado en Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 196.

³⁵⁸ *El Toreo*, 20 de enero de 1890, pp. 3-4

³⁵⁹ *La Patria*, 29 de septiembre de 1889, p. 3.

Para los que asisten a las plazas de toros la Patria es Ponciano Díaz, porque es mexicano y no español y, porque habla de la Patria, brinda por la Patria, usa cintas con los colores de la Patria, viste el patriótico traje de charro, laza con la patriótica reata mexicana y cuando se va para España anuncia que lleva la idea de honrar a la Patria en la tierra del Cid y Don Pelayo. Lo cierto de todo esto es que la gente sensata no puede estar conforme con ese patriotismo epidémico, lo ve con gran desagrado, siquiera sea por el mal que le hace al país con todas y cada una de sus extrañas manifestaciones. Afortunadamente la prensa principia a combatirlo sirviéndose de su arma más cortante y poderosa: el ridículo.³⁶⁰

La respuesta no se hizo esperar y los seguidores de Ponciano declararon que su ídolo merecía ese recibimiento y aún más pues:

Fue a Europa, y en su clase, en su esfera y según sus infamantes conocimientos, pues no sabe más que lidiar toros, honró a su patria, se hizo aplaudir por su arrojo, por su traje nacional, por sus maneras francas y sencillas, e hizo exclamar con entusiasmo a multitud de personas, en tierra extraña, a más de dos mil leguas de nuestra patria, estas palabras que resuenan como himno de gloria en el corazón de todo mexicano: ¡¡VIVA MÉXICO!!.³⁶¹

³⁶⁰ *El Partido Liberal*, 31 de enero de 1890, p. 1.

³⁶¹ *La Patria*, 21 de noviembre de 1889, p. 2.

Pese a las críticas, los incondicionales del diestro fueron a recibirlo a la estación Buenavista, pero al parecer vigilados por las autoridades capitalinas y con la prohibición de usar en sus adornos los colores de la bandera y entonar los acordes del Himno Nacional.³⁶² Ponciano Díaz recorrió la distancia entre la estación Buenavista y su casa en una carretela abierta, a la cual también subió su madre y el presidente de su club. El vehículo fue acompañado por una muchedumbre que lanzaba vivas y aclamaciones. Al llegar, los seguidores y gente del pueblo pudieron disfrutar de música, cohetes y vendimia en la calle; sólo los amigos íntimos entraron en la casa pues la puerta estuvo vigilada por dos gendarmes.³⁶³

Ese día, el torero vistió saco y chaleco de casimir, de color claro y a cuadros; pantalón negro, corbata clara y calzado amarillo. Para agrado de sus seguidores seguía conservando los bigotes y no usaba coleta. Estuvo muy animoso e incluso recibió a la prensa y dio entrevistas; mientras los reporteros platicaban con él, su mamá, una “linda y alegre viejecita”, contemplaba a su hijo amado, sentada en un sillón. Los picadores Celso González y Agustín Oropeza también estuvieron presentes, ellos, con sus chaquetas de cuero y tez atezada, causaban curiosidad a los demás invitados.³⁶⁴

Los festejos por el regreso de Ponciano Díaz no podían estar completos sin una corrida, que se dio el 26 de enero de 1890 en la plaza de Bucareli. Se dice que en todos los centros sociales se hablaba de ir a ver los adelantos obtenidos por el rey

³⁶² *El Tiempo*, 1 de enero de 1890, p. 2.

³⁶³ *El Toreo*, 27 de enero de 1890, p. 4.

³⁶⁴ *El Tiempo*, 1 de enero de 1890, p. 2.

de los toreros mexicanos. Para sorpresa de los entusiastas, los precios fueron más elevados que de costumbre, si bien es cierto que no tanto como durante las corridas de Mazzantini, lo cual dio motivo para que sus detractores lo criticaran.³⁶⁵

Debido a los costos, mucha gente del pueblo no pudo entrar y el departamento de sol se vio medianamente concurrido, no ocurriendo lo mismo con el de sombra, que estuvo del todo lleno. El primer toro salió bravo y muy apropiado para la lidia; Ponciano Díaz trató de lucir algunos pases de muleta aprendidos en España, pero estuvo desafortunado y no lucieron como esperaba. Los demás toros fueron inservibles e incluso se regresó a dos al corral por su excesiva mansedumbre. Al final, el descontento fue mucho, la gente lamentó haber pagado por una corrida en la que toros y toreros resultaron pésimos.³⁶⁶

Apoyados en este fracaso, los críticos fueron más severos. Hubo quienes dijeron que de nada había servido el viaje a España, pues a leguas se veía que Ponciano Díaz no había aprendido nada.³⁶⁷ Otros esperaban que se presentara sin bigotes y con coleta; sin embargo, los bigotes eran intocables, formaban parte de la esencia campirana del diestro y de esa tradición formada durante los años que el toreo en México existió sin influencia hispana.

Poco a poco, y sin darse cuenta, Ponciano Díaz se fue quedando sin aliados; pese a la inconformidad de sus seguidores, el costo de las entradas siguió siendo elevado

³⁶⁵ Los precios que se pagaron fueron de dos pesos en sombra y seis reales en sol, *El Tiempo*, 28 de enero de 1890, p. 2.

³⁶⁶ *Idem.*

³⁶⁷ *Idem.*

y en ellas continuó toreando al estilo español, en el cual no era muy bueno. Por otro lado, los hispanistas no lo apoyaron pues en sus actuaciones veían muchas incongruencias, ya que pretendía torear al estilo español sin seguir los lineamientos que la tradición demandaba. Paradójicamente, mientras en España se le vio como rebelde y anti tradicionalista pues lo normal era que los toreros estuviesen rasurados, en México se le vio como tradicionalista y contrapuesto al progreso.

Lo único que le quedaba era el apoyo de sus seguidores, pero éstos le dieron la espalda pues sentían que había abandonado sus principios. Por ejemplo, durante la primera corrida que dio después de su viaje, brindó por España y esto fue visto como un acto de presunción, vanidad y traición.³⁶⁸ Un altercado ocurrió el lunes 24 de febrero; ese día, durante un jaripeo en su plaza, se insolentó contra el regidor del espectáculo Pedro Ordoñez, quien daba disposiciones que él replicaba con altanería. En consecuencia, la prensa publicó: “Esperamos un severo castigo para el que no sólo desconoce los deberes de la cortesía sino el respeto que se debe a la autoridad... Esa altanería es consecuencia de haber Ponciano atravesado el charco y haber sido coronado por inocentes niños”.³⁶⁹

Su plaza dejó de gozar de la concurrencia de antaño. Cuando la prensa le preguntó sobre esa poca afluencia, declaró que, para que estuviera llena, necesitaban estar anunciados “Frascuero”, “Lagartijo” o “Guerrita”. Algunos le recomendaron que se retirara en ese momento pues contaba con un historial profesional notorio y buen

³⁶⁸ *El Tiempo*, 4 de febrero de 1890, p. 2.

³⁶⁹ *La Convención Radical Obrera*, 26 de febrero de 1890, p. 3.

capital, además de ser muy trabajador.³⁷⁰ Pero hizo caso omiso de tales sugerencias: gozaba aún de juventud, era el único toreo mexicano con alternativa y seguramente se sentía con la capacidad de seguir ejerciendo su arriesgada profesión.

Al no tener los resultados económicos deseados, Ponciano Díaz salió a provincia, a donde aún no llegaban las noticias de sus fracasos. Ese año, la atención pública se desvió hacía las corridas que daban los españoles, a él se le comenzó a dejar de lado pues entraba y salía de la ciudad como cualquier individuo. Para complicar más las cosas, se dieron varios disturbios durante las corridas de algunos españoles, debido a la mansedumbre del ganado. Entre las trifulcas destacó una en la plaza del Paseo, el 28 de julio de 1890, a beneficio del espada español Manuel Caballero, que terminó con daños a la plaza y con el lazador Oropeza reducido a prisión por haber desobedecido a la autoridad.³⁷¹

Otro escándalo más se desató el 2 de noviembre en la plaza Colón, donde se jugaron astados de la hacienda de Guanamé lidiados por los españoles Carlos Borrego “Zocato” y Víctor Ferrer. Fue tanta la ira de los aficionados que, a la salida, hubo daños a propiedad ajena, heridos y muchos presos; y como resultado las autoridades suspendieron las corridas en la capital durante cuatro años.³⁷²

³⁷⁰ *El Tiempo*, 16 de febrero de 1890, p. 1.

³⁷¹ *El Correo Español*, 29 de julio de 1890, p. 3.

³⁷² José Francisco Coello Ugalde, *Cuando el curso de la fiesta de toros fue alterado en 1867 por una prohibición*, p. 264.

No sabemos en qué grado, pero la suspensión debió haber afectado bastante a Ponciano Díaz. Sus ingresos bajaron ya que no hubo, entre octubre de 1891 y septiembre de 1894, actividad taurina en su plaza. En junio de 1892 pidió permiso al Ayuntamiento para establecer una ordeña de vacas en ella, con lo que prácticamente la convirtió en establo.³⁷³ Es muy probable que, desde entonces, para no ver la realidad o por lo menos olvidarla por un momento, comenzara a beber en exceso.

4.2 Las Adversidades: depresión y muerte de Ponciano Díaz.

Más todo toca a su fin
y todo nomás es humo.
Así le pasó a Ponciano.
Se apartó de aqueste mundo.³⁷⁴

Tras la nueva prohibición, Ponciano Díaz decidió quedarse permanentemente en provincia y recorrer los estados del país con su cuadrilla hispano-mexicana. En ellos obtuvo algunos éxitos y siguió contando con seguidores, que aún veían en él al símbolo de lo mexicano. Por ejemplo, el 15 de mayo de 1892, dio una corrida en Pachuca, que al parecer fue malísima; al poco tiempo de terminada, un hombre fue asesinado porque, molesto por ello, se negó a tomar pulque y brindar a la salud del torero.³⁷⁵

³⁷³ *La Voz de México*, 2 de junio de 1892, p. 3.

³⁷⁴ Citado en Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 214.

³⁷⁵ *La Patria*, 27 de mayo de 1892, p. 2.

Por otra parte, a pesar de la prohibición taurina en la capital mexicana, no cesaban de llegar nuevos toreros españoles por Veracruz. Generalmente viajaban a Cuba buscando sobresalir, soñando con “hacer la América”, siguiendo el ejemplo de Mazzantini y sus antecesores. Para esos momentos la isla luchaba por su independencia, de modo que toreros españoles y cubanos llegaron a costas mexicanas y se repartieron en diferentes puntos de la república, compitiendo algunos con Ponciano Díaz.

En provincia, él siguió presentando un espectáculo híbrido, en el que jugaban aún parte importante las suertes del jaripeo. Desde finales de 1892 y, al parecer durante todo el año de 1893, formaron parte de su cuadrilla María Aguirre de Rodríguez y su esposo Timoteo Rodríguez; la dama torera era mejor conocida como “La Charrita Mexicana” y banderilleaba a dos manos justo como hacía Ponciano. Se dice que era tan hábil y arriesgada que un día un espectador le gritó: “¡Estás amarrada!” Ante dicha provocación y con el fin de desmentir con hechos al gritón, ella saltó a tierra y presta volvió a montar a caballo, recogiendo por aquel alarde un torbellino de aplausos.³⁷⁶

La actuación de mujeres en los toros no era una novedad y, a pesar de que más de uno se horrorizaba con el hecho, Ponciano Díaz sabía que el trabajo de María Aguirre era de bastante calidad e incrementaría la popularidad de su cuadrilla. De

³⁷⁶ José Álvarez del Villar, *Op. cit.*, p. 81.

hecho, "La Charrita Mexicana" llegó a ser tan afamada que, para 1895, se habló de presentarla en España. Al parecer, esto no sucedió.³⁷⁷

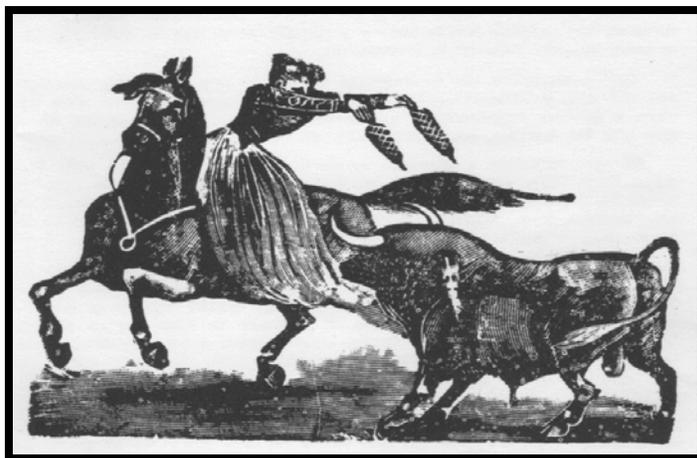


Ilustración 28. "La charrita en acción", en Carlos Haces, *Los Toros* de José Guadalupe Posada, p. 14.

Para finales de 1894 se volvieron a permitir las corridas en la capital mexicana. Al parecer, los empresarios taurinos Ponciano Díaz y Francisco González, este último dueño de una plaza en Mixcoac, se comprometieron a seguir pagando al Ayuntamiento el 15% del producto obtenido.³⁷⁸ Así, el domingo 9 de septiembre de ese año, se reinauguró la plaza de Bucareli. Las cuadrillas que participaron fueron las del diestro español José Centeno y del cubano José Marrero "Cheché". Según las apreciaciones de los cronistas, el festejo fue pésimo pues el ganado resultó manso y Ponciano Díaz se empeñó en que salieran charros a realizar el jaripeo, cosa que ya no gustaba al público. Por otra parte, al decir de un periódico, los diestros abusaron del toreo alegre, lleno de monerías y con ausencia de arte.³⁷⁹

³⁷⁷ *El Enano*, 18 de julio de 1895, p. 4

³⁷⁸ *El Partido Liberal*, 10 de julio de 1894, p. 3.

³⁷⁹ *El Nacional*, 11 de septiembre de 1894, p. 2.

Durante esa temporada, Ponciano Díaz toreó poco y se centró más en su papel de empresario, pero las críticas en su contra eran cada vez más severas pues su organización dejaba mucho que desear. Algunos sentenciaron que mientras él tuviera intervención no se verían más que desperfectos y ridiculeces pues, si como torero era pésimo, como empresario resultaba peor. Cada corrida que organizaba daba motivos de crítica; muchas veces se le acusó de explotador y abusivo e incluso se llegó a aconsejar a los aficionados que se rebelaran llegando al motín si era preciso.³⁸⁰

En sus escasas participaciones como torero, siguió criticándose su apego a los bigotes y lo mal que se veían cuando usaba el traje andaluz, ante lo cual se defendía argumentando que era una modificación mexicana. Pero sus detractores aniquilaban tal defensa preguntando en sus notas periodísticas: “¿Qué haría Poncianillo el día que fuera al teatro a ver el Tenorio y se encontrara con un don Juan vestido de Charro?”³⁸¹

Cansado de las incesantes críticas, Ponciano Díaz decidió encargar la plaza a su hermano José y viajar a Sinaloa. En Mazatlán visitó la tumba de Ángela Peralta, fallecida en 1883, y dejó en recuerdo de la diva una corona de flores el 12 de febrero de 1895.³⁸² Tal vez pensó que en provincia encontraría un ambiente más propicio,

³⁸⁰ Armado de María y Campos, *Ponciano...*, p. 200.

³⁸¹ *Ibid.*, p. 202.

³⁸² *El Demócrata*, 26 de febrero de 1895, p. 3.

pero no fue así pues tampoco allí agradó su trabajo, sus corridas fueron también señaladas como burdos herraderos sin orden ni dirección.³⁸³

En Sinaloa recibió lo que parecía otra señal que le indicaba que debía dejar las lides taurinas de una buena vez. En la plaza de la población de Mineral de Rosario sufrió la cogida más grave de su carrera. La noticia llegó pronto a oídos de la prensa gracias al telégrafo; un día después de la cornada, el corresponsal de *La Patria* en Culiacán envió a la capital el siguiente telegrama:

“República Mexicana.-Telégrafo Federal.- De Culiacán, el 18 de marzo de 1895.-Recibido en México a las 6 horas y 17 minutos de la tarde.- Señor director de *La Patria*.- Ayer tarde [es decir, el domingo] en la corrida de toros del Rosario, Ponciano Díaz fue cogido por el primer toro. La herida es grave. El asta entró por la ingle y salió por el bajo vientre.”³⁸⁴

Inmediatamente después de publicado este primer informe, otros miembros de la prensa mexicana se encargaron de investigar y publicar los demás detalles sobre la cogida y el estado de salud del torero. Por ejemplo, *El Noticioso* se puso en contacto con Ignacio Cervantes, agente de *El Hijo del Ahuizote* en la población del Rosario, y de él obtuvo el siguiente mensaje:

“República Mexicana.- Telégrafo Federal.- De Rosario, el 20 de marzo de 1895.-Recibido en México a las 4 horas y 40 minutos de la tarde.- Señor

³⁸³ *Ibidem*, 15 de febrero de 1895, p. 4.

³⁸⁴ *La Patria*, 20 de marzo de 1895, p. 3.

director de *El Noticioso*.- Ponciano, al trastear primer toro en la corrida de antier, después de nueve pases, siendo los dos últimos uno de pecho y otro cambiado, los nueve de mérito superior a todo elogio, fue cogido, recibiendo herida en región perineal hacía el glúteo derecho; el asta pasó sobre el hueso pubis, saliendo en la barriga abajo del ombligo, sin interesar parte alguna noble. La herida de entrada tiene 10 cm. de longitud; la de salida 4. Asisten diestro empeñosos y competentes facultativos Agustín Haas y Carlos Ibarra; su estado es de alivio y no hay síntoma alguno alarmante hasta estos momentos que son 4 horas y 6 minutos p.m. Ponciano no ha perdido ni por un instante su buen humor, por lo que todos sus amigos esperan verlo próximo domingo asistiendo corrida, que será de la beneficencia, como espectador. Con motivo suceso se ha visto sentimiento general y manifestaciones innumerables de todas las clases sociales. Si hay novedades, las comunicaré oportunamente.- El corresponsal. Ignacio Cervantes.”³⁸⁵

Temeroso de que su familia se enterara por medio de la prensa, Ponciano pidió a don Manuel Zubieta, uno de sus conocidos en Sinaloa, que enviara el siguiente telegrama a su amigo y también torero José Basauri: “Cogida leve por primer toro. Corrida de ayer. Que no sepan sino mi hermano José y amigos íntimos, para que no llegue a conocimiento de mamá”.³⁸⁶ Dos días después, la prensa reproducía un telegrama que el mismo Ponciano envió a su hermano, en el cual informaba que

³⁸⁵ *El Siglo Diez y Nueve*, 21 de marzo de 1895, p. 3.

³⁸⁶ *Idem*.

estaba fuera de peligro: “De Rosario el 22 de marzo de 1895.- Recibido en México a las 1 y 7 p.m.- Sr. José Díaz.- Plaza de Bucareli.- Hoy abandoné cama. Cuadrilla da corrida domingo.- El 31 mi beneficio. No tengas cuidado, estoy aliviado.- Ponciano Díaz.”³⁸⁷

Como se lo había propuesto, se presentó el 31 de marzo en la plaza del Rosario, siendo la corrida en beneficio suyo y el de su cuadrilla, al parecer bastante mejorado aunque su recuperación sería progresiva. Esa tarde partió la plaza y dirigió los primeros trabajos; el público que presenció su esfuerzo reventó en gritos y muestras de simpatía, y él, después de saludar a los asistentes, se retiró a un palco donde estuvo acompañado de varios amigos.³⁸⁸ Para finales de julio ya estaba completamente restablecido y trabajando en la plaza Gavira de Guanajuato; se dijo que entonces, al finalizar la corrida del 4 de agosto, anunció su retirada.³⁸⁹

No se sabe si en realidad pensaba hacerlo; en todo caso, la noticia quedó como una falsedad pues meses después se encontraba trabajando en su plaza como empresario y también como matador. El domingo 13 de octubre, día del inicio de la temporada, se anunció que daría la alternativa al español Diego Rodríguez “Silverio Chico”, con toros del Cazadero.

A cada torero correspondieron dos toros; según los cronistas, la corrida no pasó de regular pues, si bien el trabajo de los españoles gustó al público, no pasó lo mismo con el del mexicano. Al parecer, desde su primer astado, Ponciano escuchó

³⁸⁷ *Ibidem*, 23 de marzo de 1895, p. 3

³⁸⁸ *El Siglo Diez y Nueve*, 2 de abril de 1895, p. 4

³⁸⁹ *El Siglo Diez y Nueve*, 7 de agosto de 1895, p. 3.

muestras hostiles del parte del respetable; tal vez eso lo distrajo y fue cogido y elevado por los aires, sin mayores consecuencias. Visiblemente molesto y cansado, brindó la muerte de este toro a la concurrencia con las siguientes palabras: “Por la satisfacción que tengo de que mis compatriotas me silben mientras allá, allende los mares, en la tierra clásica del torero de verdad me aplauden”.³⁹⁰

Inmediatamente después de pronunciado el brindis, el juez lo exhortó a retirarse del redondel, pero él hizo caso omiso. Durante la faena de su segundo toro, el cuarto de la tarde, escuchó aún más protestas pero él pareció ignorarlas. Al parecer, todo empeoró cuando alguien del público le arrojó una navaja de rasurar y, otra persona un peso para que pagara a un peluquero; él tomó el dinero y lo aventó de regreso a quien lo había arrojado, pronunciando a la vez una sarta de majaderías e iniciando así una pelea de insultos.³⁹¹

Terminada la corrida, se le impuso una multa de 100 pesos; días después *El Universal* publicó:

Usted Sr. Ponciano se cree maestro porque recibió la alternativa de Salvador Sánchez “Frascuero” por una galantería tenida para con México, no para con usted a quien ni conocían ni tenía mérito alguno para ello.

Hoy hace usted alarde de ello, cuando la tiene perdida... El que Salvador Sánchez le haya dado la investidura de matador no significa nada. Creo

³⁹⁰ *El Nacional*, 15 de octubre de 1895, p. 2.

³⁹¹ *El Universal*, 16 de octubre de 1895, p. 3

hacerme eco de los verdaderos aficionados, al protestar contra las imperiosas y despectivas frases lanzadas por usted.

Al público y a la autoridad, mal que le pese, tiene que respetarlos. Usted quiere dominar las censuras justísimas que se hacen a su intolerable trabajo con insensata insolencia...

El único reducto que había quedado a sus parciales, era su humildad, hoy no la tiene usted ¿A ver con qué lo defienden?

Los tiempos en que por mal entendido patriotismo le toleraban sus mamarrachadas ya pasaron, usted ha renegado hasta de los patrioterros y espero que probará las consecuencias...

Los cien pesos que le impusieron de multa me parecen poco...

Ponciano, si tiene amor propio, creo que no volverá a salir en ninguno de nuestros redondeles, pues si lo hace es probable, casi seguro que se armará una bronca, pues el público está muy indignado con su descortés conducta.³⁹²

Lo sucedido esa tarde debió de haber lastimado profundamente el orgullo de nuestro torero. Para ese momento sus facultades juveniles lo habían abandonado, ya no tenía el apoyo de antaño y su único refugio era el exagerado apego por su madre y la felicidad momentánea producida por el consumo de bebidas alcohólicas. Poco a poco se dio cuenta de que sus mejores tiempos habían pasado. Finalmente,

³⁹² *El Universal*, 16 de octubre de 1895, p. 3

las ideas sembradas por la prensa y los toreros españoles habían triunfado, él mismo contribuyó a ello. Querer matar a la española, tomar la alternativa en España y presumirlo en cuanta oportunidad tenía, todo eso fue visto por sus seguidores como un acto de alta traición.

Lo sucedido el 13 de octubre sería la gota que derramara el vaso, y lo probó al no poder contenerse al escuchar las críticas, sin responder y pelear con “el respetable”. Días después envió una carta a *El Universal* en la que decía que no tuvo la intención de ofender a los mexicanos con las palabras que pronunció, pero ya era demasiado tarde, la prensa no dejaba de afirmar que, soberbio, había comparado al público español con el mexicano, despreciando al segundo.³⁹³

Por si fuera poco, el 24 de noviembre se suscitó un zafarrancho mayor. En esa ocasión, Ponciano organizó una corrida para los diestros españoles “Quintino” y “Boto”, quienes lidiaron ganado de la hacienda de Cieneguillas. Los precios de entrada sobrepasaron lo acostumbrado y de principio esto molestó a los aficionados, que esperaron ver un espectáculo épico y se encontraron con toros que huían sin mostrar señas de bravura. Ante tal estafa, la gente se puso furiosa y comenzó a destruir la plaza en búsqueda del empresario. Las cosas se salieron de control y hubo quienes entraron en la casa del torero y tomaron cuanto pudieron. La madre casi muere del susto. El juez de plaza logró calmar los ánimos devolviendo el dinero de las entradas, con lo que los aficionados de sombra quedaron conformes.³⁹⁴

³⁹³ *La Patria*, 27 de octubre de 1895, p. 3.

³⁹⁴ *El Monitor Republicano*, 26 de noviembre de 1895, p. 2.

No pasó lo mismo con los de sol, el gusto del “respetable” había cambiado, aquellos que algún día lo habían encumbrado ahora se dedicaban a destruir cuanto hubiera en la plaza, fue necesario que llegara el gobernador del Distrito Federal, el general Pedro Rincón Gallardo, con algunos miembros del ejército. Al final, Ponciano Díaz tuvo una multa de 500 pesos y sus propiedades afectadas.³⁹⁵ Debido al escándalo, el gobierno del Distrito Federal suspendió los espectáculos taurinos por un par de meses. Sus detractores, molestos, expresaron: “¡Ponciano ha cumplido con su capricho, matar la afición, privar al pueblo de su diversión favorita!”.³⁹⁶

El golpe fue duro; Ponciano Díaz se desilusionó de su profesión. El siguiente año se refugió en provincia, donde prefería participar en jaripeos y pocas veces se presentó como torero. Su manera de beber lo condujo a meterse en más problemas; así, la noche del sábado 6 de junio de 1896, fue conducido a la cárcel municipal de Sierra Mojada, Coahuila, porque, de juerga con algunos amigos, tuvo la ocurrencia de disparar su pistola. Se le liberó al día siguiente, no sin antes pagar \$ 20.00 pesos de multa.³⁹⁷

Las cosas ya no mejoraron. Incluso en provincia recibió agresiones; así, la tarde del 9 de agosto se presentó en una plaza de Durango, donde los resultados fueron desastrosos. Uno de sus banderilleros, Carlos López “El Manchado”, fue cogido por uno de los toros, el asta le entró por la ingle izquierda y murió a los cuatro días. Por

³⁹⁵ *Idem.*

³⁹⁶ Armando de María y Campos, *Ponciano...*, p. 211.

³⁹⁷ *El Tiempo*, 17 de junio de 1896, p. 1.

su parte, Ponciano no pudo dar muerte a los toros que lidió y el respetable, juez máximo de los toreros, terminó apedreándolo.³⁹⁸

Sólo un par de ocasiones más se volvió a presentar en su redondel, pero sólo como charro y banderilleando a caballo. Al parecer también abandonó su interés como empresario, pues arrendaba la plaza al mejor postor. En 1897 un sinnúmero de toreros españoles se presentaron en ella; de todas las corridas de ese año, las que dio Luis Mazzantini en diciembre fueron las más sonadas, asistiendo a ellas, como siempre, lo mejor de la sociedad mexicana, inclusive se pudo ver a la esposa del presidente Díaz, “doña Carmelita Romero Rubio”.³⁹⁹

El alcoholismo terminaría a la postre con la salud de Ponciano Díaz. Ya para 1897 los síntomas de su estado eran evidentes. Durante una corrida el 12 de diciembre en Santiago Tianguistenco, Estado de México, sufrió un desmayo y el toro lo enganchó de la camisa, suspendiéndolo en el aire. Por fortuna no le causó daño alguno, pero el percance fue presenciado por su madre quien, en medio de lágrimas, le pidió casi como última voluntad, pues estaba decaída de salud por su edad, que dejara definitivamente de torear.⁴⁰⁰

La muerte de doña Josefa Salinas se suscitó la tarde del 24 de abril. Fue la estocada que terminaría con la vida del hijo, quien sin su madre y sin los toros decayó súbitamente de salud. Ya en mal estado, dice el escritor Ciro B. Ceballos, frecuentaba la taberna llamada “La Fama Italiana”, a donde llegaban individuos que

³⁹⁸ *La Patria*, 18 de septiembre de 1896, p. 2.

³⁹⁹ *El Contemporáneo*, 15 de diciembre de 1897, pp. 2-3.

⁴⁰⁰ *La Patria*, 18 de septiembre de 1896, p. 2.

fueron populares pero yacían ya en el olvido, como Diego Prieto “Cuatro dedos”, el payaso Ricardo Bell y el enano “Pirrimplim”. A él se le veía escuálido, amarillo, con la mirada mortecina y dificultades para hablar. Cuando hablaba con Ceballos, en seis palabras expresaba el irremediable sufrimiento que lo carcomía: “Si, güerecito, ya no soy Ponciano”⁴⁰¹

En efecto, ya para finales de 1898, Ponciano Díaz era un ídolo olvidado. Sus hazañas habían pasado a la historia; si bien algunos periodistas lo recordaban con nostalgia en sus publicaciones, su estrella estaba apagada. En *El Popular*, del 29 de noviembre de ese año, podemos así leer:

PONCIANO DÍAZ. El popular matador de toros es también uno de los muchos olvidados.

¡Él es también un ex, una sombra de lo que fue, uno de los enterrados en vida por la volubilidad del gran hambriento de novedades, del respetable público! Es, mejor dicho, uno de tantos muertos ambulantes, que anda buscando su sepultura.

Ponciano fue, en toda la extensión de la palabra, un ídolo del pueblo, en aquellos días desastrados en que todo México era taurófilo, en que a todo mundo le dio la fiebre de los cuernos, y en Francia y Estados Unidos se hizo cuestión de Estado si en las corridas de reses bravas se podía o no picar, banderillar y matar a los toros de veras o de mentiras.

⁴⁰¹ Ciro B. Ceballos, *Op. cit.*, p. 86.

Eran, en fin, los tiempos en que los oficiales del Ejército y los alumnos de las Escuelas Preparatoria y de Medicina de México, daban corridas de toros públicas y de paga, bajo la dirección en la lidia de cualquier mamarracho de coleta y chaquetilla corta.

En aquellos tiempos, *in illo tempore*, Ponciano era no sólo el primer espada mexicano, sino ¡el primer mexicano!

Las mujeres lo amaban en silencio, y más ardientemente que a San Expedito, y algunas tan ostensiblemente, que le arrojaban al redondel ramos de flores y palomas como a un santo buen mozo, abanicos y pañuelos perfumados como hacen los sultanes con sus odaliscas. A él, al son de las solemnes notas del Himno Nacional, tocado en las barbas de los jueces de corrida, por las bandas militares, lo coronaban de laureles niñas vestidas de blanco, que temblaban como ante un dios cuando él las besaba.

Hoy... ¡cáscaras! ¡Así pasan las glorias de este mundo!⁴⁰²

De Ponciano Díaz no se volvería hablar sino hasta pocos días antes de su muerte. Al inicio de abril de 1899, algunos periódicos anunciaron que se encontraba grave, al borde de la muerte, y olvidado por todos. Al parecer, en sus últimos días lo asistieron los doctores Senisson Leal, Valenzuela y Nieto, pero sin conseguir mejoría.⁴⁰³ Finalmente, la madrugada del sábado 15 de abril de 1899, una afección

⁴⁰² *El Popular*, 29 de noviembre de 1898, p. 3.

⁴⁰³ *El Contemporáneo*, 18 de abril de 1899, p. 2.

hepática le ultimó. Su cadáver fue vestido de negro y a lado se colocaron arreglos florales y también un estandarte de la sociedad taurina “Ponciano Díaz”. Sus restos fueron depositados en el Panteón del Tepeyac el domingo 17 a las 9 de la mañana.⁴⁰⁴

En abril de 1994 sus restos fueron trasladados al panteón de Santiago Tianguistenco, al parecer por gestión el H. Ayuntamiento del poblado, forma parte de la sección de hombres ilustres de Tianguistenco, a lado de personajes como el profesor Carlos Hank González y el pugilista Salvador Sánchez.



Ilustración 29. Última morada, panteón de Santiago Tianguistenco, octubre de 2011.



Ilustración 30. Monumento fúnebre de Ponciano Díaz, Panteón del Tepeyac, noviembre de 2011.

⁴⁰⁴ *Idem.*

**LA MUERTE DE
PONCIANO DIAZ.**
EL IDOLO CAIDO.

El Popular, 17 de abril de 1899, p. 2.

PONCIANO DIAZ.
—:—
En las primeras horas de la madrugada de ayer, falleció en su casa de Bucareli, el celebrado diestro mexicano Ponciano Díaz.
La popularidad de Ponciano, fué de las que hicieron época, y sin temor de exagerar puede decirse que ningún torero nacional ó extranjero, llegó á tener las ovaciones que él.
Descanse en paz y reciban sus deudos la expresión de nuestra condolencia.

El Diario del Hogar, 16 de abril de 1899, p. 3.

A ULTIMA HORA.
—
Muerte de Ponciano Díaz.

El Tiempo, 16 de abril de 1899, p. 2.

**MUERTE DE
PONCIANO DIAZ.**
Hoy, sábado, á las tres y media de la mañana, falleció en su casa de Bucareli, el diestro mexicano Ponciano Díaz.
Como pasa con todos los ídolos de ayer, Ponciano murió abandonado de sus amigos, y pocas personas se interesaron por su salud en estos días en que se ha visto agoviado por la enfermedad que lo arrojó al sepulcro.
En paz descansa.

El Chisme, 15 de abril de 1899, p. 1

CONCLUSIONES

La figura de Ponciano Díaz es significativa en la historia de la tauromaquia mexicana, fue uno de los últimos representantes de una larga tradición de toreo campirano. Durante algunos años fue ídolo de multitudes no sólo por sus habilidades, sino porque en su persona se sincronizaron los sentimientos e ideales del pueblo. Durante su formación y apogeo el respetable favorecía el estilo mexicano, el público estaba acostumbrado a ver durante la corrida suertes como el coleadero, la monta, las lazadas y las banderillas a caballo, pero sobre todo, la suerte suprema ejecutada con estocadas de metisaca.

Más adelante, tras la llegada de algunos españoles, especialmente de José Machío y Luis Mazzantini, quienes traían un estilo diferente, regido por el arte, el gusto del respetable irá cambiando. Para esto influyó mucho la prensa, quien comenzó a publicar esclarecimientos sobre las suertes traídas por los iberos y a preponderar su figura. Sobre este punto, me parece importante resaltar el hecho de que tras la reanudación de las corridas en capital y la llegada de Luis Mazzantini, el espectáculo taurino comenzó a ser un negocio más lucrativo, incluso para la prensa. La figura de Ponciano Díaz y Luis Mazzantini, los enfrentamientos ficticios y la polémica alrededor de ellos se vendían bien.

Ponciano Díaz era un jinete experto, hábil en todas las suertes campiranas, sin embargo, consiente de las nuevas condiciones, trató de adoptar el estilo español, comenzó a matar a los toros con estocadas de volapié y a usar más la muleta, tal como lo hacían los iberos. A modo de legitimarse como torero de a pie, confiado de

su popularidad y con deseos de ser el primer torero mexicano en recibir la alternativa en España, viajó a la península, cuna de la tauromaquia, pero su toreo a la española no gusto.

Su regreso marcó el inicio de un largo y doloroso proceso de decadencia. Sus partidarios notaron que algo había cambiado, que intentaba, con poca fortuna, utilizar lo aprendido en el viaje. Por su parte, los hispanistas lo tacharon de mamarracho y ridículo, pues a pesar de que intentó utilizar el estilo español se negó rotundamente a acatar estándares como el uso de coleta y presentarse sin sus característicos bigotes.

A pesar de que su carrera y su vida tuvieron un final trágico, su presencia en los ruedos mexicanos y españoles marcó un antes y un después. Por un lado, tal vez sin desearlo, en México se convirtió en un propulsor del cambio por su deseo de adoptar el estilo español, aunado a esto, a su regresó de la madre patria trajo consigo, como parte de su cuadrilla, a nuevos elementos españoles, entre ellos a Saturnino Frutos "Ojitos", quien en México formó una escuela taurina de la que salieron grandes toreros mexicanos como Fermín Espinosa "Armillita" y el legendario Rodolfo Gaona.

Si bien en España su toreo a pie no gustó, su presencia como torero a caballo fue trascendental, especialmente en el caso de la suerte de banderillar a caballo; tras su salida de España, algunos caballistas iberos trataron de presentar esta suerte con poco éxito, incluso el mismo año de su muerte, hubo quienes se aprovecharon de su fama y se anunciaron como sus competidores. Definitivamente su figura y su

mítica agilidad como jinete influyeron para que esta suerte se consolidara en el gusto del público. Aún en la actualidad se sigue presentando en algunos festejos, ejecutada por el español Pablo de Mendoza.

En los últimos dos años, a partir del 2013, la figura del charro Ponciano Díaz ha sido tomada nuevamente por algunas asociaciones taurinas y por el Gobierno del Estado de Aguascalientes, donde se celebra la afamada feria de San Marcos. A partir de ese año se comenzó a presentar lo que decidieron llamar “Corrida Ponciana”, en la que afamados diestros mexicanos toread al estilo moderno pero vestidos de charros, sin dejar de lado la presentación de las banderillas a caballo. Esta corrida se lleva a cabo cada 25 de abril en la Plaza de Toros Monumental de Aguascalientes, día de la corrida principal de la feria de San Marcos y en la que se entrega el trofeo “Ponciano Díaz” al matador que resulta vencedor en el encierro.

Como se ve, nuestro torero no ha sido olvidado, ojala que este trabajo sirva un poco para quienes quieran conocer acerca de su vida y de las circunstancias que lo rodearon.

Apéndice. Algunos versos y corridos sobre Ponciano Díaz.

Sobre nuestro torero y en general sobre el tema taurino se escribieron cientos, tal vez miles de versos, poemas y corridos; muchos se han perdido, otros más esperan a ser descubiertos. Aquí recojo unos pocos que tratan de momentos trascendentales de su vida, escritos en fechas muy cercanas a los acontecimientos que relatan y que pueden servirnos de mucho para entender la imagen que se tenía de él.

I. El Testamento y despedida de Bernardo Gaviño. (Corrido)

En la plaza de Texcoco.
El último día de enero,
Hirió a Bernardo Gaviño,
Un toro medio matrero.

El once del mes siguiente
Bernardo por fin murió
Y su recuerdo dejó
Como torero valiente.

El día trece lo enterraron,
De la Villa en el Panteón,
Y allí sus restos quedaron
En extranjera nación.

Ahora los toreros deben
Vestirse todos de luto,
Pues murió el primer espada
Entre las astas de un bruto.

Al salir el toro dijo
Con rostro firme y sereno:
"Ese torito sí es bueno
Y nos va a dar mucha guerra".

Y no se engañó Bernardo
Cuando tal cosa decía,
Pues a poco ni un caballo

En toda la plaza había.

Aprended, hombres, de mí
Y mirad mi triste estado,
Ayer buen torero fui
Y hoy en el sepulcro me hallo.

Quién me lo había de decir
Que en Texcoco había de anclar,
Después de mucho lidiar
A tanto toro atrevido.

Fui el decano conocido
En el arte de los toros,
Hoy dejo mi testamento
Para mis amigos todos.

Al hacer mi testamento
Declaro que soy cristiano,
Y dejo por heredero
Al valiente de Ponciano.

Pues le viene por derecho
Y porque así yo lo mando,
Que en el arte de la lidia
Es el primer mexicano.

A todos los picadores

Les dejo también recuerdos,
Pues a muchos que enseñé
No he sido ingrato con ellos.

Siempre me estimaron bien,
Me trataron como hermano,
Nada tengo que sentir
De este pueblo hospitalario.

Adiós mis amigos todos
Ya no volveré yo a ver
Aquellas plazas mentadas
En que a los toros lidié.

Yo siempre me presenté
Con denuedo y con valor,
Ante los toros más bravos
Que traían del interior.

Con muchas reses lidié
Y de las más afamadas,
Y aunque fueron muy rejegas
Siempre caían a mis plantas.

Lidiaba con arrogancia,
Nunca conocí yo el miedo,
Y siempre en México fui
El mejor de los toreros.

En la Plaza de San Pablo,
También en la del Paseo,
Dimos hartos la función
Yo y mi compadre Gadea.

Jugué ganado de Atenco,
De Santín, Guatimapé,
Pero un torito de Ayala
Me vino a poner la ley.

Por todo el país mexicano,
Siempre en triunfo me pasé,
Y nunca pensé un momento
El fin que había de tener.

Anduve por el Bajío,
Y después por Guanajuato
Y el toro que desafiaba
Luego me lo echaba al plato.

Di corridas muy mentadas
En Veracruz y en La Habana,
Y en todas éstas deje,
Los recuerdos de mi fama.

No volveré a lidiar toros
Ni a estar con mis compañeros,
Que cuando tenían peligro
Me presentaba yo luego.

A libertarle la vida
A aquel que se hallaba en riesgo
y por eso me decían
El mejor de los toreros.

Adiós, Ponciano querido,
Ya te dejo en mi lugar,
Te encargo mucho cuidado
Cuando vayas a torear.

No te vaya a suceder,
Lo que acaba de pasar,
Que en la plaza de Texcoco
La suerte me fue fatal.

En fin, ya me despido
Me encuentro hoy en la fosa.
Ya no hay Bernardo Gaviño
Hoy me cubre ya una losa.

Llorad, llorad con cariño,
Murió el rey de los toreros.
Murió Bernardo Gaviño.

Fuente: Ibarra, Domingo, *Historia del toreo en México*, México, Imprenta de J. Reyes Velasco, 1887, pp. 111-115.

II. La reanudación de las corridas en la capital. Versos en *El Arte de la Lidia*.

Ciclo azul, sol abrasante,
Rogadas las anchas vías,
Mil simones, mil tranvías,
Llenos de gente anhelante;

Gendarmes de curvo sable,
Que como estatuas ecuestres,
De jinetes y pedestres
Ven el curso inagotable;

Saldados, charros, catrines,
Hombres, niños y mujeres,
Proletarios, mercaderes,
Figurones, figurines

Mucho jarano y rebozo,
Mucho tápalo y sombrilla,
Mucho abanico y mantilla,
Mucho fuego, mucho gozo

Mucho francés y español,
Mucha fruía por el suelo,
Mucha carita de cielo,
Muchos ojitos de sol.

Gante en puertas y ventanas,
Y en balcones y azotas,
Viendo amoríos y peleas,
Y empellones y jaranas.

Mil carreras, mil rumores,
Del festejo gentío,
Que semeja hirviente río
Entre márgenes de flores

Polvo, sudores, afanes,
Dichos, hechos, apreturas,
Chillidos de las criaturas,
Diabluras de los galanes;

Y en el fondo, coronada

De ondeantes banderolas,
La plaza en que se hace olas
La gente frente a la entrada

Pero bueno, lector,
Está dentro de la plaza,
De la vista se solaza
Con el taurófilo ardor.

Mas cuida el orden ufana,
La guardia con la guapeza
De los tiempos de Su Alteza
Serenísima Santa-Anna.

Llega el juez, y al par resuena
La charanga y el clarín,
Y en medio al clamor sin fin
La cuadrilla entra en la arena.

Marcha a la cabeza airoso
El diestro Policiano Díaz,
Que con vivas simpatías
Saluda el pueblo gozoso.

El diestro saluda, escucha
Mil vivas, y la cuadrilla,
Peones y gente de silla
Corren listos a la lucha.

Suena al fin el cuervo ufano
Y dan comienzo al jaleo
Las fieras de Parangueo
Y el grito de ¡Ahora Ponciano!

Fuente: *El Arte de la Lidia*, Año III, 3ª época, 23 de febrero de 1887, pp. 1-2.

III. Crónica en versos sobre la primera corrida de toros en la plaza de San Rafael (domingo 20 de febrero de 1887).

Les juro a ustedes, lectores,
Que ni en la hecatombe habida
En la famosa corrida
De los toros del Fortín,

Mostraron esos cornúpetos
Tan furioso desenfreno
Cual la gente en el estreno
De antier. Fue aquello un motín.

Para bosquejar siquiera
En tauromáquica charla
La fiesta, hay que compararla
Con una tromba, un ciclón,

Con una riña de gatos,
De suegras y matrimonios,
Con un festín de demonios,
Con volcánica erupción.

Ni en los tiempos de Su Alteza
Serenísima Santa-Anna
Se había visto tal jarana,
Tan horroroso belén.

Todo el México taurófilo
Concurrió a la magna fiesta
Y ejecutó a toda orquesta
El taurino somatén.

Desde antes de mediodía,
Y como en son de paseo,
Se dio comienzo al jaleo
De la plaza en derredor.

La gente llegaba en grupos
Y después en pelotones
Y más tarde en batallones
Llenos de taurino ardor.

Los simones y tranvías
Corrían henchidos de gente

Festevosa, sonriente,
Dispuesta a la diversión.

Las tabernas y figones
Ambulantes se animaban,
Y aspecto a la fiesta daban
De católica función.

Se almorzaba al aire libre,
Se gritaba en tonos varios
Y se hacían mil comentarios
Sobre la próxima lid.

Se hablaba de Mazzantini,
Del héroe del día, Ponciano,
Y del toreo mexicano,
De Cúchares, y aún del Cid;

Parecía aquella la fiesta
De un centenario taurino;
Y se hacía taurino el vino
Y se hacía taurino el sol.

Y menudeaban los brindis
Ricos de taurófilo estro
Por un mexicano diestro
Y por un diestro español.

En el centro del fandango,
Ya con anuncios de fiesta,
Veíase la plaza enhiesta,
Izado su pabellón;

Y en las cajas del expendio
Se oía la música grata
De los torrentes de plata
Caer sin intermisión.

A la una era ya aquello
Un tumulto, una Babel,
La gente acudía en tropel
Queriendo en tropel entrar.

Comenzaron las carreras,
Los gritos y las disputas,
Y los bastones-batutas
De gendarme a solfear.

¡Cómo ama esa gente el palo,
La patada y el insulto!
¡Cómo goza en el tumulto
¡Cómo estropeada es feliz!

¡Qué ariete es el populacho!
No era de nieve la bola:
La taurina batahola
Tenía un infernal caríz.

Lo más extraño y más chusco,
Es mirar en tales cuitas
Las chisteras y levitas
Mezcladas en el belén,

Y como flores tronchadas
Y arrastradas por un río,
Algunas bellas ¡Dios mío!
Gritar y reír también.

Muy pronto se armó la gorda;
Muy pronto prendió la mecha,
Y el pópulo abrió la brecha
Y las puertas asaltó.

El grito, el sable, el garrote.
Fueron vanos, impotentes,
Y el populacho a torrentes
Y ¡toro! gritando entró.

Muy pronto llegó la guardia
Y con su fiera actitud
Rechazó a la multitud
Y se apaciguó el motín;

Pero muy pronto también
Volvió el pueblo soberano
Gritando: ¡ahora, Ponciano!...
Y aquello no tenía fin.

Más entremos a la plaza

Por entre las bayonetas
Que inspiran todo el respeto
De la cólera y la fuerza.

Confieso que no sentí
Al entrar y verla plena,
Ni asombro por el gentío
Ni por verme allí, vergüenza;
Lo que sí sentí fue miedo
De ver convertirse en fieras
Aquel pópulo taurófilo
Que rabiaba de impaciencia.

Era una oleada de caras,
Agitada, gigantesca,
Todas con aspecto fiero,
Todas con la boca abierta.

Era aquel inmenso circo
Henchido hasta la azotea
Como el cráter de un volcán
Haciendo erupción de fieras.

Dos músicas militares
Sin interrupción alternan
Y sus bélicas sonatas
A las gentes ponen bélicas.

No hay un claro, sólo el claro
Despejado de la arena
Que espera a los lidiadores
Y las taurinas tragedias.

Y es tan grande el entusiasmo,
Y es tan grande la impaciencia,
Que todo el mundo está espiando
Las aún cerradas puertas
Del palco presidencial,
Y cuando se abren, y entra
El regidor con su corte
Y dando órdenes se sienta,
Es la grita tan feroche,
Y tan feroche la gresca,
Que los toros han de creer
Que a echarlos van a las fieras.

Pero esto es nada: se da

La señal con la trompeta,
Que parece la del Juicio
Según el efecto de ella,
Y sale al fin la cuadrilla
Con el rey a la cabeza,
Es decir, Ponciano Díaz,
Luciendo todos la seda,
Y el raso y el terciopelo
En los que al sol centellean
Los bordados de oro y plata
Sobre las flamantes telas.

Y saludan, y sonríen,
Y en el ruedo se dispersan
Y resuenan las charangas
Y cien mil gritos resuenan,
Y como si del infierno
El mismo Judas saliera
Sale el toro y acomete,
Y corre, y salta, y babea,
Y los charritos de raso
Bordado con lentejuelas
Que lucen en el sombrero
Nacional escarapela,
Corren garrochas en alto
Al encuentro de la fiera,
Y al encuentro del caballo
Salta el toro si lo encuentra,
Y todo se desbarata
Y se confunde y revuelca,
Caballo, jinete y pica,
Silla, cueros y correas,
Y el vientre de los Troya
Sus frutos al sol enseña,
Y se rasgan los capotes
Y la sangre al fin chorrea,
Y el pópulo grita como
Si quisiera ir a beberla.

No sé yo como se llaman
Ni los diestros ni las fieras,
Ni los lances ni las suertes;
Sólo sé que aquella guerra
Fue reñida, que a los toros
Se hizo fieros a la fuerza,
Y que Mota dio soberbios
Costalazos en la tierra,

Y que Carlos Sánchez puso
Sus tres pares de manera
Que se vino abajo el circo
Aplaudiendo su guapeza;
Y que cuando al fin Ponciano
Brindó la muerte primera,
Y se fue risueño al toro
Con la espada y la muleta,
Todo el mundo quedó mudo,
Todo el mundo fue de piedra,
Y cuando al segundo embroque
Rodó sin vida la fiera,
Todo el mundo quedó sordo
Y se estremeció la tierra.

Y así fue el segundo toro
Y el tercero; en la faena
De parear, los otros diestros
No lucieron; mas las fieras
A la segunda también
Recibieron muerte cierta
De Ponciano. Al cuarto toro
Aplicóle la sentencia
Carlos Sánchez, a la quinta,
De rayo, en las agujetas.
El quinto tuvo reemplazo
Por cobardón y maleta,
Y el reemplazo recibió
Muerte de mano maestra,
Y fue Guadalupe Sánchez
Quien lo mató, de una buena
En la cruz hasta la mano
Y un descabello; a la sexta
Víctima o toro, Ponciano
Lo banderilleó en su yegua,
Con ese traje de charro
Que luce el rey de la arena,
Y quedando como nunca
En esa suerte. Pie a tierra,
Tomó los trágicos trastos
Y de una estocada espléndida
De las suyas, murió el toro
Sin puntilla en la cabeza,
Y el público hizo a Ponciano
Una ovación gigantesca.

Con un furioso embolado

Dio fin la famosa fiesta,
Que sólo fue regular
Por no ser las reses buenas;
La cuadrilla es de lo fino,
Y si hoy son mejor las fieras,

Se lucirá mucho más
Que en la corrida primera.
Entrada no habrá mejor:
¡Fue antier de veinte talegas!

Fuente: *El Diario del Hogar*, Año VI, núm. 135, 22 de febrero de 1887, p. 2.

IV. Despedida del famoso diestro Mazzantini y su cuadrilla.

Mazzantini, el gran torero,
De San Rafael en la plaza
Hizo el fiasco más entero
Por toros de mala raza.

“Más valientes son los perros
De la casa de Escandón,
Que aquellos pobres becerros
Más cobardes que un capón.”

Mazzantini ya se fue
Lamentando amargamente,
El no haber hallado aquí
Siquiera un toro valiente

La corrida concluyó
A gritos y silletazos
Y a poco más, también hay
Una frasca de balazos
Es muy bueno Mazzantini
Pero el pueblo mexicano
A nadie le pide nada

Mientras tenga a su Ponciano

Que donde Ponciano pinta,
Por su valor y su maña
No deja que pinte nadie
Ni los toreros de España

Donde hubo un Lino Zamora
Y un Felicitos Mejía
Solo puede poner raya
El actual Ponciano Díaz

Mazzantini conoció
El valor de un mexicano
Y por eso llamó amigo
Al valiente de Ponciano

A México ha de volver
Ese famoso español,
Y entonces podrá juzgarse
De su destreza y valor.

Fuente: Ibarra, Domingo, *Historia del toreo en México*, México, Imprenta de J. Reyes Velasco, 1887, pp. 20-21.

V. Al renombrado diestro mexicano Ponciano Díaz en el estreno de su plaza.

Por tu arrojo y destreza
Intrépido Ponciano,

Ni allá en el suelo hispano
Rival has de tener.

Con solo una estocada
Firmísima, certera,
Le das muerte a la fiera
Rindiéndola a tus pies.

¡Viva el hábil torero,
El diestro mexicano,
Sí, sí, viva Ponciano,
Su nombre sea inmortal,

Son ya CIENTOS DE TOROS
A quienes cupo en suerte,
Esa súbita muerte
Que tu espada les da.

En frente al toro y con espada en mano
No hay quien iguale al célebre Ponciano
Eres y has sido tú, siempre el primero,
En banderillas, lazo y coleadero.

Fuente: *El Mono Sabio*, Tomo I, núm. 9, 21 de enero de 1888, p. 7.

VI. Recuerdos a México de Ponciano Díaz desde España

Ponciano Díaz el diestro mexicano,
Un recuerdo le manda al suelo indiano.
Al pisar la playa extraña
Nuestro valiente Ponciano,
Recordó así desde España
A su suelo mexicano:
Por fin sobre suelo hispano,
Hoy me ha traído el destino,
Abriendo un nuevo camino
A la caprichosa fama,
Que hoy a este suelo me llama
Porque a la suerte convino.

Aquí de mi patria amada
Mil recuerdos me acompañan,
Que hoy al mirarlos tan lejos,
Lágrimas mis ojos bañan.
Quién sabe si allá me extrañan
Mis amigos y parientes,
Que fueron tan complacientes
Y mi trabajo alentaron,
Pues que todos me llamaron
¡Valiente entre los valientes!

Dejo una madre querida
Y amigos que quiero mucho,
Y aún me parece que escucho
Alguna voz conocida.
Allí pasé de mi vida.

Los momentos más dichosos;
Mis paisanos cariñosos
Alentaron mi afición,
Dándome con distinción
Mil aplausos calurosos.

Fue don Bernardo Gaviño
En el toreo mi maestro,
Y siempre con su cariño
Se empeñó en hacerme diestro.
Yo pude ocupar su puesto
De las cuadrillas al frente,
Procurando ardientemente
Complacer siempre el deseo,
De aquellos que en el toreo
Buscan un placer creciente.

La plaza de San Rafael
Que en México se estrenó,
El primer diestro fui yo
Que pisó su redondel.
Mil pruebas obtuve en él
De cariño y simpatía,
Pues allí ni un solo día
El público mexicano,
Conmigo ha sido tirano
Pues que siempre me aplaudía.

Los toros del Tulipán

Del Canario y de la Noria,
Un buen testimonio dan
De mi valentía notoria.
Siempre he fundado mi gloria
No en conquistar mis laureles
Ni brillantes oropeles,
Sino en dejar complacido
A mi público querido,
Que asiste a los redondeles.

La plaza del Huizachal
Fue testigo muchas veces,
De mi modo sin igual
Para matar a las reses.
No tuve jamás reveses
En suerte tan arriesgada,
Que siempre ha sido mi espada,
Certera como ninguna,
Para matar sólo de una
A la res más retobada.

Muy pronto tendré el placer
De verme entre mis hermanos,
Pues ya me quiero ver
Rodeado de mexicanos.
Pronto, queridos paisanos,
Estaré ya entre vosotros,
Lazando yeguas y potros,
Y en mi jaca como rayo
Banderilleando a caballo
Como no lo han hecho otros.

Pero mientras llega el día
De verme entre mis patrios lares,
Sin que turben mi alegría,
De la ausencia los pesares,
Recuerdos particulares
Hoy les mando a mis paisanos
A quienes quiero como hermanos
Y espero pronto volver,
Para tener el placer
De hallarme entre mexicanos.

Fuente: Armando de María y Campos, *Ponciano: el torero con bigotes*, México, Xochitl, 1943, pp. 190-192.

VII. ADIÓS A MADRID DEL VALIENTE ESPADA PONCIANO DÍAZ

Después de triunfos gloriosos,
Que alcanzó en Madrid, Ponciano
Sus adioses cariñosos
Así dio al pueblo hispano:

Adiós, pueblo soberano,
Nunca olvidaré en mi vida,
La cariñosa acogida
Con que el pueblo madrileño
Me aplaudió en el desempeño
De suerte reconocida.

Adiós, plaza de Madrid
Que me aplaudió con anhelo;
De “Lagartijo” y “Frascuero”
Me tengo que despedir.

Ojalá pueda venir
Otra vez a disfrutar,
Lo que no podré olvidar,
Que en esta plaza gocé.

Donde manolas miré
Que no hay con qué comparar.
Adiós, Fuente Castellana,
Adiós, Museo y El Retiro;
Desde tierra mexicana
Yo les mandaré un suspiro.

Con mucha tristeza miro
Y con grande sentimiento,
Que se acerca ya el momento

De la forzosa partida.
Adiós España querida,
Donde estuve tan contento.
Adiós, desde ahora, les digo
A diestros y aficionados,
Desde hoy cuentan un amigo,
Que no los tendrá olvidados.

Adiós, paseos afamados,
Adiós, manolas sin par,
Cuya gracia sin rival
No tiene igual en el mundo,
Con sentimiento profundo
Hoy me tengo que ausentar.

A Mazzantini, el famoso
Y simpático torero,
Le doy mi adiós cariñoso
Con un pesar verdadero.

En España fue el primero
Que ufano me recibió,
Y que mi mano estrechó
Como antiguos conocidos,
Y como en México, unidos
También, España nos vio.

Adiós, Cádiz y Sevilla
Barcelona y Santander,
Volveré con mi cuadrilla,
Para darla a conocer.

Aquí los han de querer
Porque todos son valientes,
Y aquí los inteligentes
Los aplaudirán sin tasa,
Cuando los vean en la plaza
Modestos y complacientes

Fuente: Armando de María y Campos, *Ponciano: el torero con bigotes*, México, Xochitl, 1943, pp. 192-193.

VIII. Fúnebres recuerdos de Ponciano, el distinguido torero mexicano (Corrido)

Ya murió Ponciano Díaz
El magnífico torero;
La parca se lo llevó
Muy justo es que le lloremos

Alcanzó muy alta fama,
Fue de mucha valentía;
En muchas plazas toreó
Con valor y gallardía.

Su fama no desmintió,
Pues en las plazas de España
Allí se vio que era bueno,
Y de paso buena espada.

Desde su muy tierna edad
Se dedicó a ser torero,
Pues nacido y criado fue

Allá en la hacienda de Atenco.

Su padre allí lo enseñó;
Fue charro a prueba cabal,
Y en el lazo y en la cola
No tuvo ningún rival.

Banderilleaba a caballo
A cualquier bicho rejego,
Y esto lo subía de fama
Y mirarlo con aprecio.

Como torero moderno
Alcanzó bastantes glorias,
Y en las plazas que lidió
Dejó muy gratas memorias.

Por la muerte de Gaviño,

Que fue excelente torero,
Su puesto ocupó Ponciano
Con bravura y con denuedo.

Muy hábil diestro salió;
Nunca desmintió su fama,
Y en el arte de la lidia
Hizo muy grandes hazañas.

Si antes de morir Gaviño
Hubiera visto a Ponciano,
Hubiera sido el primero
En tratarlo como hermano.

Se acabaron los toreros
De aquella época pasada,
En que había diestros muy buenos
Y de veras se lidiaba.

Ponciano fue de esa raza,
Siempre lidió con limpieza,
No tenía miedo a los toros
Al empuñar la muleta.

No hubo plaza en que no fuera
De todo el mundo apreciado,
Luego que se presentaba
Gritaban: ¡Ahora, Ponciano!

Siempre con trajes lucidos
Salía, pues, al redondel,
Y los vivas a Ponciano
Era lo que había que ver.

Aún el mismo Mazzantini
Su valor con él midió,
Y tuvo el gusto Ponciano
De ser un buen toreador.

En Jalisco, en Monterrey,
En Coahuila, en Zacatecas,
En Puebla y en muchas partes
Sus glorias están aún frescas.

En Puebla tuvo la gloria
De que el público entusiasta
Quitó las mulas del coche

Para llevarlo a la plaza.

Bandas y coronas tuvo,
Como se dice, de a bola,
Porque siempre fue simpático
Y elogiado a toda hora.

Fue un hijo muy obediente,
A su madre quiso mucho,
Y quizá la muerte de ella
Lo hizo bajar al sepulcro.

Esa parca fiera y cruel
Del mundo se lo ha llevado,
Pero nos deja recuerdos
A todos los mexicanos.

Ha concluido ya su historia;
Ya no existe aquel Ponciano,
El arte también concluye
Llorando los mexicanos.

Más en esa losa fría
Que deposita sus restos,
Nuestro recuerdo reciba,
Rezándole un Padre Nuestro.

Los toreros españoles
También deben de sentirlo,
Pues los trató con aprecio
Y se mostró buen amigo.

Adiós, querido Ponciano,
Nos dejas gratos recuerdos,
Y hasta el punto en el que estés
Te enviaremos nuestro afecto.

En fin, se acabó Ponciano,
Ya no volverá a torear;
Ha pasado ya a la historia;
Duerme para siempre en paz

Fuente: Manuel Horta, *Ponciano Díaz, silueta de un torero de ayer*, México, Imprenta Aldina, 1943, pp. 47-51.

FUENTES

ACERVOS:

Biblioteca Central de Ciudad Universitaria-UNAM

Biblioteca de la Secretaría de Hacienda “Lerdo de Tejada”

Biblioteca de la Universidad Autónoma de Nuevo León Colección digital, colección digital, <http://cd.dgb.uanl.mx/>

Biblioteca Digital de Castilla y León,
<http://bibliotecadigital.jcyl.es/i18n/estaticos/contenido.cmd?pagina=estaticos/inicio>

Biblioteca Digital Salvador García Bolio, Centro Cultural Tres Marías,
<http://www.bibliotoro.com/>

Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado.

Biblioteca Nacional Digital de España,
<http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/>

Hemeroteca Digital Nacional de España,
<http://www.bne.es/es/Catalogos/HemerotecaDigital/>

Hemeroteca Nacional Digital de México, <http://www.hndm.unam.mx/>

HEMEROGRÁFICAS.

MÉXICO

Diario Oficial del Supremo Gobierno de Estados-Unidos Mexicanos, 1886

El Álbum de la Mujer, 1887

El Arte de la Lidia, 1884-1887

El Centinela Español, 1879, 97

El Combate, 1880

El Comerciante Mexicano, 1893

El Contemporáneo, 1899

El Correo de México, 1867

El Correo del Comercio, 1872

El Correo Español, 1890-1891

El Cruzado, 1893
El Chisme, 1899
El Demócrata, 1895
El Diario del Hogar, 1887-1889
El Eco de Ambos Mundos, 1875
El Imparcial, 1899
El Informador, 1943
El Monitor del Pueblo, 1887
El Monitor Republicano, 1851, 1863, 1881, 1895
El Mono Sabio, 1887-1888
El Municipio Libre, 1887
El Nacional, 1887, 1894-1895
El Partido Liberal, 1886, 1888, 1890, 1894
El Popular, 1897-1899
El Siglo Diez y Nueve, 1853, 1886-1889, 1895
El Telégrafo, 1834, 1881-1882

El Tiempo, 1887, 1890
El Universal, 1852, 1899
La Bandera Nacional, 1877-1878
La Colonia Española, 1878
La Convención Radical Obrera, 1890
La Crónica, 1886
La Defensa Católica, 1887-1888
La Juventud Literaria, 1888
La Patria, 1887-1888, 1895
La Sociedad, 1858
La Voz de México, 1892
Las Hijas del Anáhuac, 1887-1888
México Gráfico, 1888
Revista Científica y Literaria de México, 1845
Sol y Sombra, semanario taurino, 1943
Toros y Deportes, 1926

España

ABC, 1904-1924
Boletín de Loterías y Toros, 1881
El Correo Militar, 1891
El Día, 1887-1889
El Diario de Avisos de Madrid, 1889

El Enano, 1887, 1895
El Heraldo de Madrid, 1891
El Imparcial, 1889-1899
El Liberal, 1889
El País, 1889-1891

<i>El Siglo del Futuro</i> , 1895	<i>La Iberia</i> , 1888-1889
<i>El Toreo Cómico</i> , 1889	<i>La Lidia</i> , 1887-1889
<i>El Toreo</i> , 1887-1890	<i>La Monarquía</i> , 1889
<i>Estampa</i> , 1933-1935	<i>La Patria Española</i> , 1889
<i>La Correspondencia de España</i> , 1889-1896	<i>La Vanguardia</i> , 1895
<i>La Dinastía</i> , 1891	<i>La voz</i> , 1905, 1920
<i>La Época</i> , 1887	<i>The Kon Leche</i> , 1914

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS PRIMARIAS

Arriola Ortiz, Alejandro, *Recordando otros tiempos*, México, Galatea, 1944, 296 p.

Atmeller, Esteban, e Isidoro Hernández, *Guante y coleta: mazurka y malagueñas flamencas para piano por Atmeller y Hernández, dedicadas al matador de toros Luis Mazzantini*, Madrid, s. e., 1884.

Baz, Gustavo Adolfo, *Un año en México*, México, E. Dublán, 1887, 230 p.

Biografía del célebre torero mexicano Ponciano Díaz, con todos sus hechos muy notables y las cogidas que ha tenido, Cádiz, Tipografía de Díaz y Sánchez, 1889, 14 p.

Blasio, José Luis, *Maximiliano íntimo. El emperador Maximiliano y su corte. Memorias de un secretario particular*, México, Librería de la Viuda de Ch. Bourel, 1905, 478 p.

Bustamante, Carlos María de, *Diario Histórico de México*, México, El Colegio de México, 2001 [recurso electrónico, 2 CD, CD1 (1822-1834), CD2 (1834-1848)]

Cavia, Mariano de, *De Pitón a Pitón*, Madrid, Imprenta de Enrique Rubiños, 1891, 281 p.

Ceballos, Ciro B., *Panorama Mexicano (1890-1910)*, México, UNAM, 2006, 444 p.

Corrales Mateos, Juan, *Los toros españoles y tauromaquia completa*, Madrid, imprenta Nacional, 1856, 212 p.

Cortés, José, *Tratado sobre las corridas de toros*, Bilbao, Imprenta de C. Lucena y compañía, 1893, 24 p.

Código Penal para el territorio del Distrito Federal y Territorio de Baja California sobre los delitos del fuero común, y para toda la República sobre los delitos contra la Federación, México, s. e., 1872.

Erskine Inglis, Frances (Marquesa de Calderón de la Barca), *La vida en México, durante una residencia de dos años en ese país*, decimoquinta edición, México, Porrúa, 2014, 498 p.

Galindo y Villa, Jesús, *Recuerdos de ultramar: apuntes de viaje*, México, Oficina tip. de la Secretaría de Fomento, 1894, 379 p.

García Cubas, Antonio, *El libro de mis recuerdos: narraciones históricas, anecdóticas y costumbres mexicanas anteriores al actual estado social, ilustradas con más de trescientos fotograbados*, México, Imprenta de Arturo García Cubas, 1904, 635 p.

García Icazbalceta, Joaquín, *Vocabulario de mexicanismos comprobado con ejemplos y comparado con los de otros países hispano-américanos*, obra póstuma publicada por Luis García Pimentel, México, Tipografía y Lit. "La Europea", 1899, 241 p.

Gonzaga Inclán, Luis, *Astucia: el jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama*, México, Publicaciones Herrerías, 1939, 239 p.

Gonzaga Inclán, Luis, *El libro de las charrerías*, Edición y prólogo de Manuel Toussaint, México, Porrúa, 1940, 212 p.

Goya, Francisco de, *Caprichos representando varias suertes de corridas de toros por don Francisco Goya*, Madrid, 1815, 33 estampas. [Disponible en la plataforma digital de la Biblioteca Nacional de España]

Ibarra, Domingo, *Historia del toreo en México: contiene el origen primitivo de las lidies de toros, las plazas que se han levantado en México desde pocos años después de la conquista hasta el presente, acontecimiento ocurrido con el respetable torero Luis Mazzantini, recuerdos de Bernardo Gaviño, reseña de las corridas de toros habidas en los meses de abril y mayo en las plazas de San Rafael, del Paseo y en la de Colón, biografía del popular torero Ponciano Díaz, artículos importantes de los importantísimos toreros "Juvenal" y el "Duque de Job", y nueve retratos bien litografiados de los diestros más notables en la lidia de toros*, México, Imprenta de L. Reyes Velasco, 1887, 128 p.

Jarquín Ortega, Teresa, *El condado de Calimaya: documentos para la historia de una institución señorial*, México, El Colegio Mexiquense, 2006, 619 p.

López de Mendoza, Rafael, *Toreros en México. Apropósito en dos cuadros y en verso. Estrenado la noche del domingo 9 de octubre de 1887, en el Teatro Arbeu por la Compañía Dramática del primer actor español D. Segismundo Cervi*, México, Antigua imprenta de Murguía, 1887, 40 p.

Millán, Pascual, *Los toros en Madrid, Estudio Histórico*, Madrid, Imprenta y litografía de Julián Palacios, 1890, 266 p.

Montes, Francisco, *Tauromaquia completa, o sea el arte de torear en la plaza, tanto a pie como a caballo; escrita por el célebre lidiador Francisco Montes, y dispuesta y corregida por el editor*, Madrid, Imprenta de don José María Repullés, 1836, 283 p.

Ortega y Pérez Gallardo, Ricardo, *Estudios Genealógicos*, México, Imprenta de E. Dublán, 1902, 365 p.

Olavarría y Ferrari, Enrique, *Reseña histórica del teatro en México*, 4 ts., México, Imprenta y litografía La Europea, 1895.

Peña y Goñi, Antonio, *Lagartijo, Frascuelo y su tiempo*, Madrid, Imprenta y litografía de Julián Palacios, 1887, 311 p.

Prieto, Guillermo, *Atentamente...*, selección y prólogo de Carlos Monsiváis, México, Promexa editores, 1979, 228 p.

Roa Bárcena, José María, *La Quinta Modelo*, México, SEP-Premia, 1984, 90 p.

Sánchez de Neira, José, *Gran Diccionario Taurómico*, Madrid, Impresor R. Velasco, 1896, 1068 p.

Tablada, José Juan, *La feria de la vida*, México, CONACULTA, 1991, 342 p.

Vázquez, Leopoldo, *América Taurina*, carta-prólogo de Luis Carmena y Millán, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1898, 192 p.

Vázquez, Leopoldo, Luis Gandullo y Leopoldo López de Saá, *La Tauromaquia*, 2 tomos, Madrid, Mariano Núñez Samper editor, 1896.

Vázquez, Leopoldo, *Vocabulario taurómico o sea colección de las voces y frases empleadas en el arte del toreo, con su explicación correspondiente; con unos veces apuntes sobre los espadas, banderilleros y picadores más conocidos*, Madrid, Librería de Sucesores de Escribano, 1880, 136 p.

Villaseñor y Villaseñor, Alejandro, *Los Condes de Santiago: monografía histórica y genealógica*, México, Tipografía del El Tiempo, 1901, 389 p.

Zamacois, Niceto de, *El mendigo de San Ángel: novela histórica original*, México, Imprenta Literaria, 1865, tomo IV.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS SECUNDARIAS

Álvarez del Villar, José, *Historia de la Charrería*, México, Imprenta "Londres", 1941, 387 p.

Álvarez del Villar, José, *Raíces de la tauromaquia charra*, México, Texto e Imagen, 1973, 114 p.

Campo, Ángel de, *La Semana Alegre: Tick-Tack*, Introducción y recopilación de Miguel Ángel Castro Medina, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas-UNAM, 1991, 375 p.

Chávez, Octavio, *La charrería, tradición mexicana*, 2ª Edición, México, Casa Pedro Domecq, 1993.

Chevalier, François, *La formación de los latifundios en México: tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII*, 2ª ed., traducción de Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, 510 p.

Cosío Villegas, Emma, *et al.*, *Historia Moderna de México, La República Restaurada. La vida social*, México, Hermes, 1957.

Fernández Román, Fernando, *Los toros contados con sencillez*, Madrid, Maeva, 2001, 214 p.

Flores Hernández, Benjamín, *La ciudad y la fiesta. Los primeros tres siglos y medio de tauromaquia en México, 1526-1867*, México, INAH, 1976, 146 p.

Flores Marin, Carlos, *Santiago Tianguistenco*, México, INAH, 1965, 90 p.

García Bolio, Salvador, *El periodismo taurino en México*, Morelia, Michoacán, Palacio del Arte, 1991, 120 p.

García, José Julio, *El Madrid taurino de Goya*, Madrid, Los Sabios del Toreo, 2004, 231 p.

Garner, Paul H., *Porfirio Díaz: del héroe al dictador*, traducción de Luis Pérez Villanueva, México, Planeta, 2003, 291 p.

González, Carlos Héctor, *Monografía del municipio de Santiago Tianguistenco*, Estado de México, Gobierno del Estado de México, 1971, 47 p.

González Navarro, Moisés, "El Porfiriato". "Vida social", *en Historia Moderna de México*, México, Hermes, 1957.

González Navarro, Moisés, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, 2 v., México, El Colegio de México, 1994.

Guarner, Enrique, *Historia del toreo en México*, México, Diana, 1979, 524 p.

Guillaume-Alonso, Araceli, *La tauromaquia y sus génesis (siglos XVI y XVII)*, Bilbao, Ediciones Laga, 1994, 255 p.

Haces, Carlos y Marco Antonio Pulido, *Los toros de José Guadalupe Posada*, México, El Ermitaño-Secretaría de Educación Pública, 1985, 40 p.

Hernández Rodríguez, Rosaura (coord.), *Santiago Tianguistenco*, México, El Colegio Mexiquense, 1996, 79 p.

Hoffmann Elizalde, Roberto, *Antecedentes históricos de la posición jurídica del menor en el derecho sucesorio*, México, UNAM, 1992, 172 p.

Horta, Manuel, *Ponciano Díaz; silueta de un torero de ayer*, edición facsimilar de la de 1943, México, Gobierno del Estado de México, 1980, 198 p.

Islas Escárcega, Leovigildo, y Rodolfo García-Bravo y Olvera, *Diccionario y refranero charro*, prólogo de Andrés Henestrosa, México, ediciones charras, 1969, 134 p.

Lanfranchi, Heriberto, *La fiesta brava en México y España, 1519-1969*, México, Siqueo, 1971, 400 p.

Loera y Chávez de Esteinou, *Don Juan Gutiérrez Altamirano y el Condado de Santiago Calimaya*, Estado de México, Patrimonio Cultural y Artístico del Estado de México, [s. a.], 37 p.

María y Campos, Armando de, *Imagen del mexicano en los toros*, México, Al sonar del Clarín, 1953, 268 p.

María y Campos, Armando de, *Los toros en México en el siglo XIX, 1810-1910*, México, Acción Moderna Mercantil, 1938, 112 p.

María y Campos, Armando de, *Ponciano: el torero con bigotes*, México, Xochitl, 1943, 217 p.

Martínez, José Luis, *Documentos Cortesianos 1518-1528*, México, UNAM-Fondo de Cultura Económica, 1990, 528 p.

Medina de la Serna, Daniel, *Atenco*, México, Bibliófilos Taurinos de México, 1991, 14 p.

Medina de la Serna, Daniel, *El toreo en la Nueva España*, México, Bibliófilos Taurinos de México, 1997, 98 p.

Medina de la Serna, Daniel, *Las prohibiciones de las corridas de toros en el Distrito Federal*, México, Bibliófilos Taurinos de México, 1990, 11 p.

Memorial literario, instructivo y curioso de la corte de Madrid, correspondiente al mes de septiembre de 1784, Madrid, Imprenta real, 1784, tomo III, 116 p.

Muriá, José María, *Orígenes de la charrería y de su nombre*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2010, 137 p.

Núñez y Domínguez, José de J., *Historia y tauromaquias mexicanas*, México, Botas, 1944, 269 p.

Pellicer Cámara, Juan, *Cartas Taurinas*, México, Joaquín Mortiz, 1973, 213 p.

Ramos, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa-Calpe Mexicana, 1997, 145 p.

Rangel, Nicolás, *Historia del Toreo en México*. México, Cosmos, 1980, 374 p.

Romero Quiroz, Javier, *Santiago Tianguistenco*, México, Gobierno del Estado de México, 1978, 208 p.

Rosell, Lauro, *Plazas de Toros de México: historia de cada una de las que han existido en la capital desde 1521 hasta 1936*, México, Excélsior, 1945, 192 p.

Ruíz Quiroz, Luis, *Confirmación de alternativas en México y de mexicanos en Madrid*, México, Bibliófilos Taurinos de México, 1992, 19 p.

Speckman Guerra, Elisa, y Claudia Agostoni (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, 342 p.

Tapia, Daniel *Historia del toreo: De Pedro Romero a Manolete*, Madrid, Alianza, 1992, 475 p.

Vázquez Mantecón, María del Carmen, *El Bisonte de América. Historia, Polémica y Leyenda*, México, IIH-UNAM, 2013, p. 224 p.

Vázquez Mantecón, María del Carmen, *Los días de Josefa Ordoñez*, México, IIH-UNAM, 2005, p. 227.

Viqueira Albán, Juan Pedro, *Relajados o reprimidos, diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, 302 p.

Villoro, Luis, *El proceso ideológico de la Revolución de Independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010, 248 p.

Wobeser, Von Gisela, *La formación de la hacienda en la época colonial*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1983, 216 p.

Zea, Leopoldo, *El Positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, 472 p.

Tesis:

Arreola Sánchez, Flora Elena: “La Hacienda de Atenco y sus anexas en el siglo XIX: estructura y organización”, México, Universidad Iberoamericana, Licenciatura en Historia, 1981, 167 p.

Briseño Senosiain, Lilian: “Lo particular y lo social en el porfiriato: la vida diaria en la Ciudad de México 1877-1911”, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Doctorado en Historia, 2002, 231 p.

Coello Ugalde, José Francisco: “Cuando el curso de la fiesta de toros fue alterado en 1867 por una prohibición. Sentido del espectáculo entre lo histórico, estético y social durante el siglo XIX”, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Maestría en Historia, 1996, 300 p.

Martínez Marín, Ricardo, “Del teatro a la alameda. Las diversiones públicas en la ciudad de México durante el porfiriato 1884-1810”, México, UAM-Iztapalapa, Licenciatura en Humanidades, 1991, 216 p.

Artículos:

Beezley, William, “El estilo porfiriano: deportes y diversiones de fin de siglo”, en *Historia mexicana*, México, El Colegio de México, vol. 33, N° 2 (130), octubre-diciembre de 1983, pp. 265-284.

Esparza Jiménez, Vicente, “Apuntes para la historia de la Plaza de Toros del Buen Gusto, 1848-1896”, en *Boletín del Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes*, Aguascalientes, Gobierno del Estado de Aguascalientes, N° 2 (2006), pp. 41-65.

Flores Hernández, Benjamín, “La vida en México a través de la fiesta de toros, 1770”, en *Actas del XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, Aguascalientes, Universidad Autónoma de Aguascalientes, 15-18 de septiembre de 2010, pp. 596-605.

Flores Hernández, Benjamín, “Organización de corridas de toros en la Nueva España del siglo XVIII y primeros años del XIX”, en *Anuario de estudios americanos*, vol. 61, No. 2 (2004), pp. 491-515.

Martínez Torres, Ricardo, “Los artifices del toreo”, en *Crisol: el acontecer de Aguascalientes desde la pluralidad, con inteligencia*, Aguascalientes, N° 130 (abril de 1999), pp. 50-51.

Moreno Seco, Mónica, “Discreta regente, la austriaca o doña Virtudes. Las imágenes de María Cristina de Habsburgo”, en *Historia y Política*, Madrid, número 22 (julio-diciembre de 2009), pp. 159-184.

Olivares Aguilar, Héctor, “La pelota vasca en México en los siglos XIX y XX”, en *BiCentenario. El ayer y hoy de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas Dr. José María Luis Mora, Volumen 4, número 13 (julio-septiembre de 2011), pp. 72-73.

Palomar, Cristina, “El papel de la charrería como fenómeno cultural en la construcción del Occidente de México”, en *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, No. 76 (abril de 2004), pp. 83-98.

Pérez Montfort, Ricardo, “Un nacionalismo sin nación aparente (la fabricación de lo “típico” mexicano 1920-1950)”, en *Política y cultura*, No. 12 (verano de 1999), pp. 177-194.

Vázquez Mantecón, María del Carmen, “Charros contra ‘gentlemen’. Un episodio de identidad en la historia de la tauromaquia mexicana moderna (1886-1905)”, en *Modernidad, tradición y alteridad*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, pp. 161-193.

Vázquez Mantecón, María del Carmen, “Las fiestas para el libertador y monarca de México Agustín de Iturbide, 1821-1823”, en *Estudios de Historia moderna y contemporánea de México*, México, UNAM, IIH, No. 36, (julio-diciembre de 2008) pp. 45-83.

Vázquez Mantecón, María del Carmen, “Origen y devenir de los juegos con caballos y toros en el México campirano: la diversión del coleadero”, en *Históricas: Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM, No. 83 (2008), pp. 2-13.

Vázquez Mantecón, María del Carmen, “¡Toros sí!, Toros no! Del tiempo cuando Benito Juárez prohibió las corridas de toros”, en *Historia Mexicana*, México, UNAM, No. 249, v. LXIII (julio-septiembre de 2013), pp. 171-203.

Vidal Bonifaz, Rosario, “La ‘comedia ranchera’ y su impacto en la conformación industrial del cine mexicano y en la memoria colectiva de Iberoamérica (1937-1940)”, en *FILMHISTORIA*, No. 2 [recurso digital disponible en <<http://www.publicacions.ub.edu/bibliotecadigital/cinema/filmhistoria/2011/filmhistoria/2/pdf/rvboni.pdf>> (fecha de consulta: noviembre de 2015)].

Índice de Ilustraciones.

Ilustración 1. Cartel, plaza del Paseo Nuevo, corrida del 20 de junio de 1852, en <i>El Siglo Diez y Nueve</i> , 19 de junio de 1852, p. 4.....	18
Ilustración 2. La "covacha", hacienda de Atenco, 29 de octubre de 2011.....	23
Ilustración 3."El 'gusto' por 'los toros' se agarra desde niño", en Miguel L.Morayta Mendoza, <i>Los toros. Una tradición de gusto...</i> , p. 76.....	25
Ilustración 4. "Ponciano Díaz ataviado con el mexicanísimo traje de charro...", en Lauro Rosell, <i>Plazas de toros de México...</i> , p. 85.....	31
Ilustración 5. Corrida en celebración del cumpleaños del general Félix Zuloaga, en <i>La Sociedad</i> , 11 de abril de 1858, p. 4.....	48
Ilustración 6. "Abolidas las corridas de toros, los aficionados se divierten con lo que no prohíbe la ley", en <i>La Linterna Mágica</i> , 16 de mayo de 1868, p. 3.....	54
Ilustración 7. Corrida de José María Hernández en Tlalnepantla, en <i>La Bandera Nacional</i> , 19 de enero de 1878, p. 3.....	56
Ilustración 8. Ponciano Díaz colocando banderillas a caballo, en <i>La Lidia</i> , 5 de agosto de 1889, p. 2.....	58
Ilustración 9. Ponciano Díaz en la plaza del Huizachal, en <i>El Arte de la Lidia</i> , 8 de febrero de 1885, p. 1.....	70
Ilustración 10. Bernardo Gaviño, en <i>Los Toros</i> , 8 de abril de 1910, p. 14.....	75
Ilustración 11. Bernardo Gaviño, en Enrique Guarner, <i>Historia del Toreo en México</i> , p. 45.....	75
Ilustración 12. Ponciano Díaz, en <i>La Lidia</i> , 5 de agosto de 1889, p. 2.....	80
Ilustración 13. Luis Mazzantini, en Moisés González Navarro, <i>Historia Moderna de México. El Porfiriato. Vida Social</i> , p. 689.....	93
Ilustración 14. "Suerte del volapié", en José Sánchez de Neira, <i>Gran Diccionario Taurómico</i> , p. 792.....	94
Ilustración 15. Luis Mazzantini, en Esteban Atmeller, <i>Guante y coleta</i> , 1884.....	99
Ilustración 16. [Muestras de desaprobación del respetable], en Heriberto Lanfranchi, <i>La fiesta brava en México y España...</i> , t. I, p. 194.....	106

Ilustración 17. Propaganda [Mazzantini, prototipo de la moda], en <i>El Arte de la Lidia</i> , 20 de marzo de 1887, p. 4.....	112
Ilustración 18. "—De esta tierra de salvajes ni el polvo quiero", en <i>El Mono Sabio</i> , 26 de noviembre de 1887, p. 4.....	119
Ilustración 19. "Suerte de Matar" ejecutada por Ponciano Díaz, en <i>El Mono Sabio</i> , 14 de enero de 1888, p. 1.....	133
Ilustración 20. "Casa llena", en <i>El Mono Sabio</i> , 17 de diciembre de 1887, p. 3.	138
Ilustración 21. [La conciliación, el abrazo entre Mazzantini y Ponciano Díaz], en <i>EL Hijo del Ahuizote</i> , 15 de enero de 1888, p. 3.....	141
Ilustración 22. Ponciano Díaz coronado con laureles, en <i>México Grafico</i> , 2 de septiembre de 1888, p. 1.	150
Ilustración 23. Agustín Oropeza, Ponciano Díaz y Celso González en España, en <i>Pan y Toros</i> , 8 de marzo de 1897, p. 3.....	161
Ilustración 24. [La figura de Ponciano Díaz en la prensa española], en <i>El Toreo Cómico</i> , 29 de julio de 1889, p. 8.	162
Ilustración 25. "Mariano Ceballos montado sobre otro toro quiebra rejones en la plaza de Madrid", en <i>Caprichos representado varias suertes de toros por Francisco Goya</i> , estampa 24.	167
Ilustración 26. "Una suerte de Ponciano Díaz", en <i>El Toreo Cómico</i> , 5 de agosto de 1889, p. 8.....	168
Ilustración 27. [El tema en España, los bigotes de Ponciano Díaz], en Mariano de Cavia, <i>De Pitón a Pitón</i> , p. 187.	169
Ilustración 28. "La charrita en acción", en Carlos Haces, <i>Los Toros de José Guadalupe Posada</i> , p. 14.....	183
Ilustración 29. Última morada, panteón de Santiago Tianguistenco, octubre de 2011.....	195
Ilustración 30. Monumento fúnebre de Ponciano Díaz, Panteón del Tepeyac, noviembre de 2011.	195

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
Capítulo 1. La Hacienda de Atenco; primeros años de vida y primeras experiencias en el ruedo.	11
Capítulo 2. Nace el ídolo popular.....	32
2.1 Ponciano, el charro-torero.....	32
2.2 La tauromaquia mexicana.....	36
2.3 Ponciano Díaz y los toreros españoles.....	63
Capítulo 3. La Cumbre.	81
3.1 Paz, Orden y Progreso.	81
3.2 Ponciano Díaz y Luis Mazzantini.....	96
3.3 El regreso de Luis Mazzantini.....	134
3.4 La decisión de viajar a España.....	153
3.5 La gran aventura, el viaje a España.	158
Capítulo 4. Ocaso y muerte del ídolo.....	175
4.1 El regreso de Ponciano Díaz.	175
4.2 Las Adversidades: depresión y muerte de Ponciano Díaz.	181
CONCLUSIONES.....	197
Apéndice. Algunos versos y corridos sobre Ponciano Díaz.....	200
FUENTES.....	211
Índice de Ilustraciones.....	221